

Angel & Diablo

KATE L. MORGAN



ÁNGEL
Y
DIABLO

Kate L. Morgan

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[EPÍLOGO](#)

PRÓLOGO

NACIÓ EN MEDIO DE LA TORMENTA... creció arropada con el fuerte granizo, y vivió con los temblores de la pobreza extrema que convierte la esperanza en polvo de ceniza.

Fiona Connor vino al mundo llevándose la vida de su madre, y por eso fue rechazada, no solo por su padre, sino también por el resto del mundo que veían en el color gris de sus ojos, la enseña del diablo.

Una fría y oscura noche, su padre, el hombre que debía protegerla, la dejó a las puertas de un orfanato. No le importó la espesa niebla, ni al aullar de los lobos. La pequeña estaba maldita, y él debía alejarla de todos.

Las desgracias, el hambre, y los golpes, persiguieron la infancia de Fiona, aunque no logró quebrar la bondad y la fe que eran innatos en ella, porque el destino de Fiona era mucho más importante de lo que todos creían.

Vivió en una casucha minúscula en una callejuela sucia, conviviendo con las pulgas y los chinches. Además, compartía una única letrina con el resto de los niños del orfanato. Fiona se vio obligada a vivir de la caridad, subsistiendo principalmente a base de té y pan. Pero su ánimo siempre fue el mismo, y su determinación, inmensa.

Fiona llegó a esta vida con la tormenta, pero en sus ojos siempre brilló el sol.

CAPÍTULO 1

Cementerio de Highgate, Londres, Inglaterra

La nieve embarrada crujió bajo la suela de sus botas. Estaban marcadas con las salpicaduras del lodo desde hacía días, además tenían varios raspones de arañarlas contra los adoquines irregulares de las calzadas. Parecía que contaban su propia historia a través del eco del sonido de sus pasos en el silencio del cementerio. El enterrador cruzó por delante de él sin mirarle, escondiendo la cara en capas de ropa para soportar la helada.

El abrigo de Aidan estaba húmedo por la intensa neblina de la mañana, pesándole en los hombros y goteándole en el ruedo, ahí donde no podía evitar empaparse por las salpicaduras de los charcos. La gorra no le calaba hasta las orejas que las tenía enrojecidas por la intemperie y descubriendo una nuca erizada por la exposición a las dentelladas del invierno. El vaho se acumulaba frente a él con cada respiración rítmica mientras escuchaba el sermón del sacerdote en esa gélida mañana de enero.

Los restos mortales del alférez Williams, iban a reposar en el nicho de forma eterna. El entierro había comenzado a las nueve, a esa hora el cementerio apenas había despertado al mundo de los vivos, solo tres personas aguardaban el camposanto; el sacerdote que oficiaba el responso, el enterrador, y el capitán de la fragata HMS Constant Warwick, él mismo.

Como si el cielo quisiera rendirle un tributo al cuerpo sin vida de William, comenzó a descargar su pena con una precipitación de agua que resultó inesperada. El alférez había muerto en combate, y por eso la tripulación del HMS Constant Warwick estaban en tierra.

Cuando el oficio religioso concluyó, Aidan se dirigió sus pasos hacia comandancia. Tenía que recoger unas órdenes antes de marchar a la casa que sus abuelos le habían dejado, mientras lo preparaba todo para iniciar su nuevo destino, pero antes de girarse, el alférez O'Sullivan llegó a su encuentro, el subordinado le hizo el saludo reglamentario, él, devolvió el saludo tocándose la visera de la gorra.

—Despachos de comandancia que no podían esperar —le dijo el alférez O'Sullivan—. Nos extrañó su retraso.

La verdad es que se había entretenido al cruzar el Támesis. El río estaba congelado, permitiendo que los ciudadanos pudieran cruzarlo andado, incluso patinar en él. Se había quedado mirando a varios niños que se perseguían lanzándose bolas de nieve, riéndose a carcajadas del intento de un gran perro negro por morder los proyectiles en el aire. Se le instaló un sentimiento agradable en el pecho al verlos, porque solían estar trabajando o mendigando monedas. Aquellos niños estaban sucios, les faltaban dientes y se reían, como tendrían que hacer todos los niños.

—¿Tan importantes son los despachos que no podían esperar a mi regreso a comandancia? —preguntó extrañado.

—Necesitan su firma para que comience la reparación del HMS Constant Warwick —O'Sullivan no levantó la vista de la carpeta de piel que le tendía a su oficial.

Aidan fue discreto al echar un vistazo.

—¿Cuándo está previsto que zarpeamos?

—¿El capitán me pregunta a mí? —le preguntó el marino.

—¿Acaso no te enteras de todo antes que yo?

El marinero sonrió de medio lado.

—Eso es porque visito el mesón de Charly.

—¿El mesón de Charly?

O'Sullivan frunció el ceño sin mirarlo, con esa gravedad en su expresión que decía que no sabía de dónde había salido Aidan que nunca se enteraba de lo que estaba pasando en la ciudad. El local era la comidilla de los marineros pues todos querían su oportunidad de cazar en el extenso jardín trasero. Pero Aidan sí se enteraba. Leía el periódico todas las mañanas, salvo que los espacios de ocio no eran de su interés.

—Sirven la mejor cerveza negra de todo Londres, y, por un módico precio, el dueño del mesón nos permite disparar a los patos del lago que hay detrás de la casa —Aidan le indicó con un ruido de garganta que lo había escuchado y que no le interesaba continuar con la conversación, solo que O'Sullivan tenía más cosas que añadir—: Harrison y Peter irán esta tarde, podría acompañarlos.

—Podrías aplicarte tu propia sugerencia, parece que te hace más falta a ti que a mí.

—Y lo haría encantado, pero me arriesgaría a que mi madre me despellejara vivo.

Los ojos verdes de Aidan se detuvieron en él un instante antes de volver a la carpeta de piel que sostenía entre sus manos.

—Conozco a tu madre, y te aseguro que en modo alguno te despellejaría.

O'Sullivan tardó en decidirse a contestar.

—Tengo cinco hermanas menores que me exigen atención diaria cuando estoy en tierra. Siempre pidiendo que les presente a algún oficial, y por eso detesto tanto cuando el HMS Constant Warwick atraca en Londres y nos deja en tierra por tiempo indefinido. Nadie puede culparme si no quiero aparecer por mi casa.

La ausencia de lluvia dejaba un día gris y frío, el viento cortante le abofeteó el rostro cuando se giró para dar el primer paso. Firmaría los despachos en comandancia. Y de repente, sus ojos se clavaron en una figura femenina que estaba arrodillada sobre una tumba. No lloraba, pero maldecía de una forma que le llamó la atención. Por el raído abrigo que cubría su frágil cuerpo, supo que no era una dama, además, parecía una mendiga. Su cabello arrastraba por el suelo, y se dijo que debía llevarlo muy largo.

—Mi señor —lo llamó el alférez al ver que su capitán se había detenido y miraba a una mendiga que seguramente robaría lo que pudiera de las tumbas.

—Regresemos a comandancia. Firmaré los despachos allí.

Se le hundieron las botas en el barro cuando se dirigió hacia la salida seguido por O'Sullivan.

El carruaje les llevó a comandancia en un tiempo record.

—Capitán Baquer —lo saludo un suboficial—. Preséntese en el despacho del almirante Smith, señor.

—Gracias... —entornó los ojos y escudriñó el rostro poco familiar del marinero—. ¿Ross?

—Russell, señor —corrigió amablemente, cuadrando un poco los hombros con orgullo porque ese capitán de fama increíble hubiera recordado su nombre.

Aidan asintió, inclinó la cabeza como despedida, y se dirigió al despacho del almirante. Sus nudillos resonaron contra la puerta con determinación antes de abrir sin aguardar. Si Robert Smith lo había llamado directamente a su despacho, el asunto debía de ser importante.

—Aidan —lo saludó el marino.

El almirante Robert Smith era un hombre casi tan alto como él, y de corpulencia evidente. Cuando se levantó para saludarlo, tuvo la misma fuerte sensación de siempre: el tamaño de su cuerpo no se correspondía con el de sus manos. Procuró mantener los ojos fijos en los de su superior mientras apretaba con decisión aquella mano demasiado cálida y demasiado pequeña a la

vez.

—¿Qué tal está tu padre?

Aidan mantuvo silencio durante un par de segundos. Él, no quería hablar sobre su padre, pero lo hizo.

—Bien, señor —respondió forzado. Robert asintió. No regresó a su lado del escritorio, sino que se apoyó contra él, cruzando los pies y los brazos.

—Dígale a su padre que iré a visitarlo muy pronto. ¿Y el grumete Bay?

Aidan soltó el aliento porque la conversación que esperaba sobre su padre había quedado suspendida.

—Continúa convaleciente, los médicos no tienen claro cuándo recuperará la movilidad de la pierna.

—Ya veo. Transmítele mis deseos de su mejora— el joven cabeceó con lentitud, apreciando otros detalles de la postura del lugarteniente: quería imponerse. Quería suprimir cualquier oportunidad de diálogo. Por tanto, Aidan aguardó con cautela y adoptó una actitud reservada.

—La familia es importante —le dijo el almirante—. Es lo que sostiene a uno en pie, lo que dejamos en el mundo. Los hijos dan prestigio, orgullo, deben ser el reflejo de nuestros valores, los valores que mantienen esta sociedad, pero, a veces, los hijos son unos desagradecidos —se incorporó para acercarse a un rincón del escritorio y servirse un whisky.

El capitán aceptó el vaso que se le tendía por educación. Se lo llevó a los labios y tragó, procurando no paladear el intenso sabor ahumado, aunque le colapsó los sentidos igualmente. Robert dejó con más fuerza de la necesaria la licorera en la mesa.

—Ha llegado a mis oídos información que es de mi desagrado. Uno de mis ahijados ha sido visto reuniéndose con los comunistas de la Fulham. Quiero pedir tu confianza y absoluto compromiso para que investigues. Me consta que tienes conocidos en esa fábrica de comunistas, y quisiera saber quiénes son, y qué hace mi ahijado reuniéndose con ellos. No estoy dispuesto a tolerar esa desviación de conducta, ni que a mi familia se la asocie con anarquistas.

Aidan entendió el motivo para el regreso del HMS Constant Warwick a Inglaterra con la excusa de la reparación y puesta a punto para surcar de nuevo las aguas. Si él hubiera sido un hijo dócil, si hubiera obedecido a su padre, si fuera obediente y nada impulsivo, ahora no estaría en deuda con el hombre más poderoso de la armada británica.

Estaba en deuda con aquel hombre, y las deudas siempre acababan pagándose.

—Tiene garantizada mi discreción, señor —terminó aceptando.

No tenía otra opción. Sus ojos eran granito cuando el almirante relajó la postura y le mostró una sonrisa medio oculta en el frondoso bigote, antes de acercarse a estrecharle la mano de nuevo y palmearle el hombro.

—Gracias, Aidan. Mi confianza está en ti como lo estaría en mi propia sangre.

—Señor —casi gruñó—. ¿De quién se trata?

—De Raymond Samuelson.

Asintió y no añadió nada más, realizando el gesto de tocarse la gorra para despedirse. Al salir del amplio despacho la expresión se le mudó en una de contrariedad y sintió de nuevo la opresión en la garganta, el whisky seguía dando vueltas en su estómago. Se escudó en su capa larga y apoyó su mano en su espada abrochada al cinto cuando se marchó de comandancia.

Le dijo a su cochero que le apetecía pasear, que regresara a la casa. Y cuando se fijó en las ruedas que comenzaban su andadura, se percató de que no había firmado los despachos, pero lo haría por la tarde. Ordenaría a O'Sullivan que se los llevara a su casa para hacerlo. El frío viento lo acompañó por las calles londinenses. Aidan se miraba las puntas de las botas y luego contaba

las ventanas de los edificios que pasaba mientras era testigo pasajero de las vidas al otro lado de los cristales.

La fábrica de carbón Fulham, era uno de los gigantes que alimentaba las chimeneas y fogones de la ciudad. Al almirante Smith no le había hecho falta especificar cuándo o cómo quería que se encargara de aquello. Y Aidan no podía identificar a nadie si no reconocía primero el terreno.

Antes de llegar al puerto, el rugido de la fábrica de carbón ya era audible en la distancia. Se detuvo a admirar los barcos anclados en el puerto, desde la distancia pudo ver su fragata. Daría lo que fuera por embarcar de nuevo y no tener que actuar de espía para el almirante.

Pero era inevitable. Cuando alcanzó los muros de la fábrica de carbón, se quedó en las inmediaciones unos minutos antes de que los obreros hubieran acabado el turno. El humo de las chimeneas enrarecía el aire, y la oscuridad allí era más densa. El olor era penetrante y ácido, se le quedaba en la garganta, le escocía en los ojos. Se resguardó cerca de la entrada, para poder ver quiénes abandonaban el lugar de trabajo. Conocía a Raymond Samuelson. No estaba seguro del aspecto que debía tener en los últimos años, pero suponía que su cara no había cambiado demasiado. Si se acercaba por allí, seguramente él también podía reconocer a Aidan. Solo que Aidan tenía una excusa para estar en la fábrica, como bien había dicho Robert Smith: él, conocía a alguien allí.

Al apoyarse en la pared se le clavó la espada en la cadera, y no se molestó en acomodarla.

—¿Señor Baquer?

Levantó la mirada con la misma rapidez con la que se irguió, entreabriendo la boca para contestar, sin que saliera ningún sonido. Ver al hijo de su cochero trabajando en la fábrica de carbón, lo pilló desprevenido.

Era el niño con el que había jugado en su infancia.

—¿Ha estado esperándome? Le juro que mi trabajo aquí no entorpece el que realizo en Brent Cross —Arthur, lo miraba con fijeza, aunque visiblemente incómodo—. ¿Ha venido desde comandancia porque le ha sucedido algo a mi padre? —él, continuó sin contestar—. Mire... tengo que irme, no puedo quedarme, pero regresaré a la misma hora —se quitó la boina y la amasó entre las manos. Al final se volvió a colocar la gorra y se marchó sin despedirse.

Aidan lo siguió con los ojos, y sopesó que cruzarse con Arthur era la mejor forma de tener una justificación para estar allí. Se recolocó la espada a la cadera, y miró en derredor, confirmando que si había obreros juntándose con la aristocracia londinense no era de forma expuesta.

Entonces escuchó un grito femenino. Giró sobre sus talones, cruzó la calle, y dobló la esquina. Arthur estaba arrodillado junto a un cadáver.

—¿Le has hecho daño? —le preguntó.

—¡No! —se defendió el otro—. ¡Se ha desmayado frente a mí!

Aidan estaba allí plantado, y tenía la vista clavada en el bulto en el suelo.

—Se ha desplomado y no despierta.

El capitán recuperó su aplomo. Se agachó junto al cuerpo menudo y frágil. Le colocó una mano fría sobre la boca y detectó la débil respiración. Era la mendiga del cementerio. La que había lanzado impropios. Aidan hizo algo inesperado, la cogió en peso, se la cargó al hombro, y, con el mismo paso firme de siempre, arrancó la marcha.

—¿Qué hace? —le preguntó Arthur.

—La llevo a un hospital.

—¡Pero nadie va a atenderla! Es una mendiga. ¿Quién va a pagar los gastos médicos que

genere?

—Lo llevo al hospital de la Reina Alexandra —zanjó Aidan.

El cuerpo inerte que cargaba al hombro pesaba lo que en un principio imaginó.

—Escúchame, por favor —Arthur continuó, esforzándose por mantener el paso vivo del capitán—. No le atenderán allí.

—Sí, lo harán. Soy capitán del HMS Constant Warwick, ya lo creo que la atenderán.

Aidan exhaló todo el aire de sus pulmones con brusquedad. Comenzaba a faltarle resuello, y no tenía ganas de continuar con aquella conversación.

—Luego hablaremos sobre tu trabajo en Fulham.

—Necesito el dinero —contestó Arthur al cabo de unos instantes.

Aidan, cada vez que respiraba, se le clavaba un agujonazo en las costillas. Se vio obligado a detenerse y, con dificultad, se cambió el cuerpo de hombro. Tenía que llegar al hospital.

—Puedo llevarla yo —se ofreció Arthur, pero Aidan hizo como si no lo hubiera escuchado—. De todas formas, a nadie le importaría. Un obrero o mendigo muerto es una preocupación menos para el gobierno.

Los ojos de Aidan reflejaron la rabia durante un fugaz instante por la afirmación cierta del otro. La compasión no era política del reino británico.

—Sin los obreros, este país se derrumbaría, somos la tierra sobre la que se levanta —insistió Arthur—. Y eso lo saben los políticos, y los ricos, y los reyes: castigan la tierra sobre la que construyen sus palacios.

Resopló, mientras se decidía a sostener el cuerpo en brazos para permitirle un descanso a sus hombros. Arthur decidió que si el capitán había querido cargar con la responsabilidad de un cadáver en la calle, entonces que así fuera.

El hospital era una construcción colosal que contrastaba con el día plomizo a sus espaldas. La calle no estaba completamente adoquinada: Aidan hundió las botas en el barro varias veces hasta que consiguió llegar a la entrada. Por acto reflejo, estrechó más el cuerpo contra sí. Se había dirigido hacia allí sin titubear, pero se detuvo bajo los pilares de la entrada. No podía entrar con un civil a un hospital militar. Dejando el cuerpo apoyado contra la pared le colocó su propia gorra sobre la boina negra que le ocultaba las facciones y se despojó de la capa para echársela por encima. Luego, con esfuerzo, volvió a sostenerla en brazos.

Al entrar se dio de bruces con una enfermera, que retrocedió para mirarlo.

—¿Qué ha sucedido?

—Necesito ver al doctor Palmer.

—¿Está herido? ¿Ha sido un disparo?

—No se lo repetiré dos veces— la voz de Aidan era fría.

La enfermera crispó la boca y le sostuvo la mirada durante tres segundos exactos. Luego cedió, agachó la cabeza y asintió.

—Sígueme.

El hospital era apacible y estaba vacío. La luz que se filtraba por los cristales dibujaba tenues sombras en los suelos de madera y olía de forma extraña, tuvo la sensación de que no lograría quitársela de la ropa.

—No hay mucho trabajo ahora —comentó la enfermera para llenar el silencio incómodo entre los dos. Aidan no secundó la conversación, así que ella abandonó el intento y le indicó con un gesto de la mano la habitación al final del pasillo.

Había una cortinilla blanca que separaba una pequeña mesa de la que asomó un hombre una vez escuchó los pasos.

Su cara de rata exhibió perspicacia, y luego una fea sonrisa.

—Capitán Baquer —saludó con sarcasmo. Su dentadura era amarilla, con los incisivos principales demasiado grandes, profundizando el parecido con un roedor. Tenía la piel picada por la viruela que, acompañado con la alopecia que sufría su coronilla, daban a su aspecto una sensación de suciedad que lo estremeció. Era el hombre más bajo con el que Aidan se había tropezado—. Me preguntaba cuánto tardarías en volver.

El tono del médico contribuyó a que su piel se erizara. Mantuvo el gesto neutro, a pesar de la tensión en su mandíbula.

—Necesito un favor —declaró finalmente.

Era evidente que lo necesitaba, por eso estaba allí. Por eso el médico sonreía de aquella forma. El doctor Palmer se acercó un poco más a él y de un movimiento preciso descubrió el rostro del cuerpo que Aidan había cargado cuatro millas en brazos.

—Es una civil. Esto es un hospital militar, llévatela a otro sitio.

No podía llevársela a otro sitio porque no la atenderían. Si Palmer quería privilegiarse de la posición de Aidan en la marina, que lo hiciera. Ahora no podía dejar a la desconocida tirada en una esquina.

—Necesita asistencia médica, no se la darán en ningún hospital.

—¿No me debes ya demasiados favores, Baquer? —el doctor fingió entretenerse en contemplar unos informes.

—Soy un hombre de palabra —respondió el capitán.

—Pues todavía no he visto el resultado de tus promesas.

—Los acuerdos requieren su tiempo.

—¿De verdad? —había desdén en la voz de Palmer—. ¿Y qué tienes para ofrecerme esta vez?

Aidan tragó el ácido que le subió por la garganta. Le dolían tanto los brazos que pensaba que se le aflojarían en cualquier momento.

—Puedo hablar con político del reino —dijo al final, y causó el efecto deseado: el médico volvió su atención a él.

—Debes de ser el hombre más estúpido en este país —aceptó el insulto. Y debía de serlo si acudía dos veces a la misma alcantarilla a hundirse en la mierda. Pero no podía dejarla morir—. Llévala a la camilla, le haré un examen.

La depositó sobre la camilla, pero se mantuvo al lado con los ojos muy abiertos y fijos en el médico, sin poder evitar una expresión hostil que el doctor ignoró mientras despojaba a la joven del abrigo y comenzaba a desabotonarle el raído y sucio vestido. Aidan siguió con la mirada los botones que iba desabrochando el médico, constantemente frenaba el impulso de que aquellas manos no tocaran a la chica. No sabía quién era ella ni le importaba, pero sentía que el hombre violaba su intimidad y, a juzgar por la brusquedad de sus gestos, también de la forma más inhumana. La desnudó, para recrearse en lo violento que se sentía Aidan, exponiendo al gélido frío de la estancia un cuerpo cuya carne no daba para cubrir los huesos. Vio la pronunciada marca de las clavículas, del esternón, de las caderas. Los hombros huesudos, la fragilidad del cuello, de las muñecas, de las piernas. Clavó la mirada en los siete lunares sobre un pecho, y que caían hasta el relieve de sus costillas. Vio la cicatriz que debía tener la longitud de un puño en la parte exterior de su muslo derecho. Había contusiones en su costado, y, cuando el médico la giró para examinarle la espalda después de haber verificado que su cabeza no sufría daños, expuso todos los relieves de sus vértebras, como si se apretaran contra la piel para querer romperla.

La muchacha era piel sobre los huesos, menuda y frágil. Calculó que no debía tener más de

dieciséis años. Tenía un lunar en la barbilla, otro sobre una ceja. Y el cabello sucio muy apretados y despeinado. El blanco de los ojos los tenía inyectados en sangre y de una forma que tardó en reconocer: el polvo de carbón los irritaba.

—No tiene ningún hueso roto. Las contusiones pueden haber sido de golpes anteriores. Los ojos tendrá que lavárselos a menudo, hasta que la irritación disminuya —el doctor Palmer se encogió de hombros despreocupadamente, y se apartó sin molestarse en cubrirla.

La rabia sorda palpitó en los oídos de Aidan cuando se precipitó a echarle su propia capa por encima, al menos para refugiarla del frío.

—¿Por qué está inconsciente?

—Porque está desnutrida y no tiene fuerzas —comentó, como si fuera obvio—. Quién sabe cuánto tiempo lleva sin comer. Dale agua, y humedécele los labios con caldo hasta que vuelva en sí y pueda tragar por sí misma.

Cuando se hizo patente que el médico no iba a cederle ninguna intimidad, Aidan le dio la espalda intentando esconder el cuerpo de la joven todo lo que pudiera, apresurándose a vestirla de nuevo, equivocándose con el orden de los botones y solventándolo con ceñirle el abrigo que traía, húmedo, pesado y raído. Luego volvió a levantarla en peso.

En ese momento lamentó haber despedido a su carruaje.

—Si me haces esperar, iré a buscarte, Baquer.

La despedida de Palmer lo persiguió por el pasillo. Aidan apresuró el paso por el edificio, e incluso cuando estuvo en la calle aún tardó en permitirse una tregua, el aire frío y contaminado por el hollín de Londres se le metía en los pulmones y le impedía respirar con normalidad.

Aún así, cargó con la desconocida hasta Brent Cross. El hogar de sus abuelos maternos.

Soltó un suspiro cansado cuando cerró la puerta tras de sí de la vivienda. El bullicio de Londres lo había acompañado hasta allí. Aidan tenía la sensación de que había huido por las calles robando un cuerpo, guardando un secreto.

Cuando su vista se acostumbró a la oscuridad, descubrió que en el salón estaba Arthur arrebujado en varias mantas, estaba dormido sobre su propio brazo. A pesar de todo, se había quedado a esperar si volvía.

Aidan procuró que la madera no crujiera bajo sus botas mientras llegó a su habitación. Depositó a la joven en su propia cama, y la despojó del calzado, del abrigo, y la cubrió con una manta. En su alcoba había una única silla, y se sentó allí al mismo tiempo que clavaba la mirada en la figura inmóvil de la cama. Su cuerpo se hundió en la silla, se ancló a ella, cada centímetro tan dolorido, que lo mantuvo con los ojos despiertos toda la noche, aunque no habría dormido de poder hacerlo.

Tenía una extraña en casa. Le había parecido justo ofrecerle su cama, en aquella habitación que era el único refugio que tenía en el mundo. El impulso de bañarla hasta que pudiera borrarle de la piel todas las huellas, resultó tan fuerte que tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para no hacerlo. Antes de que el sol comenzara a bañar los tejados de los edificios londinenses, Aidan ya había salido de la casa. Le costaba esfuerzo coordinar los pasos y mantenerse erguido. Regresó del mercado sin poder precisar la hora por la espesa niebla que había sepultado Londres. Debía ser tarde, porque el cocinero y Arthur ya estaban despiertos cuando regresó.

La tetera humeaba al fuego.

—¿Dónde está? —preguntó Arthur.

—En mi habitación.

—¿Sobrevivirá?

Arthur lo escuchó lanzar un suspiro.

—Deberá descansar, y alimentarse.

—¿Va a quedarse aquí? —preguntó espantado.

—Solo hasta que se recupere lo suficiente —respondió el capitán.

Aidan sabía que ella no tendría un lugar mejor al que regresar. Brent Cross no tenía todas las comodidades pues estaba prácticamente vacío y helado. Él, mantenía el mínimo servicio, solo al cochero y Arthur. Aidan pasaba largas temporadas en el mar, y por eso consideraba al HMS Constant Warwick su verdadero hogar.

Pero ahora debía quedarse un tiempo, hasta que resolviera el asunto del almirante, Aidan podría quedarse en comandancia con el resto de oficiales, pero ahora tenía una extraña en Brent Cross, y no podía abandonarla a su suerte.

—¿Qué hacías en la fábrica de carbón? —le preguntó directamente a Arthur.

El hombre obvió la pregunta.

—¿Se va a quedar en la casa? —preguntó a su vez—. Podría ser la nueva doncella a cambio de la comida. Bien sabe Dios que necesitamos unas manos de mujer en esta casa.

Así era Arthur, habría sido un excelente mayordomo en una casa de la nobleza, pero se había negado a dejar Brent Cross cuando él despidió a la mayoría del servicio.

—Puedo cuidarla mientras tanto —insistió Arthur.

—Ella decidirá.

A Aidan le extrañaba el cambio de opinión de Arthur. En el día anterior la habría dejado tirada en el suelo. Ahora llevaba el pelo más limpio y mejor peinado de lo habitual, y sus ojos castaños volvían a ser tan limpios como los recordaba.

—De verdad que no me importa —insistió antes de marcharse a la vieja cuadra para ocuparse del mantenimiento de los caballos y del carruaje.

El salón pareció vacío cuando Arthur se marchó. Los ojos verdes de Aidan miraron tras los cristales. Las nubes pesaban tanto en el cielo mientras aclaraba la mañana, que no tuvo la menor duda de que llovería. Cuando las primeras gotas comenzaron a repiquetear contra los ventanales, Aidan todavía no se había movido del sitio.

Calentó el té que se había enfriado, y revolvió entre los alimentos que había traído, sin estar muy seguro de qué podía hacer con aquello. Cocinar no era una de sus habilidades pues siempre cocinaba el cochero. Tras veinte minutos de indecisión, finalmente convino en dejarle esa tarea a Hardy. No recordaba la última vez que estuvo en la casa más de dos días seguidos. Tampoco recordaba la última vez que cocinó, solo la huida, siempre huyendo.

Estaba tan ensimismado en sus propios pensamientos, que no fue consciente de la mirada gris que lo seguía por la cocina. Por eso, cuando se volvió y colisionó con los ojos de ella, se quedó clavado en el sitio. Iba descalza. El vestido que no le había abrochado del todo, le resbalaba por los hombros hasta casi el vértice de los senos. Viéndola de pie, era obvio que la prenda le quedaba enorme. El pelo estaba enredado en rizos imposibles de gran volumen, y le caía hasta las rodillas.

Se movió, y el vestido le resbaló un poco más. Si ella estaba asustada por encontrarse en un lugar desconocido y frente a un extraño, no lo demostró. Los ojos de ella lo cautivaron. Poseía unas largas pestañas bajo unas perfectas cejas arqueadas que realzaban la plata bruñida de su iris, y que iluminaban su rostro con forma de corazón. Tenía una extraña belleza salvaje, capaz de dejar al hombre más mundano sin palabras.

Aidan no bajó los ojos. Ella le sostuvo la mirada, y supo, en ese mismo instante, que la forma que tenía de mirar hablaba de una franqueza que no había visto a nadie. El silencio se extendió, cubrió la distancia, tocándolos, uniéndolos.

—Gracias —la escuchó decir.

—Parecías muerta —se obligó a contestar.

Ella giró el rostro y miró la estancia poco iluminada porque el día estaba plomizo.

—Y lo estaba —respondió provocándole un vuelco en el estómago.

¿Qué había querido decir con esa afirmación?

La vio que se aproximaba hacia él con lentitud, con agotamiento, y se situó frente a él. Tenía que levantar el mentón porque era muy alto. Aidan miró su larga cabellera oscura que parecía arroparla más que el mugriento y raído vestido, pero a ella parecía no importarle. Por un instante, lo único que el capitán pudo escuchar fue su respiración frágil que eclipsaba los sonidos del resto del mundo. Luego comenzó a bullir la tetera, y se sobresaltó, se apresuró a apartarla del fogón.

—Necesita comer —añadió con el pulso disparado.

La muchacha sonrió, y fue como si la niebla que cubría Londres se disipara de repente.

Se forzó a acompañar la respiración. Junto a la tetera había una olla que todavía tenía restos de la comida anterior. Verificó que el contenido fuera todavía comestible. Lanzó una mirada fugaz por encima del hombro para advertir que ella estaba sentada en la silla.

La chica se llevaba con lentitud la comida a la boca, y, aunque procuraba darle la espalda para cederle espacio e intimidad, no podía evitar que sus ojos la buscaran. La presencia de la desconocida no le producía incomodidad: todo lo contrario. Quizá debería producirse, se dijo, pero se giró para echarse otra taza de té. La anterior se le había enfriado.

—Tiene una cicatriz en la nuca —le dijo de pronto ella con voz suave, como un susurro.

Aidan se dijo que tenía un acento leve, aunque no consiguió ubicarlo. Cuando se volvió, la encontró allí de pie, aunque se sostenía a duras penas, se le arqueaba el cuerpo hacia sí mismo.

—Una de tantas— contestó él, pero sin sentimiento.

Un pestañeo, lento. Y una negación de la cabeza.

—Cada una de las heridas, tiene su propia historia y significado.

Aidan entornó los ojos un instante analizándola. Le extrañaba que no le preguntara quién era, o a qué se dedicaba. Se había despertado en una casa desconocida y estaba frente a un extraño, y sin embargo, sus plateados ojos no mostraban miedo ni confusión.

La muchacha se mantenía cerca, demasiado, pero no llegaban a rozarse. Su mirada era completamente seria. Se le cruzó por la cabeza que igual estaba loca: el sufrimiento podía hacerle eso a las personas. Pero no, porque había lucidez en el cristalino de su mirada. Tampoco sabía por qué, pero parecía esperar algo por su parte.

—Debería continuar comiendo —insistió. Hubo una mezcla de emociones en el rostro de la desconocida que el capitán tardó unos instantes en descifrar—. Creo que no está acostumbrada a comer, ¿no es cierto? —la afirmación logró que ella volviera el rostro para mirarlo otra vez, pero en silencio, con tanta intensidad que a Aidan le costó sostener aquel aplomo titánico. No tuvo que añadir nada más porque él entendía—. Su estómago lo aguantará si come con paciencia, dándole tiempo. Siéntese.

Ella aceptó, subiendo las piernas a la silla y abrigándose con ellas, tomándose tiempo entre cucharada y cucharada, como si la propia comida le infundiera un respeto y un temor que no creía capaz de superar, por más que hubiera estado de pie exhausta y desnutrida, en un apartamento que no conocía, y frente a un desconocido que la observaba con una intensidad que le provocaba escalofríos, ¿o era el frío?

A lo mejor su cuerpo estaba demasiado pendiente de ella, porque en el momento en el que despegó los labios para hablar, él ya estaba atento:

—¿Por qué me salvó?

¿Lo había hecho? Se preguntó así mismo. Aidan dejó la taza que sostenía, y buscó una postura más cómoda para poder mirarla de frente.

Él, también se lo preguntaba, ¿por qué se responsabilizaba?

—Porque necesitabas ayuda —la tuteó por primera vez.

Aidan se calló que la había auxiliado porque estaba tirada en medio de la calle. Porque parecía que tenía heridas por las que no sangraba. Él, conocía muy bien lo que eran las heridas.

—Y soy un buen cristiano.

No era cierto. Aidan se sentía un diablo. La miró otra vez con esa intensidad que abrasaba, y tuvo la sensación que ella había leído en su alma que se sentía un diablo.

—Gracias por ayudarme a sobrevivir.

Aidan estiró una mueca en la boca que ella se tomó como una sonrisa.

—Considera este lugar como tu hogar hasta que te repongas lo suficiente como para regresar allí de donde vienes.

Con una mano abarcó la estancia. La muchacha contempló las paredes revestidas con un papel viejo. Los pocos muebles que había, estaban muy gastados y deslucidos.

—Esto no es un hogar —respondió apenas en un susurro.

El capitán fue sincero al ofrecerle lo que él llamaba su segunda casa, porque la primera era el barco que comandaba. Le había ofrecido a aquella chica su vivienda, sin preguntarle su nombre, ni de dónde venía ni por qué iba descalza. Deseaba interrogarla sobre su pasado, pero era un hombre paciente que podía aguardar las respuestas, porque sabía que ella se las daría cuando estuviera preparada.

—¿Cuántos años tienes?

—Creo que dieciocho —contestó serena.

Se mostró sorprendido.

—¿No lo sabes con exactitud?

Ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Son años de sufrimiento, si pudiera, los borraría todos.

Sí. Aidan podía ver en su rostro muchos años de sufrimiento, de hambre, de inviernos de nevadas intensas.

—Sus años también hablan de sufrimiento —la escuchó decir.

Aidan sufrió un sobresalto.

—¿Cómo te llamas?

La muchacha pestañeó con los ojos todavía inyectados en sangre, y resaltando el gris más brillante que había visto nunca.

—Me llamo Fiona.

No le dijo su apellido, por eso Aidan no supo que provenía de Irlanda, eso lo descubriría después.

—¿Por quién llorabas en el cementerio?

No había llorado sino blasfemado, pero era un caballero para decírselo.

La vio encogerse en la silla, y sus ojos brillantes como la plata, se tornaron grises de tormenta.

—La tumba era la de mi padre...

Ella no le explicó nada más ni Aidan le preguntó. Se quedó allí de pie observándola de esa forma tan intensa y prolongada. Estuvieron en silencio mucho tiempo.

CAPÍTULO 2

—Quería ver muchas cosas.

Fiona rompió el silencio.

—¿Cómo qué? —la animó él.

—La abadía Westminster, la Torre de Londres, también la catedral de San Pablo...

—Podrás ver todo eso cuando recuperes fuerzas.

—Margaret siempre me decía que estaba sola en el mundo, que jamás saldría del agujero donde estaba, pero lo hice...

A Aidan se le antojó, que una vez las palabras salieron del interior de ella, fue como si se quedara vacía de repente. Se arrebujó como si sintiera frío. Aunque las ventanas estaban cerradas, el agudo helor del invierno se filtraba en la estancia. Aidan lo sentía colándose por el cuello de su chaqueta cruzada.

—Yo podría llevarte Hyde Park —resolvió un risueño Arthur que acababa de entrar en la estancia—. Por allí se encuentra el palacio Kensington, también el memorial al rey Albert.

—El palacio de Buckingham, las caballerizas reales, los jardines de St. James, los jardines de los tulipanes, la abadía —completó Aidan sin mirarlo porque tenía los ojos clavados en ella.

—Eso era lo que iba a decir —protestó el otro que se decidió a atraer la atención de la chica sobre él—. Salgo tarde de la Fulham, pero la ciudad es muy bonita de noche.

Aidan alzó las cejas con un interrogante. Por la noche la espesa niebla cubría la mayor parte de la ciudad.

—Podría ser —respondió Fiona que se giró de pronto al advertir que el capitán se ajustaba la espada a la cintura, y un segundo después se colocaba la pesada capa sobre los hombros.

Hizo amago de incorporarse, pero las rodillas le temblaron. Arthur la sostuvo antes de que diera con los huesos en el suelo. Ella se lo agradeció con una pequeña sonrisa apoyándose en él. Así fue como no advirtió que los ojos del marino se clavaban en ambos un instante.

—¿Dónde... dónde va?

—A comandancia —tenía muchos asuntos que resolver.

—¿Te quedarás allí hasta que zarpes? —quiso saber Arthur.

El capitán volvió la cara sobre el hombro un instante, porque había detectado la esperanza en la voz de Arthur, y no le gustó.

—No —afirmó en un tono seco sin lograr esconder el malestar que sentía por esa pregunta—. Volveré esta tarde. Mientras tanto, Fiona puede ocupar la habitación azul.

Ella no contestó, aunque parecía que en sus ojos había atrapadas cien estrellas, todas las que no podían verse en el cielo londinense. Por algún motivo, a Aidan le molestó aquella mirada, pero mantuvo silencio, se caló la gorra militar, y cerró la puerta tras de sí.

—Aidan es un hombre muy reservado —comentó Arthur.

Cuando el hombre se giró para devolverle la mirada, le sonrió.

Se mantuvieron en silencio, hasta que Fiona decidió poner a prueba sus rodillas, irguiéndose por sí misma.

—Hay varias habitaciones en Brent Cross, podrás elegir la que prefieras —dijo, al cabo de un rato.

—¿Por qué está la casa tan vacía? —preguntó de pronto.

Arthur dejó vagar los ojos. Fiona tenía los brazos erizados, podía escuchar los lobos de la estancia gruñir, echarle su aliento frío sobre la nuca.

—¿Solo vivís aquí él y tú? —ella lo tuteaba, y a él le gustó.
—Antes éramos más —le explicó—. Estaba el mayordomo Philip, la cocinera Margot. Eve y Susy, las doncellas, el cochero, que es mi padre, y yo.
—Este lugar no parece de personas tan pudientes —matizó ella.
—El diablo prefiere tener poca gente a su alrededor.
La mirada dulce se empañó de repente.
—Ese que llamas diablo, ¿es mi salvador? —quiso saber porque desconocía el nombre de él.
—Ha tenido una vida difícil —respondió el hombre—. No tienes de qué preocuparte, yo te protegeré.
La chica pestañeó con lentitud, sin dejar de mirarlo.
—¿Por qué? ¿Estoy en peligro?
—Ni Hardy, ni Aidan, ni yo te haremos daño alguno.
—¿Quién es Hardy?
El hombre tardó un segundo en contestar.
—Mi padre, el cochero. A veces se comporta como un plato roto. Si no llevas cuidado te corta.
Arthur se había fijado en las manos de ella que estaban llenas de pequeñas cicatrices.
—Parecen heridas —se refería a sus manos.
—Tengo que trabajar con ellas —fue la respuesta.
Arthur asintió.
—Me caes bien porque pareces una buena chica —admitió con simpleza.
Y Fiona lo miró con franqueza.
—Soy una buena chica.
Le gustaba que la tratara como a una conocida. Como si mereciera la pena que alguien en aquella monstruosa ciudad supiera el nombre de Fiona.
—Tú no eres de aquí, tienes un acento extraño.
—Vengo de Kilkenny, un pueblo de Irlanda.
—Chiquilla, eso está muy lejos de Londres —respondió asombrado.
—Sí, lo está.
—¿Y tienes familia? ¿Alguien que se ocupe de ti?
—He vivido toda mi vida en un orfanato —comenzó a explicarle.
—¿Y qué haces en Inglaterra?
—Vine a buscar a mi padre.
—¿Y lo encontraste?
Ella hizo un gesto afirmativo.
—Está enterrado en el cementerio de Highgate.
—Mis abuelos también están enterrados allí —tenía los ojos clavados en la ventana.
Fiona siguió la dirección de su mirada.
—Necesitas descansar —le dijo él—. Ven, te ayudaré a escoger la habitación más bonita de Brent Cross.

Ella se dejó acompañar, y le permitió que le subiera las piernas a la cama y que la arropara con una manta gruesa. Lo vio encender la chimenea, y azucar el fuego. Fiona cerró los ojos y durmió todo lo que no había dormido en una semana. Durmió toda la madrugada, todo el día nublado hasta que llegó la noche del día siguiente.

El rostro de Aidan exhibió un amplio abanico de emociones cuando abrió la puerta y no lo recibió Arthur ni Hardy. La casa era tan grande y estaba tan vacía que solo se escuchaba el sonido de sus pasos. De pronto, Arthur salió a su encuentro.

—Todavía duerme.

Aidan dejó su capa y su espada sobre la mesa del salón.

—¿En la habitación azul como sugerí?

El otro negó con la cabeza.

—En la habitación dorada —esa había sido la habitación que ocupó su madre antes de casarse—. Es la que mejor tiene el tiro de la chimenea.

Sin saber el motivo, Aidan comenzó a caminar hacia la habitación dorada. Arthur se llevó un dedo a los labios para indicarle que dejara de hacer tanto ruido con las botas.

Fiona estaba apoyada malamente sobre su costado izquierdo, parecía que su cuerpo vencería y caería de costado. El capitán soltó un suspiro y se alejó de la habitación donde dormía ella.

—Mi padre ha preparado estofado.

—No tengo apetito —respondió.

El otro se molestó. Arthur le había explicado el motivo por el que trabajaba medio turno en la fábrica de carbón. Su padre estaba enfermo y necesitaba medicinas. Aidan se enfadó porque ambos se lo habían ocultado, pero el sueldo de capitán no llegaba para pagarle el sueldo de cochero a su padre, su sueldo como ayudante, y mantener la casa. ¿Cómo iba a poder comprarle las medicinas que necesitaba?

—Pues debes de alimentarte.

A Aidan le preocupaba que la chica hubiera perdido su trabajo en la fábrica por alojarse en Brent Cross.

—¿Has comido tú? —preguntó ignorando su comentario anterior.

—Si no quieres estofado, hay pescado en salazón.

Aidan se rindió y decidió que comería algo de estofado si así lograba mantener la voz de Arthur silenciada. No se dirigió al comedor, los tres preferían comer en la cocina junto al calor de los fogones.

Aidan tomó asiento, y Arthur le sirvió un plato lleno de estofado. También le sirvió una copa de vino, y cortó unas rebanadas de pan caliente.

—Fiona me gusta, porque no miente —dijo Arthur tras unos minutos.

Aidan desmenuzó pensativo el trozo de pan que tenía en las manos.

—Tampoco dice la verdad —alegó con voz serena.

Desde que estaba allí, Fiona no había dicho mucho sobre sí misma, y le molestaba la forma que tenía de observarlo: como si estuviera viendo a través de los muros que Aidan había levantado sobre sí mismo.

—Eso es porque no le has preguntado —respondió el otro.

Aidan encogió un hombro por respuesta. La verdad es que había hecho un centenar de preguntas en silencio, y no le había hecho falta decirlas en voz alta porque sabía que Fiona las había escuchado todas.

—Es un ángel que ha llegado a tu vida —afirmó de pronto Arthur.

Aidan parpadeó al escucharlo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que apartas a todos de ti.

Aidan arrugó el gesto arrepintiéndose de haber albergado la esperanza de que, por una noche, no tuvieran que enfrentarse a Arthur. Estaba exhausto. Era un hombre imprudente que nunca se callaba sus opiniones.

—Detecto cierta insolencia en esa afirmación innecesaria.

Arthur se mostró arrepentido, pero no se retractó.

—No es insolencia hablar sobre lo que pienso. Te conozco, aunque nunca quieres compartir nada de lo que sientes, ni permites que otros te ayudemos.

El capitán sabía que no tendría que haber caído en la provocación, pero allí estaban, igualmente, un día más.

—¡No me conoces! —exclamó el marino.

—Sé perfectamente quién eres Aidan Baquer —replicó el otro enojado—. Si actúas como un diablo, todos pensarán que lo eres.

Una vena latía en la sien de Aidan. Sentía la ira crecer en su pecho con tanta violencia, que el tiempo que pasó en silencio fue para controlarse. Arthur siempre había sido un desagradecido.

—Me voy a mi habitación —lo escuchó decir cuando se hizo evidente que Aidan no iba a replicarle.

El capitán esperó que la puerta de su habitación se cerrara, para dejar que los hombros se le hundieran. Se frotó el tabique nasal con cansancio. Arthur nunca lo comprendería porque era todo mucho más complejo. No iba a molestarse en explicarlo porque las personas solo veían lo que querían ver.

Aidan se sentía inquieto por eso dejó la cocina y se dirigió hacia su propia alcoba. Cuando pasó por la puerta entreabierta de la habitación dorada, fue consciente de que ella estaba despierta. Se quedó parado mirando tras la rendija. Ella se había levantado del lecho. ¿Cómo podía llevar el cabello tan largo? Esa muchacha parecía una señal en la niebla de Londres.

—Lo siento, si te he despertado.

Ella abrió la puerta y se quedó plantada frente a él.

—No estaba dormida —contestó sincera.

Aidan guardó silencio. Sabía que su posición a contraluz le confería ventaja: él podía advertir todas sus facciones mientras que ella no. Fue por eso que cuando ella se pasó la lengua por los labios, para humedecerlos, se distrajo un leve instante.

—¿Has podido comer algo? —le preguntó.

—Lo que siento me impide alimentarme.

Aidan se sentía perdido en la conversación.

—¿Qué sientes? —preguntó por instinto.

La escuchó soltar un suspiro suave.

—Que haya tanto dolor en esta casa —Aidan la miró estupefacto un instante, otro después enfadado—. No puedo quedarme aquí, pero gracias.

—¿Deseas regresar a la calle? —le preguntó a bocajarro—. ¡Pues hazlo!

La vio dar un paso hacia atrás y encogerse.

—Lo haré por la mañana.

Fiona no tenía miedo. Había dado un paso atrás porque la oscuridad de ese hombre podría engullirla. Nunca había contemplado un rostro más atormentado, y decidió en un instante que no se marcharía.

—Podría servir de doncella en Brent Cross a cambio de comida y cama —le ofreció de pronto.

Decir que Aidan se mostró sorprendido era como reducir la línea a un punto, pero no lo mostró.

—Te ofrecí la hospitalidad de mi casa sin condiciones.

—No me quedaré por caridad sino por trabajo. La casa necesita una buena limpieza.

Ahora la miró con humor. Ella que llevaba el cabello sucio y desgredado, que vestía con ropas de harapienta... sí que tenía gracia su comentario.

—Está bien, quédate el tiempo que necesites, y si después deseas marcharte, estará bien, y te pagaré porque imagino que habrás perdido tu puesto en la fábrica de carbón.

Fiona asintió, aceptando el ofrecimiento.

—En realidad no me gustaba trabajar en la fábrica porque pagan muy poco y el trabajo es muy duro —le informó seria.

—Cuando estés lista, elaboraré un informe positivo sobre tu trabajo, seguro que encuentras un puesto como doncella en una casa decente.

A ella se le iluminaron los ojos.

—Me gustaría pagarle la generosidad.

—La generosidad no se paga con dinero, Fiona, en realidad, no se paga con nada.

Ese sí que era un acertijo que ella no supo descifrar.

—Parece cansado —Aidan inclinó la cabeza como respuesta—. He dormido todo el día, usted debería dormir también.

Sin poder retenerla, una sonrisa tensa le asomó a los labios. Con un esfuerzo titánico de voluntad dejó la vista clavada en el rostro de ella.

—Si has dormido tanto tiempo, buena falta te hacía.

—Le prepararé un té —no admitió una negativa.

—No, tienes razón, necesito descansar —admitió finalmente para que ella volviera a la cama—. Igual que tú.

Ella no replicó que era más fuerte de lo que parecía, pero él lo adivinó en el gesto de su boca carnosa.

Estaba desnutrida, anímica, fatigada y sufriendo, pero Fiona había sobrevivido a eso y Dios sabía a qué tendría que sobrevivir en el futuro. Pero era decidida, constante, y muy cabezota.

—Le prepararé un té —insistió tozuda.

Aidan no tenía paciencia para soportar chiquilladas.

Sujetó el frágil hombro de ella, y la empujó con firmeza y sin delicadeza hasta que la sentó sobre el colchón.

—He dicho que vas a descansar.

El contacto de él sobre su hombro le había despertado cientos de hormigas que ahora caminaban sobre su pecho hasta llegarle al corazón. La respiración se le trabó, y el iris de sus ojos irradiaba plata bruñida.

Fiona aceptó, y se cubrió con la manta hasta la nariz mirándolo larga e intensamente una última vez antes de cerrar los ojos.

—Buena chica...

A Aidan le resultó inquietante que esa maraña de cabellos desordenados y sucios parecieran un trozo arrancado del universo desparramado por la almohada. Se quedó plantado allí hasta que ella se durmió realmente. Fiona no lo escuchó marcharse, aunque horas después sí que escuchó el revuelo de Arthur que se había levantado tan enfadado como se acostó.

La casa entera crujía bajo sus zapatos.

El hombre acababa de preparar una tetera y la puso al fuego mientras cortaba rebanadas de

pan y las ponía al fuego, estaba en concentrado, que cuando se volvió, se asustó al verla.

—¿Qué haces levantada tan pronto?

—¿Dónde está comandancia?

Si le extrañó la pregunta, no lo demostró.

—En Hampster Road, al norte del río.

—¿Cómo sabré cuando he llegado?

—No tiene pérdida —se bebió el té ardiendo de dos tragos—. En comandancia no se admiten visitas femeninas —le informó.

—Solo quería saberlo.

—Necesitas un baño, y algo de ropa limpia —le dijo, pero no para molestarla. Como ella había entornado los ojos, Arthur decidió batirse en retirada—. El establo me espera.

Cerró descuidadamente la puerta detrás de sí dejándola sola en la estancia.

Fiona se miró el vestido a causa del comentario, y se avergonzó de sí misma. Había pasado varios días sin poder lavarse la ropa. Nadie le dijo si podía bañarse, ni dónde, ni tampoco si podría lavar la ropa. Así que durante la siguiente hora la dedicó a limpiar y ordenar las habitaciones. Después hizo lo mismo con la cocina, y el salón.

Y entonces decidió que había llegado el momento de darse un baño, y lo haría en el único lugar donde había una tina: el dormitorio de él. Le costó un tiempo llevar el agua caliente, y cuando lo logró se había enfriado lo suficiente, pero a ella no le importó. Cuando se despojó de las ropas raídas y mugrientas, se sintió humana por primera vez. Tomó con cuidado la pastilla de jabón que había sobre el taburete, y sin pensárselo, hundió la cabeza por completo. Como el capitán era un hombre alto y corpulento, la bañera era muy grande, casi podía nadar en ella. Fiona se lavó el cabello a conciencia, también el cuerpo, aunque le dolía algunos puntos por los que frotaba con fuerza. Cuando se sintió limpia, salió de la bañera y se envolvió el cuerpo en el enorme lienzo que olía a él.

Abrió el ropero con cautela, había un segundo uniforme allí, además de camisas, dos trajes, pantalones, y un par de zapatos muy elegantes que atrajeron su atención. No sabía si tenía permiso para utilizar una de aquellas camisas mientras lavaba su ropa, pero no tenía muchas más alternativas a menos que quisiera ir desnuda. Se le encogió el corazón mientras descolgaba una y pedía disculpas en silencio. Tuvo que darle muchas vueltas a las mangas de la camisa y a los pantalones para que no le estorbaran al caminar.

Pensó en lavar su vestido y abrigo, pero lo haría por la tarde. Después se dirigió hacia la cocina, y contempló los alimentos que había en la alacena. Sonrió porque podría preparar una comida respetable y rica.

Mientras la comida se cocía a fuego lento, ella aprovechó para llenar un canasto con sus pocas pertenencias, y las metió en un barreño grande que encontró en los establos. Se sorprendió de que Arthur no estuviera allí, pero no se quedó a especular.

Lavó con insistencia para quitar toda la mugre. Le encantaba el olor del jabón. Dejó todo a remojo en agua tibia. Cuando finalizó la colada, le dolía profundamente la zona lumbar y se sentía fatigada. Comió en una esquina de la cocina, dos de las patatas que cocía. Como Fiona había prometido encargarse de la limpieza, había quitado las sábanas de las camas, y las sumergió en el barreño. Lavarlas le costó más que su propia ropa, pero sumergió y restregó las sábanas hasta tres veces, sabiendo que si era concienzuda, mataría a todos los insectos y toda posibilidad de coger una infección. Escurrirlas le costó un mundo, pero se afanó en hacerlo, luego las tendió en el jardín posterior, y regresó a la cocina.

El olor del asado olía deliciosamente bien.

Ignoró la debilidad y el leve mareo que sintió del sobreesfuerzo, y regresó a las habitaciones para terminar la limpieza.

Después preparó la mesa del comedor, con la bonita vajilla que encontró en el aparador, lo tenía todo listo, pero ni Aidan ni Arthur ni Hardy llegaron para el almuerzo. La desilusión le pintó el rostro de blanco, pero el sentimiento le duró muy poco. Decidida como era, buscó una cesta de picnic, y decidió que si la Mahoma no iba a la montaña, la montaña iría hasta Mahoma...

Tuvo que preguntar dónde se encontraba Hampstead Road, y, cuando le informaron, Fiona se encaminó hacia allí con la cesta colgada del brazo, aunque tuvo que caminar dos horas para llegar.

El edificio de ladrillo rojo era imponente. Supuso que el edificio era comandancia porque había marineros por doquier. Se dirigió hacia uno que estaba apoyado contra la pared.

—Disculpe, señor...

El hombre la miró atento.

—Hola, bonita —a Fiona nunca la habían llamado bonita.

Iba vestida con las ropas de Aidan porque su vestido y abrigo todavía no estaban seco.

—Busco al capitán... —Fiona no recordaba su apellido—. Aidan, capitán Aidan.

El soldado estiró la sonrisa, con algo de mofa.

—¿Eres su hermanita? —la inspeccionó de arriba abajo varias veces, si bien no hizo comentarios sobre su camisa de hombre, o los pantalones arremangados, ni por los escarpines agujereados. Fiona levantó un poco la barbilla, sin permitirse perder la dignidad por el examen grosero.

—No soy su hermanita sino su criada.

El hombre se puso serio de inmediato.

—Aquí no se permite la entrada de mujeres, sean o no criadas.

—Debo entregarle un mensaje de vida o muerte. —Estaba claro que el hombre no sabía si creerla o no—. Soy Fiona Connor.

—¿Dices que es urgente?

Hubo una pausa. El ceño de la chica se frunció un poco más.

—De vida o muerte. ¿Puede ir a buscarle?

El hombre seguía dudando, aunque finalmente aceptó.

—Claro —contestó el soldado con sonrisa burlona—. ¿Qué me darás a cambio?

Fiona respiró con fuerza.

—Una tanda de latigazos por impertinente.

—Y los recibirá —gruñó una voz ronca desde el interior del edificio, precediendo a un hombre huraño de espeso bigote canoso.

Llevaba una carpeta debajo del brazo y unas arrugas de enfado muy pronunciadas. Cerró una mano en torno a la nuca del marinero, y lo arrojó dentro ordenándole que fuera en busca del capitán. Éste irrumpió en el umbral cinco minutos después, había bajado corriendo a juzgar por su agitación y tenía una expresión muy fría en el rostro, como si estuviera preparándose para afrontar cualquier cosa.

—¿Qué ha sucedido?

Fiona le devolvió la mirada sin ningún temor, ni desafío.

—Le he traído la cena —consiguió que el capitán se quedara atónito, sin poder esconderlo a tiempo.

Fiona no añadió que era un gesto de agradecimiento por haberla cuidado.

—No puedes traerme la cena a comandancia.

—Claro que puedo, no ha llegado para el almuerzo —le espetó seria.

La severidad del rostro de Aidan le provocó un escalofrío.

—Acompáñame, tengo unos minutos, y cómete eso.

Aidan quería decir que ella no necesitaba más que él, porque estaba a punto de caerse al suelo.

—Lo he traído para usted —insistió, aunque el capitán la desoyó.

Y entonces Aidan miró el atuendo de ella, y se encontró enarcando las cejas.

Fiona no llevaba la gorra de oficial, ni la espada sujeta a la cadera, además, las solapas del abrigo estaban mal colocadas, pero había reconocido sus prendas.

—Siento haber usado su ropa.

Los ojos verdes de Aidan se clavaron en ella con intensidad. La chica fue consciente de cómo su esfuerzo por mostrarse imperturbable se iba deshaciendo cuando aquellos ojos llenos de vida se pasearon por las botas rotas, los pantalones arremangados, y se detuvieron unos segundos de más en la camisa. Un segundo después, Aidan intensificó la mirada.

El corazón de la chica se aceleró, y se quedó paralizada al sentir como esos ardientes ojos dejaban de mirar su rostro y recorrían su cuerpo de arriba abajo como si fuese mercancía para comprar. Contuvo el aliento ante la inspección de él, y se sonrojó cuando vio que su mirada se centraba en el volumen de sus senos que la camisa realzaba. Fiona no pudo evitar su sonrojo al sentir que la estaba desnudando con la mirada.

Y de repente, algo se despertó en el interior de ella pues sentía el poder masculino penetrar en su cuerpo hasta alcanzar su corazón. Cómo acto reflejo se escudó en su genio, entornó los ojos, pero no pudo moverse lo más mínimo. Él, había comenzado la marcha.

—¿Así me paga el esfuerzo que he realizado preparando los alimentos, y trayéndoselos aquí, en este lugar tan apartado?

Lo escuchó suspirar.

—Está bien —el capitán acopló su zancada a la de ella, e hizo el amago de situarle una mano en la zona baja de la espalda cuando tuvieron que hacer frente al agua que inundaba la calle. No llegó a apoyarle la mano y ella no llegó a necesitarla, porque fue saltando de puntillas, buscando las zonas menos profundas. Le gustó el gesto de él, y sintió de repente que no necesitaba tanto el abrigo—. ¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Arthur me dijo cómo llegar —comentó, casi restándole importancia.

—Gracias por venir. ¿Quieres acompañarme a los jardines de rosas de la Reina María?

Fiona levantó el rostro para mirarle y fue la primera vez que sonrió. Tenía los dientes sorprendentemente blancos y se le cerraban los ojos casi por completo. Un mechón se le soltó del recogido y le acarició el puente de la nariz. Pareció tener exactamente los dieciocho años que tenía, y fue una sonrisa tan bonita, tan simple, y tan sincera, que Aidan tuvo que apartar la mirada.

¿Qué le estaba ocurriendo? Porque una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en él. No lo dejaba razonar. Y ella estaba provocando esas sensaciones con su mirada cálida, sincera, ingenua.

—No quiero entretenerle —la escuchó decir.

—Tengo un par de horas libres.

Por estar atenta a él y no andar mirándose los pies, tropezó con una persona. Al apartarse chocó contra la figura del capitán, y retrocedió de un salto, entonces Fiona sintió que le fallaban las rodillas en ese mismo instante, y necesitó unos segundos para respirar y erguirse.

Aidan había percibido su debilidad.

—Nuestra excursión se aplazará a otro día. Siéntate.

La desilusión en el rostro de ella era palpable.

—Quiero ver los jardines.

—Todavía estás débil.

Ahora la vio alzar la barbilla.

—Nunca se desaprovechan las oportunidades, capitán.

Los dos se sostuvieron la mirada con intensidad, finalmente él marino cedió, y continuó caminando.

El jardín de rosas estaba dentro de un parque mucho más grande, apaciblemente cubierto de capas de nieve blanca. El lugar estaba prácticamente vacío, era un pequeño reducto donde podía respirarse oxígeno limpio en la neblina oscura de la Londres industrial. Aidan la llevó por caminos que se internaban en la naturaleza que sobrevivía al invierno. Fiona se quedó cautivada por la fuerza y solemnidad del paisaje: invitaban a guardar un silencio respetuoso. Se preguntó si podría volver a inicios del verano, y si podría recorrer el parque entero en un día. Cerró los ojos para inspirar con fuerza el oxígeno frío y la humedad del aire. En la distancia podía vislumbrar la fina línea más clara de un lago que se había helado. La nieve crujía bajo las suelas. Un pájaro salió volando de un árbol cuando pasaron por debajo de sus ramas, provocando que algunos copos cayeran sobre la cabeza de Fiona.

—No sabía que hubiera sitios así en Londres.

Él, la miró con curiosidad.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Poco más de dos semanas. ¿Y usted? ¿Ha sido marinero siempre?

El semblante de Aidan se endureció. Fiona percibió que había dolor en su silencio y se estremeció. Sintió la necesidad de tenderle una mano, tocarlo de alguna forma. Al final se resignó a mirarlo, y esperando que él pudiera comprender que ella percibía el sufrimiento ajeno, y que podía aliviarse si se compartía.

—Aidan. ¿Míreme?

Lo hizo despacio. Ella, le sostuvo la mirada, y el hombre comprendió que *esa* era una forma diferente de tocarse.

—De dónde vienes, Fiona Connor.

La joven sabía que no se refería a su lugar de origen. Aunque podría decirle que venía de una orfelinato ubicado en una callejuela sucia. Que había vivido entre pulgas y chinches. Que había compartido una única letrina con todos los niños huérfanos de Kilkenny. Podría decirle que su madre había muerto trayéndola a ella a la vida, y que su padre en venganza renunció a ella y la entregó a la beneficencia. Podría explicarle que su padre, corroído por la culpa de sus actos, se convirtió en alcohólico, que no lograba mantener ningún trabajo, y que se marchó finalmente a Inglaterra, lejos de ella, y de la posibilidad de que lo encontrara.

Fiona podría contarle tantas cosas, pero no hizo nada de eso. Pero tenía claro que había nacido de la tierra, y que un día volvería a ella.

—Vengo de Brent Cross —respondió al final en un susurro. Parecía que Aidan no sabía muy bien qué hacer, pero hubo calidez otra vez en sus ojos—. Esta frío, pero cómaselo —lo invitó ella.

Al tenderle el alimento que había cocinado para él, Aidan descubrió las manos con heridas.

—¿Qué ha hecho? Esas heridas no estaban ahí ayer.

Fiona trató de ocultarlas porque se sentía cohibida.

—He lavado la ropa de cama —explicó sacando más alimentos de la cesta justo cuando tomaron asiento en un banco del parque.

—No era necesario pues viene una vez al mes una viuda que necesita la libras que le pago para mantenerse.

—Hay que lavar la ropa a menudo.

Eso no podía discutirlo, pero ni Arthur ni Hardy eran muy limpios, ni dados a la limpieza.

—Quiero que te recuperes lo antes posible —le dijo él—. Así podrás regresar del lugar donde vienes.

Un escalofrío la estremeció, y no lo había provocado el viento helado. Fiona apretó los labios, y le clavó los ojos con fuerza. Aidan contempló su enojo que le resultó inesperado.

—No tengo un lugar donde regresar —admitió con un hilo de voz.

—Te prometí que te ayudaría a buscar un buen empleo doméstico.

—¿No podría quedarme como criada en Brent Cross?

Aidan no lo creía probable.

—Mi hogar es el HMS Constant Warwick —contestó él—. Paso más tiempo en el mar que en Brent Cross.

—Trabajaría por sustento y cama —insistió ella.

—Cuando embarque de nuevo, en Brent Cross solo quedarán un viejo gruñón, y su hijo, más gruñón todavía.

Fiona Connor era decidida y constante, cualidades poco habituales en las clases más pobres, y por eso insistió firme.

—No quiero irme, capitán —así fue como Aidan vio en sus ojos la promesa de que no se iría. Fiona había llegado allí para quedarse.

—¿Por quién llorabas en el cementerio?

—No lloraba —le recordó.

Aidan se dijo que era cierto. De sus labios habían salido improperios.

—Me pareció verte afligida —insistió él.

La escuchó soltar un suspiro largo.

—Durante muchos años preparé el encuentro con mi padre, fue lo que me trajo hasta Inglaterra, y cuando por fin di con él, estaba muerto. No pudo escuchar ni una sola de las recriminaciones que había preparado para él, pero se las dije de todas formas.

—¿Cómo diste con él?

Fiona se dijo que había sido un trabajo arduo, pero gracias a unas libras que envió al orfanato, supo dónde podría encontrarlo.

—Para expiar la culpa que sentía, envió un poco de dinero al orfanato, la dirección era de aquí de Londres, y decidí venir en su busca.

—Veo que has tenido una infancia difícil —ella se dijo que el capitán no podía ni imaginárselo—. Y te agradezco el esfuerzo de que me trajeras la comida.

Le había llevado la comida por agradecimiento, también porque quería verlo.

La muchacha bajó la mirada. Se había despertado en una cama que no le pertenecía, en una casa que tampoco podría llamar suya, y no había preguntado cómo había llegado, ni por qué la recogieron. Pero en el instante en el que despertó y dirigió los pasos hacia los ruidos que escuchaba en la cocina, y lo vio. Percibió lo necesaria que era en ese lugar. Porque lo había visto de espaldas, tenso, como si soportara todo el peso del mundo sobre sus hombros, como si no recordara lo que significaba estar en casa a pesar de que Brent Cross era su hogar.

En ese preciso instante, Fiona supo que no iba a marcharse. Y Aidan se sintió asustado por lo que mostraban los ojos de ella. En esos momentos, nada de sus conocimientos en el manejo de armas le iba a servir de nada. Ninguna de las enseñanzas aprendidas sobre como defenderse del

enemigo le valdrían para algo, porque ahora su verdadero enemigo era lo que le despertaba Fiona y su mirada de ángel.

—De niña, en Kilkenny, trataba de arreglar cosas.

Aidan pudo respirar porque la mirada de ella estaba perdida en un punto lejano.

—¿Tratabas de arreglar cosas? —le preguntó guardando el resto de comida de nuevo en el cesto.

—Si uno de los bebés el orfanato lloraba por las noches, yo trataba de arreglarlos porque creía que podría. Pero no pude —se le emocionó la voz—. Dormí con niños más pequeños que tenían graves enfermedades, incluso llegue a padecer fiebres tifoideas, pero no podía soportar que esos bebés murieran sin tratar de arreglarlos.

—¡Eras una niña! —exclamó Aidan conmovido.

—Lo intenté con toda mi alma.

Él la creyó.

—A usted —dijo con fuerza—, a usted sí puedo arreglarte.

Su afirmación lo dejó perplejo.

—¿Piensas que necesito que me arreglen? —la voz masculina se tornó burlona—. No se puede arreglar al diablo —concluyó con una sonrisa cínica.

Pero ella ya no dijo nada más.

De la misma forma que Fiona asumió que tenía que quedarse en Londres, Aidan aceptó que lo haría en Brent Cross.

CAPÍTULO 3

—¿Qué puedes contarme del capitán, Arthur?

El hombre sonrió ante la pregunta y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda.

—Que es el mejor amigo que puede tener un hombre. Crecimos juntos, y me trata como a un igual. Mi padre podría contarte muchas batallitas de su niñez.

Ahí estaba la explicación del motivo por el que Arthur lo tuteaba.

—¿Y por qué no he visto todavía a tu padre?

—Porque se encuentra en la feria de ganado de Chesterfield comprando un par de sementales para el carruaje —le explicó Arthur de forma calmada—. Aunque mi padre tiene un carácter endemoniado. A veces bebe un poco de más, y no resulta buena compañía.

Fiona retiró la sopa del fuego y la sirvió en dos cuencos. Había lavado previamente toda la vajilla y la cocina. Ahora Brent Cross estaba más limpio que cuando vivía la abuela de Aidan.

—¿Tu padre siempre ha trabajado en Brent Cross?

—Sí, fue contratado por el abuelo del capitán.

—¿Cómo comenzaste a trabajar en la fábrica de carbón?

Arthur estaba dando buena cuenta de la sopa. Desde que Fiona cocinaba, había aumentado de peso.

—A través de Bastian. Trabajaba en la fábrica, y un día le habló al encargado de que necesitaba trabajo, y así fue como comencé a trabajar allí, aunque solo por las tardes.

—Y si vives aquí en Brent Cross, ¿no le importa al capitán que trabajes en otro sitio?

A Arthur se le había borrado la sonrisa del rostro.

—Mi padre necesita unas medicinas que el sueldo que me paga el capitán no alcanza para pagarlas.

—¿Está grave? —preguntó preocupada—. Y le permite continuar trabajando aquí en Brent Cross.

Otro señor lo habría despedido con cajas destempladas. ¿Quién querría mantener a un sirviente enfermo?

—El capitán nunca echaría a nadie de su casa —contestó con un resoplido—. No importa lo estúpido que sea.

Se instaló un breve y apacible silencio.

—¿Has pensado en marcharte alguna vez?

—No —respondió firme—. Este es mi lugar.

Fiona podía entender que todos quisieran quedarse. Tenía que ver con la paz que transmitía el capitán, y esa seguridad innata de que podía sostener el mundo sobre sus hombros.

—Háblame de ti —le pidió ella.

—No tengo muchos recuerdos de mi niñez. Mi madre murió dando a luz al que hacía número ocho, y el hermano más pequeño murió de tisis hace unos años.

—¡Qué terrible! —se condolió ella.

Arthur calibró la respuesta, contemplando el techo durante unos instantes.

—Aidan, y mi padre, son mi única familia —se le habían coloreado las orejas ante la admisión.

A ella en un principio le extrañó que Arthur tuteara al capitán si trabajaba para él, pero en las palabras del hombre había entendido que eran casi como hermanos.

Como habían terminado de comer, Fiona se levantó, y entonces Arthur advirtió que estaba

descalza.

—¿Por qué no llevas zapatos? El suelo está muy frío —Fiona apretó los labios mientras se concentraba en guardar los utensilios que habían utilizado.

—Siempre he soñado con tener decenas de zapatos. En el orfanato nunca teníamos zapatos suficientes para todos, así que algunos teníamos que ir descalzos.

Arthur se colocó la chaqueta y la gorra.

—¿Te marchas a la fábrica? —le preguntó.

—No —respondió rápido, ella lo miró con un interrogante—. Voy con unos amigos a... —bajó la voz hasta que fue apenas audible—, una reunión. ¿Vienes?

Fiona parpadeó sorprendida porque la voz de Arthur sonaba culpable.

—¿Qué haces allí? —indagó.

El hombre carraspeó para aclararse la voz.

—Escucho hablar de nuestros derechos y de lo que está pasando en otros lugares. Nos hacen trabajar en la miseria, nos hacen trabajar por una miseria. ¿En qué nos convierte eso? En miseria, Fiona. Para la sociedad no somos nada —Arthur tomó aire—. Aidan no quiere escucharme, pero se acercan grandes cambios —le confió—. Estamos cansados de esta situación, somos ciudadanos, no esclavos —el pecho de Arthur se hinchó notoriamente cuando pronunció aquel discurso que sonó en el silencio de la cocina de Brent Cross como una sentencia.

—Esas reuniones, ¿son peligrosas? —la voz de Fiona era un murmullo.

La chica lo miraba con tanta fijeza que el hombre volvió a carraspear.

—No hay victorias sin sacrificios.

Ella se quedó pensando en la respuesta.

—¿Al final quién ganará? —preguntó—. Porque la clase baja de la sociedad jamás ganará a la clase alta de la sociedad.

—Nosotros ganaremos —afirmó el otro.

—¿Nosotros ganaremos perdiendo? No lo entiendo.

Arthur frunció un poco más el ceño. No sabía explicárselo. Los grandes cambios no venían a costa de nada, había que pelear por ellos. Por eso se reunían de forma clandestina, porque las autoridades no quería tenerlos hablando de justicia e igualdad. El propio Aidan trabajaba para un sistema que intentaba encarcelar ideales por un mundo distinto. ¿Cómo no lo entendía Fiona? Todos sabían que en las guerras moría gente, pero tenían que morir para ganarlas. ¿No era así?

—Da igual —zanjó, calándose la boina y marchándose sin despedirse.

Observando su espalda, Fiona advirtió que solo conocía a otra persona que se marchaba sin despedirse, y comprendió de dónde procedía la ira de Arthur. Perseguía una aprobación que nunca llegaba.

Fiona acompañó el atardecer con un té de sabor terroso, y cerrando los ojos ante el suave calor que emitía, se permitió el lujo de mirar a través de la ventana entreabierta, se podía oler la humedad de la lluvia. Antes de darle el primer trabajo, un ruido llamó su atención. Escuchó unos pasos tambaleantes que ascendían la escalera, una mano torpe que no acertaba a abrir la puerta y la figura ancha de un hombre que entró precipitadamente en la estancia, casi dándose de cara en el suelo. Un profundo corte en su mano goteaba sangre.

El hombre se aferró con todas sus fuerzas a la puerta para no perder el equilibrio, y, cuando la descubrió allí, esbozó una sonrisa de lobo.

—¿Me he equivocado de casa? —preguntó con voz ebria.

Apestaba a alcohol. Cuando avanzó hacia ella, Fiona no se movió una pulgada. Mantuvo la espalda erguida y los ojos fijos en la cara del hombre. No era alto, ni corpulento, aunque sus huesos eran anchos. Tenía una pronunciada cojera que no conseguía disimular, y los ojos de un azul exactamente igual a los de Arthur.

La mirada del hombre la recorrió con lascivia.

Al hombre pareció no gustarle ese desafío que leía en el silencio de ella, porque golpeó con la mano abierta la mesa y, aunque le latía el corazón con fuerza, Fiona no bajó la mirada.

—Eres Hardy.

La afirmación logró que la mirada del hombre se volviera más analítica.

—¿Quién eres tú? —le preguntó baboso.

—Fiona.

—Bien, Fiona. ¿Qué coño haces aquí?

—Trabajo aquí. Aidan... —la cortó brusco.

—Al capitán no le gusta que toquen sus cosas, ladrona.

Fiona no anticipó la mano que le pegó un tirón a la manga de su vestido y le desgarró la parte superior, saltándole los botones. Se encogió sobre sí misma de forma automática, pero resistió. Lo miró con sus enormes ojos grises llenos de compresión, y cuanto más intentaba Hardy violentarla, más indefenso se sentía ante ella, y más lo humillaba esa sensación. Nadie se mantenía con tanta soberbia frente a él, porque nadie era mejor que él. Le pareció que era la misma actitud que tenía siempre su hijo Arthur, y eso lo encolerizó.

No era la primera vez que Fiona lidiaba con un borracho, pero este trabajaba para el capitán.

Hardy la cercó contra la mesa y la aplastó contra el borde, Fiona no encontró espacio para escapar. Las sudorosas manos del hombre estaban tirándole del vestido en todas direcciones, y ella apretaba los labios para contenerse. No apartó la vista. Quiso aferrarse a que Hardy estaba borracho y no sabía lo que hacía. El hombre la estaba aferrando con tanta fuerza que la joven creyó que le partiría algún hueso.

—¿No vas a gritar, furcia? —gritó más que preguntó cerrándole los dedos en torno a la garganta, y tumbándola de cara sobre la mesa en un golpe tan fuerte que le quitó la respiración.

Fiona, en esa postura forzada, no podía usar las manos, pero sí las piernas, y le pateó la entrepierna con la suficiente fuerza como para que Hardy tuviera que soltarla. Luego se giró y le arañó la cara al mismo tiempo que le soltaba puñetazos en el estómago.

Ninguno de los dos escuchó la maldición ahogada desde el umbral de la puerta. Aidan estaba allí, y fue muy rápido. Hardy no pudo recuperarse de la patada en sus testículos cuando el capitán le apuntó directamente a la garganta con la punta de su espada. En su rostro había una

rabia absoluta. Primitiva. Salvaje. Hardy, ni siquiera retrocedió.

—Está borracho —explicó ella.

Fiona se había recuperado y vio en los ojos del capitán que pensaba matarlo. Dio un paso hacia adelante con el vestido hecho jirones, y que no cubrían su cuerpo.

—Apártate —le ordenó él.

Fiona no quería que matara al padre de Arthur. Hardy estaba borracho, no sabía lo que hacía, ni quién era ella.

—Por favor, capitán, está borracho.

—¡Fiona, apártate! —el bramido de Aidan estremeció la casa entera.

Pero Fiona no se apartó. Estaba allí, medio desnuda, magullada, delante de él, y no tenía miedo.

—No deseo que vaya a prisión —su voz salió como un graznido.

—¡Mátame, lord Baquer! Lo merezco.

Estaba a punto de hacerlo, pero Aidan recordó lo enfermo que estaba, e igual buscaba su muerte propiciada por otra mano. Entendió que era demasiado cobarde para suicidarse él mismo.

—No lo haga, por favor... —rogó ella que sabía cuál sería el destino del capitán si mataba a un hombre indefenso.

Aidan, no pudo seguir ignorándola. La joven aferró con fuerza su brazo para que bajara la espada.

—Hardy —dijo Aidan con voz atronadora—, será mejor que te vayas.

Fiona al escucharlo se dijo que si el diablo tuviera voz, sonaría como la del capitán en ese preciso momento.

Hardy, obedeció.

Aunque el agua estaba demasiado caliente, Fiona no protestó. Aidan le había recogido el cabello en la cabeza para que no se mojara. Le estaba frotando los hombros, los brazos, el cuello, incluso la cara, como si pudiera borrar de su piel las huellas con las que la vida la había marcado.

Fiona sentía vergüenza, pero él deseaba limpiarla de toda inmundicia. Aidan se percató que algunas de las magulladuras con las que llegó a Brent Cross iban desapareciendo, pero otras comenzaban a florecer.

—Yo puedo bañarme sola —susurró aunque en su voz, Aidan no percibió vergüenza, y supo que no era la primera vez que un hombre la veía desnuda. Su rostro se contrajo con una profunda expresión de rabia.

—Puedo hacerlo sola —pero él no se lo permitió.

Aidan emitió un ronco sonido al mismo tiempo que le salpicaba agua en la cara.

—Hace tiempo que debía de haberlo despedido.

Ella pensó inmediatamente en Arthur.

—Solo me ha magullado un poco —respondió tensa.

—¡Si no hubiera llegado...! —no terminó la frase.

Le encolerizaba que ella no estuviera aterrada porque ello quería decir que se había enfrentado a más situaciones como esa, y le parecía intolerable.

—No me habría hecho daño porque siento que no es un mal hombre, salvo que está borracho.

Fiona escuchó un sonido todavía más grave que el anterior, y procedía de la garganta de Aidan.

El soldado la miró con incredulidad.

—Eres una ingenua si piensas así de los hombres.

—Deje que lo haga yo —murmuró cuando notó sus manos que le frotaba una de las piernas.

Avanzaban por todo su cuerpo, rápido y sin ceremonias. No era como había imaginado que un hombre la tocaría, pero Aidan no parecía tener ningún interés en su desnudez. Se dijo que tampoco tenía por qué tenerlo, pues al fin y al cabo era una muchacha fea, y piel sobre los huesos.

—Es mi forma de sentirme menos culpable porque soy responsable de ti —admitió él a su pesar.

Le frotó los pies, también, para limpiárselos. Ella tuvo que reprimir la necesidad de apartarse. Podía sentir todas las emociones del capitán, arrojadas contra ella, con violencia, a través del contacto con sus manos. Y Fiona paso el peor trago de su vida porque a diferencia de él, ella se sentía extrañamente viva entre los fuertes brazos que la sujetaban, y fue entonces cuando notó el sutil y apenas perceptible cambio de actitud en él. Ya no era brusco. Sentía su caliente respiración sobre la nuca, y cada aliento le penetraba en la piel de forma que la quemaba. Fiona dejó de pensar y se entregó a las nuevas sensaciones que se estaban despertando en ella con el contacto de él. Era la primera vez que alguien la bañaba, y, en ese momento, todas las barreras que había construido para protegerse, se vinieron abajo. En ese instante se dio cuenta que deseaba a ese capitán, y lo demás no importaba.

—Nadie volverá a hacerte daño —le dijo mirando sus cardenales.

Esa era una promesa que él no podría cumplir, se dijo ella.

—Son solo moratones —respondió con dificultad.

Aidan la miró profundamente. Le brillaban los ojos, y ella creyó que eran debido a los vapores del agua.

—Hay cosas peores que los moratones.

Aidan se sentía perplejo. ¿Qué mujer pasaba por un ataque así, y no se mostraba asustada? Un alma de la calle, se dijo.

—Sus fuertes restregones —respondió Fiona con humor inesperado.

Volvió a salpicarle agua, como para constatar su desacuerdo. El cuerpo de Fiona estaba pintado de estrellas doradas, y Aidan había memorizado sus lunares, podría encontrarlos en la oscuridad. Intentaba mantener la vista fija en cualquier punto que no fuera el cuerpo que frotaba, ahora con mucha más suavidad, pero era difícil porque tenía unas clavículas muy bonitas.

Con cierta brusquedad la envolvió en una toalla. Se marchó al salón donde había dejado el regalo que le traía. Aidan le había comprado un par de vestidos. Cuando le entregó el paquete, ella no supo qué hacer.

—Regresé pronto porque te traía un regalo. Ábrelo.

Ella rasgó el papel y descubrió un par de vestidos muy sencillos pero bonitos. Se le aceleró el corazón. Nunca había tenido en las manos un tejido de esa calidad.

—Gracias —los ojos femeninos, brillantes como dos estrellas de plata, se anegaron en lágrimas.

—Mañana te traeré unos zapatos de cuero, así no andarás descalza por la casa.

—Hoy ha pasado algo maravilloso —esa fue la primera vez que Fiona, por sí misma lo tocó. Aferró su mano fría y se la colocó en la mejilla. Mientras el corazón le latía con muchísima fuerza. Aidan sintió la calidez de ella—. Un hombre sigue vivo gracias a su misericordia, y yo le estaré eternamente agradecida.

Él, que creía que ya lo había visto todo, no estaba seguro de poder sobrevivir a Fiona, porque ninguno de todos sus años lo habían preparado para esa muchacha que se mantenía allí de pie, mirándolo como si solo por su propia fuerza de voluntad, pudiera salvar el mundo. Era el mayor peligro al que se había enfrentado.

E hizo algo inesperado, la besó.

Sus labios se movían sobre los de ella en una caricia tan íntima, que Fiona se entregó a las intensas emociones que se estaban despertando en su pecho. Sin saber qué debía hacer, entreabrió los labios permitiendo que la cálida lengua masculina penetrara en el interior de su boca. Cuando sintió aquel contacto se estremeció de la cabeza a los pies. Era la primera vez que alguien la besaba, y de repente, Aidan terminó el beso con un suspiro cansado.

—Es tarde —consiguió decir con voz espesa una vez se repuso. Retiró con firmeza la mano de la nuca de ella. No tenía ni idea de qué hacer a continuación porque lo asustaba—. Descansa.

Fiona no comprendía el cambio de él. El beso le había sabido maravilloso, pero ahora lo veía lejano.

—¿Va a quedarse?

Se lo demostró tomando asiento en la silla junto a la cama de ella, y se acomodó en su postura habitual. Fiona aceptó que estaba agotada, y por eso se arropó, y cerró los ojos.

—Descansa —dijo Aidan entre dientes cuando la creyó dormida.

—No se preocupes, capitán —la escuchó decir—. Son solo marcas, nada más...

El capitán se inclinó un poco hacia delante, mostrándole que estaba escuchando.

—Hay marcas que duran toda la vida —contestó muy serio.

—Las marcas son nuestras huellas, y no deberían avergonzarnos porque nos definen como personas.

—Duerme —la instó—. Y deja de tratar de salvar al mundo.

Esa frase le causó gracia, porque era precisamente él, que se consideraba un diablo, el que

quería salvarlo.

—Un diablo con alas de ángel...

CAPÍTULO 4

En comandancia había mucho movimiento incluso antes de salir el sol. Pero ese día estuvo lloviendo toda la noche, y hasta el punto de que el agua arrastró toda la nieve de las calles, y la humedad desheló el río Támesis. Aidan se paró a saludar al joven que hacía guardia bajo el cobijo del pórtico.

A las espaldas de ambos, el rumor de las conversaciones subió de volumen.

—Continúa siendo el favorito...

—Es el hijo del general...

—Si supieran lo que ha estado haciendo

Las voces se silenciaron al notar la presencia del capitán Baquer que no volvió la cabeza para saludarlos. No era la primera vez que Aidan escuchaba a los marineros hablar de eso, y sabía hacia quién iban dirigidas las acusaciones, además de hacia él mismo. La marina de Su Majestad, había sido reformada a principios de siglo con la finalidad de paliar su ineficiencia, y muchas de las opiniones de descontento proveían de oficiales y suboficiales que habían vivido el cambio. Transformación que no había sido recibida con buenos ojos.

En la distancia, amortiguada por la tromba de agua, distinguió una figura que se acercaba corriendo con la capa sobre la cabeza. Estiró la boca un poco en una sonrisa, porque O'Sullivan pasó a su lado empapado y malhumorado. Miró a Aidan con resignación.

—¡Malditas sean esas hermanas mías!

Y se alejó. El capitán todavía lo escuchaba gruñir esa letanía cuando regresó al despacho y abrió los diversos mensajes que tenía sobre la bandeja de plata.

—¿Te está resultando muy duro no embarcar en el HMS Constant Warwick? —preguntó, sin poder contenerse.

—Ophelia asegura que se ha enamorado del alférez Thomas, y pretende casarse con él.

—¿El alférez Thomas? —preguntó incrédulo.

—Se ha negado a atender a razones. Es obstinada y terca —golpeó la mesa con fuerza—. ¿Puedes creerlo?

—Pude estar realmente enamorada.

O'Sullivan lo miró estupefacto.

—¡Claro que no!

Aidan pensó qué decir, mientras se pasaba la lengua por el filo de los dientes.

—Está encaprichada, además, ¿qué hará cuando el alférez Thomas embarque de nuevo en el HMS Constant Warwick?

O'Sullivan frunció la boca y su bigote vibró unos instantes. No era una respuesta que le gustase, su mirada expresó exactamente eso. Aidan se la sostuvo, con tranquilidad, los dedos cruzados frente sí y los brazos apoyados en la mesa. Sabía que O'Sullivan era justo. No podía negarle la oportunidad al muchacho de, al menos, pelear por su hermana, si es que la quería de verdad.

—Es joven, no seas muy duro con ella.

—¡Que no sea duro! El alférez Thomas está bajo mi mando, y pienso hacerle la vida imposible si persiste en ello.

Aidan apretó los labios, quizás para ocultar una sonrisa.

Era cierto. No podía ofrecerle bienes materiales. Sí otros. Él mismo sacrificó lo que la riqueza podía ofrecer por estar con las personas que eligió.

—Todos los hombres del HMS Constant Warwick están bajo mi mando —le recordó Aidan—. No el tuyo.

O'Sullivan terminó carraspeando.

—Ya me entiendes.

Sí, lo entendía.

—Debes admitir que pueden estar enamorados de verdad.

Aidan lo escuchó bufar con cara de pocos amigos.

—También puede querer solo una cosa de ella —respondió el otro.

En ese punto, Aidan no podía decir nada. Los hombres de mar, tras semanas y meses de navegación, podrían prometerle a una mujer las estrellas, con tal de llevárselas a la cama.

—¿Ni te imaginas las ganas de tengo de partir de nuevo! —afirmó O'Sullivan—, ni te lo imaginas.

Pero no era el único que estaba deseando embarcar de nuevo, Aidan también lo deseaba, pero estaba Fiona. ¿Qué haría con ella cuando tuviera que partir? No podría quedarse en la casa con la única compañía de Arthur.

—Quiero lo mejor para ella —declaró de pronto O'Sullivan.

Aidan asintió, con gravedad.

—Estoy seguro de que tu hermana lo sabe.

O'Sullivan no añadió nada más, ni esbozó gesto alguno, aunque parecía mucho más calmado. La conversación con Aidan arrojó nueva luz sobre la figura del capitán: sabía de él lo que todos, que había sido el mejor estudiante en la academia militar, y que obtuvo el grado de capitán después de varias travesías como contraalmirante. Había llegado a comandancia de Londres con rango de oficialidad, y muy recomendado por sus superiores. Además, si todo eso no fuera suficiente, conocía al Almirante. Era precisamente eso, lo que tanto molestaba al resto de oficiales. Tener la deferencia y protección del almirante. Y muchos se acercaban para obtener favores y oportunidades de ascenso. Privilegios dentro de los deberes de la armada. A él en particular le traía sin cuidado la influencia del capitán Baquer porque Aidan le gustaba. Se esforzaba mucho en mantener su posición neutral. Tenía presente que era superior al resto de oficiales, y, aún así, O'Sullivan todavía no le había escuchado, ni le había visto actuar con soberbia. Al contrario: era el mejor capitán que podía tener un marinero.

—Capitán Baquer —saludó una voz desde el umbral, precedida de una sonrisa ancha. Era el marinero Garret—. ¿Puedo decirle una cosa?

—No —fue la seca respuesta.

O'Sullivan lo miró espantado.

—Por Dios, Aidan, eres insufrible —se quejó—. Serán solo cinco minutos.

—Tengo que decirle algo importante —insistió el marinero.

—¡Vamos! —lo animó O'Sullivan que vio cómo el capitán aceptaba y seguía a Garret.

Llegaron hasta el patio exterior. En la distancia apreciaron un rayo, seguido del bramido del cielo. Otra vez iba a llover. Aidan supuso que estaban fuera para que nadie pudiera escuchar la conversación, y, enarcó las cejas cuestionando que lo que el marinero fuera a decir tuviera la suficiente importancia como para precisar tanta discreción. Garrett, como respuesta, se encogió un poco de hombros.

—Es sobre la chica de ayer, su criada, quería invitarla a salir.

La expresión de Aidan era tan parecida a un insulto que Garrett se cuadró.

—No —fue su única respuesta.

Para Aidan supuso un maremoto descubrir que había hombres interesados en Fiona. ¿Pero si

era piel sobre huesos? Bueno, debía admitir que era bonita con todas esas pecas, y ese cabello que parecía una cortina de seda negra cuando lo llevaba suelto.

—Solo aceptaré una negativa de ella —afirmó el marinero.

—Mi respuesta sigue siendo no.

Su tono fue más firme y más amenazador.

El marinero se lo tomó muy mal, y atajó por la calle de en medio sin medir que estaba frente a un superior en rango.

—Seguro que su padre le arrancó cualquier atisbo de diversión cuando lo metió en la academia —resopló el otro al mismo tiempo que se apoyaba en la pared.

Aidan no podía enfadarse con el marinero porque estaba muy cerca de la verdad.

—En realidad fue cuando nací —corrigió Aidan para mostrarle que no estaba enfadado, pero dejándole claro que no permitiría que el marinero molestase con sus atenciones a Fiona.

—Capitán... —quiso insistir el otro, pero Aidan ya estaba cansado.

—¿Para esto me traes aquí? Porque tengo trabajo que hacer, y tú deberías dedicarte a lo tuyo.

El marinero se mostró insolente.

—Solo quería hablar con usted un momento. Sé que mi padre lo llamó a su despacho el otro día.

El capitán se tensó porque percibió el interés.

—El almirante, ¿te ha comentado algo?

El marinero hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, pero me gustaría conocer que hablaron allí.

Aidan entrecerró los ojos cauto.

—Es confidencial.

Garrett lo analizó. Aidan advirtió el mismo rasgo entre padre e hijo. Cambió el peso de una pierna a la otra para poner cierta distancia entre ambos.

—¿Dice que es confidencial porque tiene que ver conmigo? —preguntó el marinero con agudeza.

El capitán lo miró fugazmente. ¿A qué venía su preocupación?

—Si tienes alguna pregunta, deberías hablar con tu padre de inmediato —respondió finalmente.

—Está bien —Garrett volvió a levantar las manos y a sonreír, aligerando la pesada carga del ambiente.

El resto del día transcurrió sin mucho incidente. Aidan observó con intensidad a dos reclutas que estaban carcajeándose en uno de los pasillos hasta que éstos advirtieron su presencia, se callaron y decidieron escabullirse a cumplir con sus quehaceres. El mal humor de O'Sullivan se había disipado considerablemente, incluso le ofreció a Aidan parte de su almuerzo. Éste lo rechazó con educación, comentaron sin profundizar la situación política de Londres. El capitán opinaba que era inestable, porque el gobierno tenía que hacer frente a muchas demandas cuyo volumen y exigencia crecían por días. O'Sullivan opinaba que eran movimientos influidos por otros países europeos y que terminarían por ahogarse si no les prestaban atención, como era el caso de las mujeres que pedían el sufragio femenino.

—Es una idea de raíces socialistas —gruñó O'Sullivan limpiándose las migas del bigote—. El socialismo es el sinsentido que algunos anarquistas están metiendo en la cabeza de nuestros jóvenes.

Aidan quiso contradecirle porque él consideraba que el sufragio universal femenino tenía

otras raíces, pero prefirió no discutir y tomarse con calma lo que quedaba del día.

El aliento frío de Londres lo recibió al salir fuera de comandancia. Llevaba el Times doblado bajo el brazo. El periódico hablaba de la subida de los precios de algunos bienes de consumo: Inglaterra no tenía suficientes campos de cultivo para alimentar a su propio reino. Iba pensando en eso cuando puso los pies fuera del edificio de ladrillo rojo, y, en ese mismo instante, la presintió. Aidan se tomó unos instantes para detenerse antes de levantar la mirada hacia el otro lado de la calle.

Fiona estaba arropada por una capa varias tallas más grande, y tenía el cabello medio suelto a pesar de su intento de recogerlo en la cabeza. Si lo llevara más corto, le resultaría más fácil.

Ella le devolvió la mirada y además le regaló una bonita sonrisa.

El marinero Garrett estaba comentando algo con O'Sullivan que le decía algo a Aidan, solo que éste no lo escuchó, y por ello siguió la dirección de su mirada. Se sorprendió al descubrir que la muchacha de ojos plateados estaba allí, y que no llevaba ninguna clase de pañuelo o sombrero para cubrirse el cabello. Garret creyó que había llegado su oportunidad. Cruzó la calle para reunirse con Fiona.

La mirada del capitán lo siguió en la distancia.

—¿Me recuerda?

Fiona sabía que era el marinero que no había atendido su petición de ir en busca del capitán a petición de ella.

—El marinero que desatendió mi ruego.

—Mi nombre es Garrett Smith —le tendió una mano con confianza, y, cuando Fiona tendió la suya, sobresaltada y recelosa en el mismo porcentaje, no se esperó que le se la besara, como si fuera una dama de alta alcurnia—. Lamento mucho mi comportamiento del otro día. Permítame invitarla a cenar para compensarlo.

Aunque Fiona mantenía la mirada en el soldado, no podía evitar que su atención se desviara al otro lado de la calle, ahí donde Aidan todavía estaba de pie.

Podía percibir el frío en el verde de sus ojos.

—La llevaré a un restaurante bonito en el centro de la ciudad y donde la tratarán con galantería —Fiona pestañeó, y ese fue su único gesto de sorpresa.

El marinero pareció encontrar gracioso y adorable que estuviera tan sobresaltada para que no acertaba a contestarle.

—Insisto. Puede elegir usted el restaurante.

Fiona enfocó la mirada al otro lado de la calzada. Aidan ya no estaba allí.

—No conozco mucho de Londres —contestó al final.

—Hay un pequeño café irlandés no muy lejos de aquí. Puede que ese sea un buen sitio —le ofreció el brazo, y ella terminó por aceptarlo sobresaltada ante su asociación—. Su acento —explicó Garrett, de buena gana y con una sonrisa amplia—. Es irlandés. ¿De dónde eres exactamente?

La tuteó sin dejar de sonreírle.

—Nací en Kilkenny.

Fiona asintió, y dirigió una última mirada tras su espalda para cerciorarse de que Aidan no estaba.

—Todavía no sé cómo te llamas.

—Me llamo Fiona —respondió.

—Un nombre muy interesante.

Garrett rompió a reír. Era la primera vez que Fiona conocía a alguien con tanta facilidad para la risa. Era la primera vez, en general, que Fiona conocía a alguien que sonreía de buena gana.

El café era un sitio muy pequeño que tenía el suelo muy sucio y un hombre muy huraño atendiendo a la gente que había allí. La chica no se sorprendió, pues era un lugar en la periferia. Reconocer la comida que le sirvieron le llenó el pecho de tal forma que no pudo comer al principio. Ni ella misma sabía lo mucho que añoraba Irlanda a pesar de las marcas que le había dejado en el alma.

—No deseo regresar tarde —le dijo tras unos momentos.

—Luego te acompaño a casa —le dijo Garrett con ánimo, mientras daba un gran bocado a una de las salchichas.

A Fiona le gustó aquello, a pesar del mal pie con el que habían comenzado la primera vez, en la segunda la trataba con naturalidad y cercanía, de forma muy parecida a como lo hacía Arthur.

—¿Sabes dónde vivo?

—En Brent Cross —respondió el marinero—. Es la casa de los abuelos maternos de Baquer. Siempre que el capitán está en tierra, reposa sus huesos allí.

El marinero estuvo a punto de decir algo, pero se contuvo. Fiona pensó que tenía una sonrisa atractiva, y se relajó a su lado, su estómago se destensó ligeramente, y pudo llevarse a la boca una cucharada de puré de patatas con la misma avidez con la que Garrett degustaba las salchichas.

—Conozco al capitán desde nuestra adolescencia, más años de los que puedas imaginarse.

—¿De la adolescencia?

—Estudiamos en la misma escuela para cadetes. El capitán Baquer me adelantaba cuatro años, pero eso no fue ningún impedimento para que todos lo admiráramos.

—¿Todos lo admirabais? —repitió sorprendida.

El marinero volvió a echarse a reír.

—Entiendo que parezca imposible porque tenía un carácter...

—Imagino que tuvo una niñez difícil —aventuró ella, porque algo le decía que Aidan había sido un niño muy infeliz.

—El resto de cadetes lo seguíamos donde quiera que fuera. Nos impresionaba su destreza y habilidad con todo. Es un hombre muy inteligente.

—Lo es —aseveró ella.

—Me hubiese gustado ser su amigo —ella lo observó con un interrogante en sus ojos de plata—. Perdona —añadió apresuradamente, cuando cayó en la cuenta de su propio lenguaje—. Es difícil no ser natural contigo.

—¿No eres su amigo? —Fiona mostró cautela, intentando cubrir el interés que sentía.

Quería beberse todo aquello que Garrett pudiera contarle sobre Aidan y su pasado.

—El capitán Baquer no tiene amigos. Seguro que ya te has dado cuenta de que no es muy sociable.

Sí, Fiona ya se había dado cuenta.

—Pero... ¿A qué edad entró el señor Baquer en la escuela?

—¿Dieciséis? No estoy muy seguro— se rascó detrás de una oreja distraídamente, y le gesticuló al hombre de la barra para que le trajera otra pinta.

—¿Cómo estáis los dos en el mismo cuartel? —quiso saber Fiona.

—Mi padre es el almirante Robert Smith —confesó algo turbado y con la mirada baja—. Puedes suponer que movió algunos hilos para tenerme aquí —no dio más explicaciones. Fiona observó con atención su atuendo militar, intentando descubrir si tenía distinciones. El hombre supo

descifrar la mirada de ella—. No salí graduado como oficial porque estudiar no es lo mío. De hecho, ahora que lo pienso, tu señor bien podría haberme echado una mano.

—No es mi señor, es el capitán Baquer —le recordó ella.

—Por supuesto, por supuesto —concedió Garrett con una sonrisa perezosa.

Entonces Fiona tuvo la terrible sensación de que ella no era la única que intentaba descubrir secretos. El soldado estaba inspeccionando el terreno de la misma forma.

—¿Te han dicho alguna vez que eres muy bonita?

El rostro de Fiona se incendió de repente, y se sofocó.

—Disculpa, no pretendía molestarte...

Tenía el estómago deliciosamente pesado cuando volvieron a salir al exterior. Era de noche y soplaba el viento frío. Fiona se arrebujo un poco más en la pesada capa agradeciendo que hubiera dejado de llover, aunque se le embarró el calzado, y estuvo a punto de caer al suelo varias veces, pero Garret se mostró como todo un caballero, le ofreció su brazo y le dijo que no permitiría que cayera. Aquello le gustó y, con las farolas detrás justo de su cabeza a orillas del río Támesis le sonrió. El marinero sonrió también: era imposible no hacerlo.

—Londres tiene lugares bonitos —terminó por aceptar ella.

El viento aullaba con fuerza a lo largo del río, Fiona intentaba sujetarse los mechones en torno a las orejas porque le golpeaban el rostro como finos latigazos, aunque sin ningún resultado. Garrett se quitó la gorra y se la tendió. La miró largos segundos sin cogerla, y luego otros largos segundos a él sin hablar. Le ofrecía su gorra sin reparos igual que le ofrecía su sonrisa, y Fiona no podía rechazar ni lo uno ni lo otro. La aceptó y peleó durante dos minutos con su largo cabello hasta que consiguió recoger la mayor parte en el interior, y sin ser consciente que esa escena se había repetido semanas atrás, cuando un hombre la recogió del suelo, y caminó con ella millas enteras hasta el hospital.

Continuaron caminando mientras Garrett le comentaba, divertido, las hazañas que él y sus amigos, en la infancia, habían emprendido en las calles londinenses. Fiona parecía sinceramente interesada en cada trozo que el soldado quería mostrar de sí mismo: se reía cuando tenía que reírse, y preguntaba cuando tenía que preguntar. Se despidió riéndose, y entró a la casa. El interior olía a Aidan, pero no había nadie.

Horas más tarde, la puerta de entrada volvió a abrirse. Arthur estaba allí, en su habitación, cuando salió arrastrando los pies para ver quién era, aunque sólo podía ser una persona.

Arthur se encontró frente a frente con su padre. Y lo miró con desprecio. Un silencio incómodo se instaló entre los dos.

—He venido a traer esto —Hardy depositó un paquete envuelto sobre la mesa. Estaba torpemente atado con cuerda.

Arthur continuó sin contestar y sin moverse. Sabía lo que su padre había hecho y el motivo de su despido.

—Me estoy muriendo —dijo sin que le hubiera preguntado—, y quise poner remedio.

—¿Buscabas que el capitán te matara? Entonces eres un cobarde.

Ahora ya no estaba tan seguro. Él no sabía quién era la chica, e imaginó que una furcia ofreciendo sus favores al capitán o a su propio hijo, tampoco le importó conocer la verdad. Estaba borracho, y actuó como tal.

—La vida no es un puto campo de flores —el hombre caminó con pesadez y renqueando de vuelta por donde había venido, aunque se detuvo antes de marcharse—. Ya lo descubrirás por ti mismo.

Arthur apretó los labios sin contestar, no hizo falta.

—El paquete tiene una nota, ¿podrás leerla?

Arthur sacudió con la cabeza. Nunca había aprendido a leer del todo. Le dolía la cabeza cuando intentaba entender las letras juntas.

—Léela tú mismo —le increpó.

Hardy no replicó. No merecía la pena. Ya estaba abriendo la puerta otra vez cuando Arthur avanzó un paso en la estancia.

Era su padre, se estaba muriendo, pero había hecho algo deleznable. Era impensable que se

quedara porque Bequer nunca lo permitiría. Era fácil encontrar otro cochero mucho más trabajador y menos problemático.

—El paquete es para la muchacha. Dáselo y dile lo que se te ocurra.

—¿Es tu disculpa? —le preguntó al hijo.

—No —dijo el padre, y se marchó.

Allí se quedó el paquete, hasta que Fiona se levantó demasiado temprano a la mañana siguiente, y, en busca de un vaso de agua, tropezó con un malhumorado Arthur que se estaba poniendo las botas.

—Mi padre ha dejado eso para ti —le informó, señalándoselo. La sorpresa en ella fue perceptible—. Lleva algo escrito.

—No sé leer —admitió Fiona—, ¿me lo lees tú?

Le ofreció una sonrisa bonita. Una sonrisa sin miedo. Arthur negó con la cabeza, y se incorporó, picando con la punta de las botas en el suelo de madera, había algo en su zapato izquierdo que le molestaba.

—¿Quieres abrirlo? ¿Deseas saber qué es?

Fiona se hacía muchas preguntas. ¿Por qué el padre de Arthur le hacía un regalo? ¿Qué pretendía con ello?

Fiona le dejó espacio junto a ella para que entre los dos pudieran abrir el paquete y revelar un bonito vestido rojo oscuro. Lo sostuvo entre los dedos sin creer que pudiera existir una tela tan suave como aquella

Si perpleja estaba ella, Arthur lo estaba mucho más. Su padre debió de haberse gastado un buen dinero en su compra, si necesitaba medicinas, ¿por qué se gastaba las libras en un vestido? Creyó que ella lo rechazaría.

—Si ves a tu padre, dile que acepto el regalo, y dale las gracias, ¿lo harás? —Arthur asintió.

Fiona se marchó con el vestido y regresó un minuto después vestida con él. Le pidió ayuda a Arthur para que le abotonara los últimos tres botones a los que no llegaba. El cochero tuvo buen ojo para las medidas, porque se correspondía con el volumen de su cuerpo. Fiona hizo una pirueta sobres sí misma, y el vestido levitó junto a ella. Después se cepilló el pelo con los dedos, dejándolo suelto. El color rojo le hacía un buen color de cara, y resaltaba la tonalidad cremosa de su piel.

Los dos vestidos que le había obsequiado Aidan eran de basto algodón, aunque estaban bien cortados, pero Fiona nunca había tenido un tejido tan suave puesto. Arthur estaba absorto contemplándola, y no vio a la Fiona sucia, consumida y hambrienta.

—Es como si fueras una preciosa puesta de sol —ella le ofreció una sonrisa deslumbrante a cambio—. ¿Lo quieres de verdad?

Fiona se quedó pensativa. Había crecido en la más absoluta miseria, con ausencia de todo, ¿cómo podía despreciar un regalo tan bonito? Venía de un hombre que le había hecho daño, pero ella mejor que nadie sabía lo que el alcohol era capaz de hacer a un hombre, además, era el padre de Arthur, y ella sentía mucho cariño por él. Entendía lo que el vestido significaba: un arrepentimiento.

La vio colocarse la pesada capa sobre el bonito vestido.

—¿Dónde vas? —le preguntó serio.

—Ayer no pude hablar con Aidan.

Envolvió unas tostadas y varios trozos de jamón ahumado en un paño y salió a toda prisa a la calle dispuesta a correr las millas que la separaban de comandancia. Allí un marinero le

informó que el capitán Baquer había salido a caminar, ella le preguntó hacia dónde, y el marinero le contestó que cerca de la colina Primrose.

Ella conocía ese lugar porque lo habían visitado juntos.

La joven continuó sin resuello hasta que llegó a *Prince Albert Road* y ante sus ojos se abrió una vasta extensión de naturaleza. Por un momento, le recordó a Irlanda. Había gente paseando, los miró con ansiedad, pensando que nunca lograría encontrarlo...

Aidan ya la había visto. Había hecho un alto al cobijo de un altísimo abeto, cerca del corazón de la colina, por donde ella había pasado, toda mejillas rojas y toda piernas rápidas.

Y ella lo presintió, por eso se giró se giró despacio sobre los talones. Quedó frente a él, y la mirada de ambos se encontró.

—¿Qué haces aquí?

—Buscarlo —respondió con mirada brillante, y el pulso acelerado.

El capitán esperó a que la gravedad entre ambos actuase y Fiona se acercara a él, con pasos cortos y lentos.

—Le he traído un poco de comida —se excusó ofreciéndole el paño—. Pensé que no almorzaría.

—No es necesario que me traigas comida —al mismo tiempo, ambos se pusieron de acuerdo para reanudar la marcha. Se dirigieron hacia lo más alto de Primrose Hill.

Al llegar allí, lo único en lo que Aidan pudo concentrarse fue en que Fiona estaba pegada a él. La tenía tan cerca que podía respirar su aliento.

—Fiona... —no pudo continuar.

—Ayer quise hablar con usted...

Contempló todo el abanico de emociones que cruzó su rostro: una absoluta admiración y una inquietud profunda. Y Aidan se preocupó, por eso desvió la mirada hacia el frente. Londres se erguía en la distancia de forma tenue, apenas podían vislumbrarse los edificios más altos sobre la copa de los árboles. Estar allí era como estar en medio de ningún sitio.

El viento era cruel en la grandísima explanada, Fiona levantó un poco el semblante, formó un gesto decidido y salvó el paso que los separaba, hasta que pudo cobijarse en el costado de Aidan. Él, se quedó inmóvil tanto tiempo que no supo qué hacer. La muchacha respiró hondo, y se movió otro poco más, hasta que pudo sentir el cuerpo tenso del capitán junto al de ella. Lo sintió a través de la ropa: cada músculo y cada surco. Quizás fue su imaginación, quizás que el aliento del soldado le caía sobre la cabeza y que su barbilla se podía apoyar en su cabello.

Un lento estremecimiento le recorrió la columna. Aidan bajó los ojos para mirarla a la cara. El capitán carraspeó, ella no se daba cuenta de que no era de piedra sino un hombre, y la voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre la fría hierba era demasiado intensa. Aidan sentía la urgente necesidad de alimentarse de la sutil fragancia de su juvenil cuerpo, y tomar su voluntad. Pero dejó que fuera ella quien decidiera que quería hacer, qué le apetecía hacer.

Aidan jamás se había sentido así, y entonces vio el vestido rojo debajo de la capa oscura.

—¿De dónde lo has sacado?

—Ha sido un regalo. ¿Puede leerme esto? —contestó incapaz de mentir, y tendiéndole la nota.

En el rostro del capitán se concentró una cólera abismal al reconocer la letra. Avanzó hacia ella a la par que ella retrocedía. La distancia metafórica entre ambos desapareció con violencia: la estaba cercando. Como si no estuviera allí, en la colina con ella, si no librando una guerra, y Fiona tuviera que ser sitiada hasta su rendición.

—Quítatelo —ordenó ciego de ira.

Fiona se encogió sobre sí misma un segundo, otro después le plantó cara.

—Es un regalo.

—Del hombre del que viene no hay nada con buena intención. ¿Crees que un puto vestido —aferró el vuelo conforme lo decía, y tiró de él bruscamente provocando un desgarrón en la costura donde se unía con la parte superior—, compensa lo que te hizo? ¿Crees que esta mierda arregla algo? ¿De verdad lo piensas, Fiona Connor, o solo eres imbécil?

El labio de Fiona tembló. Aguantó que se rompiera el vestido.

—Pienso —dijo con lentitud, marcando las sílabas—, que arrepentirse de un acto conlleva valor venga de quien venga.

La mirada de Aidan quemaba.

—Casi lo mato...

—Todos tenemos derecho a arrepentirnos, y yo acepto su arrepentimiento.

El arrebató de ira creció con esa admisión. Aidan tiró con más fuerza del vestido, ciego en querer quitárselo de encima porque ella lo había aceptado como si fuera compensación suficiente, y las puntadas de la espalda comenzaron a deshilacharse. Fiona levantó por primera vez la voz desde que estaba en Londres. Gritó ¡no!, pero su lamento quedó ahogado en el silencio. Trató de zafarse de la férrea garra del capitán.

—¿Crees que un puto vestido es suficiente? ¿Qué es lo que no entiendes de todo esto?

—¡Es solo un vestido! —Fiona le colocó las manos en el pecho y trató de empujarlo lejos de sí, pero Aidan no se movió un milímetro de donde estaba—. ¡Suélteme, no lo rompa!

No la escuchaba. Ni siquiera la estaba mirando en realidad.

—Te recuerdo que estaba encima de ti, que te había roto la ropa, y te estaba asfixiando. ¿Y tú lo aceptas? ¿Y si fuera yo quién te desgarrase la ropa, te estrellara contra el suelo me bajara los pantalones y me metiera con tanta fuerza en ti que no pudieras soportarlo? —la estaba aferrando con tanta fuerza que le hacía daño—. ¿Me lo perdonarías si después te regalase un vestido?

Aidan había perdido el control.

Y la besó profundamente inmerso en ira y rabia. Le abrió los labios con su avasalladora lengua y reclamando una respuesta que ella no pudo negarle. Las manos masculinas ascendieron por el torso femenino y acarició los pechos de ella sobre la línea de su escote hasta llegar al cuello para luego recorrer el camino en el sentido contrario. Aidan no le permitió que se alejara de él. Seguía besándola para castigarla, y de repente, cambio de actitud. Ya no la obligaba pues había liberado su brazo y ahora el suyo era como una pesada cadena alrededor de su frágil cintura que la atrapaba en un torbellino. Sus labios se movían sobre los suyos en una caricia tan tierna que ella dejó de pensar y se entregó a las sensaciones que se estaban despertando en ella. Pero Aidan cortó el beso demasiado brusco.

Fiona apretó la boca. Bajó la cara. Y lloró.

No lloró por sí misma, ni porque se hubiera metido en fuego cruzado y todas las balas la encontrasen, lloró por Aidan, y porque no sabía cómo enmendar ese malentendido entre ambos. Aidan la tocaba solo cuando se sentía superado por la ira, y ella anhelaba que lo hiciera porque lo deseaba. También lloró por el vestido roto.

—Deja de llorar —su voz sonó vacilante, y también culpable.

Fiona obedeció. Se restregó los ojos y apreció que Aidan había retrocedido varios pasos y tenía los hombros hundidos.

—Te acompañaré a casa.

Ella no se movió. Brent Cross no era su casa, pero tampoco la de él. Aidan pasaba tan poco tiempo en ella, que le extrañaba que pudiera encontrar el camino de regreso.

—Puedo ir sola, gracias —su voz no sonaba entrecortada por el llanto, y se preguntó el motivo—. Además, ahora no deseo su compañía, no, después de su comportamiento —Aidan levantó un brazo para hacerla callar, que ella ignoró—. No vuelva a besarme para castigarme nunca más.

Hubo un silencio espeso entre los dos.

—¿Por qué estás aquí, Fiona Connor?

Ella lo miró desafiante.

—Eso tendrá que descubrirlo usted solo, capitán Baquer...

CAPÍTULO 5

El HMS Constant Warwick ya había sido reparado, y Aidan concluyó que partiría en breve. Fiona seguía trabajando en Brent Cross que resplandecía bajo su cuidado, y el nombre de Hardy no se volvió a mencionar en la casa. Arthur había dejado de trabajar en la fábrica de carbón porque ahora era el nuevo cochero, además de ocuparse de la cuadra y los caballos, pero una mañana, y de forma inesperada, una parte del techo se derrumbó sobre sus cabezas. Se había acumulado que se desplomó una parte. Arthur no reaccionó a tiempo, algunos de los escombros cayeron directamente sobre su pierna, arrancándole un grito. Aidan estaba en su habitación, y salió ante el estruendo al mismo tiempo que Fiona se arrodillaba junto a un Arthur que lanzaba maldiciones.

—¡Está rota! —exclamó muy dolorido.

—No —lo contradijo ella con voz serena, mientras la tocaba. No fue hasta que llegó al pie que el hombre se encogió de dolor—. Creo que son los dedos. Si te entablillamos la pierna para que no la muevas, puede que los huesos curen bien en su sitio.

Aidan contempló la escena con fijeza. ¿Cómo sabía tanto? Mientras Fiona lo tranquilizaba, él fue directamente al botiquín, y regresó con el contenido para tendérselo. Fiona no había advertido que el capitán estaba allí cuando regresó del mercado de hacer la compra. Aceptó lo que le ofrecía, dejándole libre para poder acuclillarse junto a ella e inspeccionar su trabajo.

—¿Cómo sabes qué hacer? —consiguió decir Arthur con un hilo de voz. Fiona, con una mirada y un apretón en el hombro, le dio toda su fuerza y ánimo.

Aidan estaba inspeccionando el enorme agujero del techo, y ya apartaba algunos escombros. En la sala estancia hacía un frío de mil demonios, pero ninguno de los dos dijo nada, aunque Fiona lo miraba de reojo, y preguntándose si diría algo. Desde la discusión y el beso como castigo en la colina Primrose, el capitán había evitado estar en la casa, y Fiona no había vuelto a ir comandancia.

—Te recuerdo que me he criado en un orfanato donde se rompían demasiados pies y manos —se encogió de hombros, sin que tuviera importancia admitirlo—. Es fácil caerte por las escaleras y romperte algún dedo. Lo más pequeños eran los que más sufrían esos accidentes.

—¿Tú los cuidabas? —Arthur se incorporó un poco más, apoyándose contra la pared.

—Yo era lo más cercano a una madre que tenían.

Fiona no quiso continuar con la conversación. Se incorporó y, preocupándose en mantener una cierta distancia con Aidan, comenzó a recoger los trozos desperdigados por el suelo. El capitán no tardó en unirse a ella. La muchacha llevaba el vestido de algodón basto que él le había regalado. La miraba subrepticamente. No podía dejar de hacerlo.

—¡Maldita sea! No podré ocuparme de los caballos ni conducir el carruaje —se quejó Arthur.

Los dos lo miraron.

—Yo lo haré por ti —contestó Fiona rápida, Aidan no pudo prohibírselo, porque no quería hacerlo delante de Arthur—. Al principio se te hinchará el pie y luego comenzará a curarse. En dos meses podrías estar bien.

El capitán crispó las manos. Ahí estaba Fiona otra vez: sacrificándose por otro.

—Yo tengo que decir algo al respecto, ¿verdad? —la voz de Aidan sonó demasiado seca.

La gravedad de su mirada, logró que Arthur se encogiera.

—Fiona. Ven un momento.

El camino de vuelta a su estancia privada le pareció interminable. Cuando Fiona quedó plantada frente a él, no pudo dejar de admirar su rostro. Deseó que ella volviera a estar cerca, tan cerca de él como lo estuvo en Primrose.

—No me reñirá —la advertencia lo sorprendió antes incluso de que pudiera decirle por qué estaban allí—. Yo hago mis elecciones, y he decidido ayudar a Arthur en sus tareas.

—¿Piensas ocuparte del establo, los caballos, y Brent Cross?

—¿Piensa que no puedo hacerlo? —sí la creía capaz.

—Contrataré a un mozo de cuadra para que haga el trabajo de Arthur.

Ella apretó los labios, aunque no lo contradijo.

Aidan se concedió la victoria, le dio la espalda para tomar un paquete envuelto. Ella parpadeó confusa, pero lo aceptó y rasgó el papel para descubrir lo que había en el interior: el precioso vestido rojo que él le había roto durante la discusión.

—Lo llevé a una modista para que lo arreglara porque me mostraste que era importante para ti.

La chica sostuvo el vestido casi con reverencia, apretándoselo contra el pecho y mirándole en un mudo agradecimiento.

—Cuando se carece de lo más básico, un regalo tan bonito no puede despreciarse —le explicó—. Jamás volveré a tener un vestido tan bonito como este, y por eso se lo agradezco sinceramente.

Y entonces, aceptando la disculpa, le ofreció una reconciliación:

—¿Le apetece pastel de pastor para cenar?

Aidan se preguntó por qué motivo estaba tan pegada a él al hablarle.

Se inclinó hacia ella, consciente de cada pulgada que los separaba, y entreabrió los labios. Fiona se colocó ligeramente de puntillas, para estar más cerca, para olerle. Y entonces, lo abrazó en agradecimiento. Aidan sentía su aliento en el rostro, y la deseó con todas sus fuerzas. La revelación lo dejó mareado.

«Dios, Dios, Dios. ¿En qué clase de hombre se estaba convirtiendo por culpa de su ingenua naturalidad, y a la vez encantadora, pasional..? Se iba a volver loco».

Fiona no era consciente, pero el cuerpo del capitán se tensó con su abrazo, y se le oscurecieron los ojos.

—De nuevo, gracias.

Cuando Fiona se alejó, él seguía inclinado, oliendo todavía el olor limpio que había dejado en su alcoba.

Comenzaba a sentir algo muy profundo por ella, y que no quería ponerle nombre. Esa certeza le asestó un puñetazo al estómago: ya no imaginaba volver a casa sin que ella estuviera allí.

—¿Cómo puede sobrevivir el diablo a un ángel? Se preguntó en voz baja, antes de salir de la casa para buscar a unos obreros que pudieran arreglar el techo de la vivienda.

Aidan tenía que mantenerse alejado de ella.

Después de esa última conversación, no volvieron a encontrarse porque Aidan estuvo muy atareado en comandancia. Fiona se levantaba antes de que saliera el sol y realizaba ingentes tareas que correspondía a Arthur, caía de nuevo en el lecho de madrugada. Y eso después de limpiar Brent Cross hasta que relucía, atendía las quejas y protestas de un Arthur al que se le había agriado el carácter al no poder moverse con libertad. Como la reparación del techo no iba muy rápida, la casa se enfrió por completo, costaba mucho calentarla. Cuando se metía en el lecho, lo hacía temblorosa, y Fiona comenzó a consumirse. Al terminar la tercera semana se encontró en un estado similar a cuando Aidan la había encontrado. Caminar hasta el mercado para comprar viandas, le suponía un verdadero esfuerzo. El capitán había contratado a joven para que realizara las tareas de Arthur, pero como ni Aidan, ni Arthur salían fuera, el trabajo que realizaba era muy poco, Fiona se enfrentó a él y amenazó con despedirle, pero ella no era la dueña de la casa ni tenía ese poder.

Estaba tan concentrada pensando en cómo abordar al capitán para mostrarle lo inútil que resultaba el mozo de cuadra, que no se percató de las ladronas que la cercaron en un callejón oscuro para robarle el dinero de la compra. La golpearon, la derribaron, y le quitaron las libras. Le costó ponerse en pie una vez se quedó sola. Nadie se detuvo, nadie la ayudó.

Fiona se sacudió la nieve del abrigo, se abrazó el cuerpo, y caminó con dificultad de regreso a Brent Cross. Antes de entrar en la casa, se colocó estratégicamente los rizos, el pañuelo y aprovechó el silencio para tratar de llegar a su alcoba sin que la escuchara Arthur. Su plan salió bien hasta que escuchó unas voces, la de Arthur, y la de otro hombre, se dirigió con paso firme hacia el salón, y entonces, tres pares de ojos se clavaron en ella. La chica pestañeó con el único párpado que podía y miró con curiosidad al que estaba más cerca de ella: un hombre alto y delgado como un palo, de ojos pequeños y azules. Justo detrás de ese desconocido estaba el padre de Arthur que se veía muy incómodo. Si no la hubieran robado, ahora estaría comprando en el mercado y no en la casa.

—¿Qué demonios te ha ocurrido? —gritó Arthur al verla en tan mal estado.

Ella no podía apartar los ojos de su padre.

—Me han robado antes de llegar al mercado —consiguió decir ella después de la sorpresa inicial. Tenía el cuerpo entumecido y congelado, pequeñas gotas brillantes se le habían adherido al cabello, también tenía el abrigo empapado.

—¿Ese estúpido de Peter no te ha acompañado?

El mozo de cuadra hacía lo mínimo imprescindible, y ella se había cansado de hostigarlo, pero ella no quería hablar del mozo, sino de la visita de Hardy y del desconocido a la casa en ausencia del capitán.

—Mi padre se marcha a Cornualles, y ha venido a informarme.

Algo así había imaginado ella. Entonces su mirada se clavó en el desconocido que se mantenía callado.

—Es mi segundo hijo, Bastian, medio hermano de Arthur —le informó Hardy, aunque ella no le había preguntado—. Trabajaba en la fábrica de carbón.

Fiona asintió. Bastian le había conseguido el puesto de trabajo a Arthur en la fábrica.

—Mi padre ha encontrado trabajo en Falmouth, en unas cuadras increíbles.

Fiona apenas se sostenía en pie. Le dolía todo debido a los golpes, y estaba entumecida por el frío.

—Pareces agotada, y necesitas un baño caliente —le dijo Arthur que la observaba

atentamente—. Recuéstate un rato mientras pongo a hervir agua, y te caliento el caldo que quedó de ayer.

Arthur no podía mover del todo el tobillo, pero caminaba apoyándose en un bastón. Sin decir palabra, Fiona aceptó la sugerencia. Se dirigió a su habitación, se recostó en el lecho, y se envolvió en la manta. Se permitió cerrar los ojos un instante, pero le dolía todo. Y sin pretenderlo se entregó a un sueño lleno de pesadillas. Fiona se reincorporó de la cama con un sobresalto. La estancia debía rondar los cero grados porque no podía parar de tiritar. Creyó que la habitación estaba vacía, pero había una figura sentada en la silla junto a su lecho. Supo inmediatamente quién era mientras un sudor frío le recorría la espalda. Hizo un movimiento y torció la boca porque le dolía todo el cuerpo.

—Arthur me envió un mensaje a comandancia. ¿Por qué no me avisaste tú? —ella no reaccionó, no se movió. Estaba segura de que él podía escuchar sus latidos frenéticos en la distancia—. Ya me ha informado del inútil al que he contratado para que os ayude, ya está despedido —en su voz había pesar.

—No pude evitar que me robaran...

—Podrían haberte matado.

Ella creyó percibir en la voz del capitán verdadero alivio.

—Eran más altos que yo —consiguió decir al final, con voz muy pequeña.

—Estás helada y tienes fiebre. El doctor te ha dejado un tónico para el dolor.

La fiebre debía de ser muy alta porque no se había enterado de la llegada del doctor ni de que la examinaba. No quiso preguntarle por qué estaba allí. Cuánto tiempo la había estado mirando. No quiso ni pensar en que lo único que la separaba de él era la manta que apretaba entre sus manos.

—Daría un mundo por entender la razón por la que miras a las personas como si fueran especiales, ya sabes, como si merecieran la pena. Nadie lo hace en esta vida —ella no podía comprender por qué motivo le decía eso—. Vamos, tómate el tónico, y descansa.

Fiona obedeció sumisa.

La segunda vez en la noche que despertó fue porque sintió unos dedos en su mejilla apartándole un mechón de cabello. Abrió los ojos de repente, otra vez sobresaltada, aunque no se hubiera movido. Le latía el corazón con mucha fuerza. La claridad del día que comenzaba a filtrarse en la habitación, y fue suficiente para que el rostro del hombre inclinado sobre ella fuera visible, aunque jamás le hubiera hecho falta. Sabía que era Aidan, reconocería esa forma de erguir los hombros en cualquier parte, le había quitado rizos de la cara para poder mirar el cardenal.

No supo descifrar su expresión.

—Ya no tienes fiebre...

No, ya no tenía calentura, pero su cuerpo se puso en tensión ante la cercanía de él.

—Muchacha valiente...

—Abrázame, por favor —le pidió en un susurro y tuteándolo por primera vez.

Aidan se había asustado de verdad cuando Arthur le informó del ataque que había sufrido ella cerca del mercado. Lo había dejado todo, incluso el encargo del almirante, y regresó rápido a Brent Cross. Cuando el doctor llegó, él ya la había bañado para bajarle la fiebre y limpiarle los golpes. Y se quedó velándola porque se sentía responsable de ella.

Fiona Connor era una muchacha que lograba cambiarlo todo.

Cuando la tomó entre sus brazos, algo se rompió dentro de él. Fue sentirla, olerla, y dejar de pensar. La voluntad de tomarla entre sus brazos y hacerle el amor allí sobre la estrecha cama, de alimentarse de la sutil fragancia de su juvenil cuerpo era demasiado intensa.

—Bésame, por favor.

Era la petición más extraña y peligrosa que le habían dicho nunca.

Él, acercó el rostro al de ella y se apoderó de sus labios. Al principio se limitó a mover su boca sobre los dulces y carnosos labios de la joven, despacio, lentamente, y, poco a poco, se abrió pasó entre ellos con la ayuda de su lengua. Cuando ambas rozaron sus superficies, Fiona se estremeció, pero no de fiebre, y, sin saber cómo, lo agarró de la camisa fina, y le hizo acercarse a ella para sentir su calor junto a su cuerpo.

Y la besó más profundamente abriendo sus labios con su avasalladora lengua, y reclamando una respuesta que ella no le negó. Las manos de Aidan ascendieron por el torso femenino y acariciaron los pechos de ella. Ella extendió su mano, y, asiéndole del pelo, le acercó más a sus labios con un gemido de triunfo. Una sensación cálida se instaló en su vientre y una extraña humedad salió de su sexo.

Una marea de sensaciones totalmente desconocida se estaba instalando en ella. No la dejaba razonar. Y él estaba provocando esas sensaciones, con sus besos, con sus caricias. Fiona no quería que se detuviera, y con la respuesta de su cuerpo, se lo mostró.

Aidan separó su cuerpo unos centímetros, lo justo para deslizar la mano entre ellos y alcanzar el mismo centro femenino que se abría para él. Deslizó un dedo dentro de la apretada vagina de la joven. Ella sintió la invasión pero no hizo nada por frenarla, porque podía anticiparse a lo que vendría después. Al ver que ella no impedía sus avances, sino que le alentaba a continuar con su insinuante movimiento de caderas, él, enterró un segundo dedo en ella. Los notó empapados de su calidez en el mismo instante en que avanzó dentro de su vientre. Las oleadas subían en espiral desde el mismo centro de su ser. Le recorría la columna vertebral y vibraba en sus pechos, en las mismas puntas que lo coronaban creando una tensión que aumentaba. La boca de él abandonó los labios de ella con una protesta que se silenció cuando encontraron una de las cimas rosadas. Aferró entre sus dientes el tierno pezón y lo mordió con una delicadeza que no se creía capaz. Lo único que quería era devorar. Devorar ese joven cuerpo que se retorció bajo él, y que tantas noches había ansiado. Notó el mordisco en el lóbulo de su oreja pero no le importó, también él quería morder. La piel de su pene estaba tan tensa que suplicaba liberación, una liberación que él no quería ni pretendía retrasar.

Aidan se desnudo deprisa y se tumbó junto a Fiona. Ella estaba más que lista para él. Sus dedos estaban tan empapados que casi parecía tenerlos metido en miel templada. Los retiró de ella, y escuchó la súplica de sus dulces labios de que no parara aquel delirio. Equilibró su peso en los codos y antebrazos, uno a cada lado de ella, y la miró. Tanteó por su cuerpo con una mano y buscó su largo y grueso miembro con ella, lo sujetó entre sus dedos, y lo llevó hasta el paraíso en el que se moría por entrar.

La cabeza púrpura de su miembro encontró la entrada femenina y se deslizó suavemente dentro de ella. Se deslizaba dentro de ella como seda, ella le absorbía sin miedo. Se ajustaba a su alrededor como un guante de cuero nuevo a una mano. Pero con más, mucho más calor. La verdad es que le abrasaba y le quemaba. Retiró sus caderas un poco, haciendo que su virilidad casi saliera de ese canal líquido y de una fuerte estocada se hundió firmemente en ella hasta la misma raíz. El cuerpo de ella se tensó ante la invasión por unos segundos, pero al momento estaba ondulándose bajo él como la marea mecida por la corriente. Era el mejor sexo que jamás había experimentado, y con una virgen. El pensamiento le estremeció el cuerpo y le acicateó a hundirse en su cuerpo una vez, y otra, y otra, hasta que sintiendo que no podía aguantar más vio llegar el final. Pero no sería justo, para ella. Su primera experiencia tenía que ser tan grata como lo estaba siendo para él, aunque sentía el infierno en los mismos testículos.

Fiona se sentía en el paraíso.

Todos los placeres se concentraban en su bajo vientre mientras sentía como el cuerpo de él le enseñaba la danza del deseo. Buscó con sus manos el cuerpo de él, en una muda súplica de decirle con caricias lo que no podía decirle con palabras. Sus dedos recorrieron la ancha espalda hasta la misma base de la columna, y un poco más abajo también, hasta las mismas nalgas. Se aferró a ellas e intentó impulsar el cuerpo de él hacia su interior. Aquello fue la perdición para ambos. Con un gemido de dolor, ella se dejó llevar por la corriente del deseo, y como si de una bala de cañón se tratase, su cuerpo explotó en mil pedazos.

Su cuerpo fuerte y masculino se lanzó también en busca de la liberación, y junto al ahogado grito de ella, reverberó el suyo propio en el momento en el que el cálido fluido de su semen la inundó.

Segundos después, cuando pudo recuperar el aliento, Aidan miró hacia el rostro de ella, y vio que tenía los ojos cerrados. Los brazos de la joven quedaron laxos, y cayeron de su cuerpo para posarse sobre el colchón. Se había quedado dormida. El placer la había hecho sucumbir, y también la debilidad, porque Aidan no olvidaba que había pasado muchas horas con fiebre, no obstante, una sonrisa de satisfacción se instaló en su boca y se reflejó en su mirada. Lo había logrado, pese al dolor irremediable, le había dado placer. Con suavidad se retiró de ella, y contempló ambos cuerpos. La sangre manchaba su miembro ahora flácido, y salpicaba sus muslos níveos. Su cuerpo yacía desmadejado en el suave colchón. Los senos de ella atrajeron su mirada, y le entraron ganas de besárselos nuevamente. Salió del colchón y recogió su propia camisa que hizo jirones, utilizó uno para empaparlo en el agua tibia que todavía llenaba la tina frente al fuego. Lo estrujó levemente, y se limpió los restos de sangre y semen que tenía en el cuerpo. Enjuagó nuevamente el trapo, lo volvió a empapar y a estrujar levemente, y la limpió a ella. Cuando acercó el fresco y húmedo trapo a su entrepierna, ella suspiró aliviada y abrió los ojos.

—¿Qué haces?

—Tranquila, solo te estoy lavando.

—Me escuece.

—Lo sé, pero seré muy suave.

La lavó dulcemente, y, cuando terminó, arrojó el paño dentro del cubo. Se acostó junto a ella y la abrazó.

—¿Ha sido muy doloroso? —preguntó.

—Daría cualquier cosa por volver a experimentar eso mismo ahora.

Sus palabras sinceras e inocentes le pillaron desprevenido.

—Fiona, no puedo prometerte nada...

Ella levantó levemente la cabeza para mirarlo.

—¿Te he pedido alguna promesa?

—Esto no tenía que haber sucedido.

Fiona entrecerró los ojos algo molesta.

—Yo quería que sucediera, yo te lo pedí.

—Embarcaré muy pronto en el HMS Constant Warwick, y no sé cuándo regresaré —trató de explicarle—. Es más, ignoro el motivo para que no hayamos zarpado todavía.

—No tienes de qué preocuparte —lo animó ella—. No ha ocurrido nada que no quisiera que ocurriese.

—Pero... —ella no lo dejó continuar.

—Calla, estoy agotada y necesito descansar.

Aidan tomó nota de su tono áspero, y se levantó del lecho. La miró una última vez antes de

abandonar la habitación de ella y regresar a la suya.

El día siguiente trajo consigo la culpa. Ella lo había deseado, pero Aidan podría haberse llevado una opinión equivocada. Ella no le había pedido promesa alguna, ni la esperaba, y por eso, cuando en la mañana preparó un succulento desayuno, escuchó los escalones crujir, y la puerta de entrada cerrarse con estrépito.

Ni se había despedido de ella.

Fiona tensó la boca mientras pestañeaba con fuerza, intentando diluir las lágrimas. ¿Qué podía hacer? Salió corriendo escaleras abajo, cruzó la puerta de entrada, pero el capitán ya no estaba. No podía ir a verle a comandancia, porque, ¿qué podía decirle?

Tuvo ansiedad todo el día. Sus nervios estaban hechos un lío, le temblaron las manos mientras trabajaba, y se dijo una y otra vez cómo enfrentaría mirarlo a los ojos. Cerró los ojos, y respiró con fuerza. Lidiaría con las consecuencias, en lugar de intentar controlar la situación.

Fue aferrándose a esa determinación mientras tendía la colada en el jardín trasero. Se había pasado toda la mañana fuera, como si necesitara que la luz del día templara sus nervios, y calmara su ánimo.

Sus pasos eran cautelosos mientras entraba de nuevo a la casa con la cesta de la colada vacía. Dejó el cesto sobre la mesa de la cocina, avivó el fuego donde hervía el estofado, y se giró para coger los cubiertos para la mesa. Ya tenía preparada la sopa, la ensalada, y había horneado el pan. Camino con los cubiertos de las manos hacia el comedor, y entonces lo vio allí.

Aidan estaba sentado en el comedor, de perfil a ella.

Cuando el capitán la miró, advirtió que tenía varios raspones feos en un lado de la cara, una mancha de sangre en su camisa, y los nudillos ensangrentados. El capitán que ella había conocido antes de entregarse a él, se esforzaba por esconder sus expresiones, por mantenerse impertérrito. El hombre que tenía ahora delante era tan expresivo que la fuerza de su mirada llegaba a dolerle.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntó, aunque no esperaba que le contestase.

Fiona dejó los cubiertos sobre la mesa, y caminó directa hacia él.

—He llevado a unas ladronas ante la justicia, aunque me costó lo mío porque eran tres.

El verde de sus candentes ojos la traspasaron. Aidan Baquer Kendall nunca había faltado a una promesa. Era precisamente por ellas que había arriesgado su integridad física por los hombres que la habían golpeado. Le costó lo suyo dar con ellos, pero su determinación era inmensa. Había prometido protegerla, y era su forma de resarcir esa promesa.

Fiona tomó.

—Podían haberte hecho mucho daño.

—Un "gracias" estaría bien —le dijo él mirándola intensamente.

—Gracias —el capitán perdió toda la cólera que arrastró hasta ese momento—. Pero no era necesaria tu preocupación porque estoy bien.

¿Ella se refería a los maleantes a los que había podido dar caza, o a la entrega de la noche anterior?

Fue así como terminó de agrietarse su muro: ya no podía escudarse. Siempre poniendo distancia entre él y el mundo, siempre apartándose y de repente, ella estaba ahí, y Aidan perdía hasta el último resquicio de su control.

—¿De verdad estás bien? —le preguntó él.

Realmente quería preguntarle por lo sucedido durante la noche entre los dos, pero no se atrevía. Aidan veía su rostro sereno, su espíritu apacible, mientras él luchaba con verdaderos demonios.

—No te atrevas, capitán Baquer, a cuestionar mis palabras —la voz eligió traicionarla.

La chica le sostuvo la mirada unos instantes más, antes de ausentarse para llenar un cubo de agua fría con el que regresó minutos después.

—Seré cuidadosa —le dijo al mismo tiempo que lo empujaba con la mano para que volviera a sentarse.

Inclinándose sobre él tan cerca que podían compartir el mismo aire, le deshizo el primer lazo que anudaba su camisa, después el segundo, y luego el tercero. Cuando la abrió para inspeccionar la herida del hombro, se dio cuenta de que era una herida de puñal, pero durante un momento se quedó admirando su pecho musculoso y firme, concentró la mirada en el lugar donde el corazón latía con tanta fuerza, que si miraba con atención podía verlo latir. Le pareció que el capitán inhalaba aire, agitado, y ella misma sintió el nudo en el estómago.

Una cosa era percibir su cuerpo al amparo de la noche, y otra a plena luz del día. Aidan era puro músculo. Las manos le temblaron cuando apoyó las yemas frías cerca del corte, y lo analizó con atención intentando concentrarse. Sabía que él la estaba mirando, con los ojos entrecerrados y los labios entreabiertos.

—Solo utilizaré agua con jabón pues el corte no es profundo —su voz le sonó demasiado aguda mientras se apartaba para lavar la herida, desesperada por poner distancia entre ambos. ¿Qué le sucedía? ¿Por qué motivo sentía ese palpitar loco en el interior de su pecho, y al mismo tiempo un deseo abrasador en las entrañas? Notó que toda su cara enrojecía del sofoco, y se avergonzó más todavía. Aidan no podía apartar la mirada del rostro arrobado de ella.

Cuando Fiona volvió a inclinarse, su vestido se holgó y Aidan se sobresaltó al observar ávido el escote que se abrió ante sus ojos. No podía apartar la vista. Cambió de posición para buscar una posición más cómoda. Ella terminó de limpiar la herida, y se acuclilló en medio de sus piernas para continuar desatándole los lazos de la camisa, quería comprobar que no tenía ninguna herida más. Toda la temperatura de su cuerpo aumentó conforme ella le dejaba las manos en la piel y comenzaba a mover los dedos hacia los costados en una caricia suave y tímida. Aidan se tensó porque había algo en su cuerpo que no quería que nadie viera, pero se mantuvo inmóvil mientras Fiona se levantaba, pegada a él, respirándole, y le retiró la camisa poco a poco deslizándosela por el costado, después por los brazos, y por cada relieve de huesos y músculos bajo la piel.

Aidan escuchó perfectamente el suave gemido de ella al verlo desnudo de cintura para arriba. Fiona le apoyó la palma de la mano derecha entre los omoplatos, y Aidan terminó de rendirse a que no quedara una parte de él que Fiona no conociera.

—¡Dios mío! —la escuchó exclamar.

Fiona no podía comprender cómo no la percibió durante la noche, cuando le permitió que le hiciera el amor por primera vez.

Aidan la sintió temblar mientras pasaba la palma de la mano por la rugosidad áspera, rojiza y fea. La recorrió desde la nuca hasta el borde su pantalón militar.

—Para.

La grave voz de Aidan resonó en la estancia silenciosa.

Y fue el matiz ronco, y no la orden, lo que la detuvo. Después, solo apoyó la otra palma, cubriendo un trozo más de cicatriz con ella. Fiona se plegó sobre su propio estómago, y apoyó la frente entre los hombros desnudos de él. Sentía los relieves de la piel desgarrada y mal unida contra sus manos y su frente.

¿Qué horrible accidente había sufrido para tener una cicatriz tan monstruosa?

—Detente —insistió él.

A pesar de que Fiona no podía hacerle daño, tenía la sensación de que todavía tenía la espalda en carne viva.

—Necesito curarte —fue la débil respuesta.

Fiona había percibido cómo los hombros de Aidan se hundía. Notaba la derrota de sus hombros, la tensión en su espalda. El capitán se apartó de ella e impuso distancia. Había vuelto a levantar defensas en torno a sí mismo. Fiona aceptó que había visto algo que no debía ver, y que no debía hacer preguntas sobre ello.

Se movió con lentitud, con suavidad, para terminar de limpiarle las heridas de la cara junto a las de los nudillos. Con el paño húmedo le apartó un poco el pelo de la frente. Lo miró, pero Aidan no decía nada. Terminó, y volvió a acucillarse entre las piernas de él. Sabía cómo funcionaban aquellas cosas, era como un intercambio, ella le ofrecía una información, y recibía otra. Así que buscó las palabras adecuadas:

—Había una pequeña en el orfanato, apenas tenía tres años, y murió de fiebres tifoideas. Yo fui la única que la cuidó, y a pesar de todo mi esfuerzo, no logré salvarla. —El capitán la observó con esos verdes que a ella se le antojaron de primavera naciente. Fiona se sintió acalorada bajo la intensidad de aquella mirada, pero no lo dijo—. Aquel suceso me dejó una cicatriz, aunque no de forma visible.

—¿Qué cicatriz?

—Algunas veces vuelvo a caer enferma de fiebre.

Aidan la escuchó muy atento, después, aceptó el intercambio de información.

—Se desató un fuego en el barco, y no pude hacer nada para salvar a parte de mi tripulación —comenzó a decirle—. El trinquete ardió por completo, y se desplomó sobre mi cabeza.

Fiona entendía lo que había detrás de su afirmación

—¿Murieron muchos? —preguntó con un murmullo.

Aidan hizo un gesto afirmativo.

—Mis hombres eran mi responsabilidad, pero no pude salvarlos a todos.

—No eres Dios —respondió ella—. Solo en su voluntad está quién vive y quién muere.

—Era mi barco, mis hombres, debía velar por ellos.

—Pero los accidentes existen, y nos dejan cicatrices.

Estaba claro que Aidan hablaba de algo muy diferente, porque para él la responsabilidad lo era todo.

—Tus elecciones son tuyas, Fiona —le dijo muy serio—, anoche me lo dejaste muy claro.

Fiona se lamió el labio inferior al escucharlo.

—Anoche no buscaba promesas, ni hoy tampoco las pido. Lo que sucedió entre ambos fue porque yo quise y lo propicié, y por eso te exculpo de cualquier responsabilidad que creas que has contraído conmigo.

—¿Y no importa que yo tenga otra opinión al respecto? —preguntó seco.

—Eres un hombre de mar —contestó ella—, y yo seguiré cuidando, junto a Arthur, Brent Cross en tu ausencia.

—Aquí no eres una criada —respondió abrupto—, pues no te pago un salario.

A ella se le dulcificó la mirada y se le enterneció la sonrisa.

—Me salvaste, y estoy en deuda contigo.

—¿Te salvé? —Aidan estaba desconcertado.

Era cierto que semanas atrás solo era piel sobre los huesos, pero él no había hecho nada salvo llevarla al médico y permitirle que se quedara en Brent Cross.

—La vida me ha robado el alma, capitán Baquer, pero tú me la has devuelto. Porque tú

cumples tus promesas, y yo pago mis deudas.

Parecía que Fiona le hablaba en idioma extranjero porque no la comprendía. Cuando vio que los ojos le brillaban por el llanto, con un dedo le enjuagó una lágrima. Fiona pestañeó preguntándose si el capitán la había tocado de verdad o lo había imaginado.

—Encontrarás tu refugio como yo he encontrado el mío en Brent Cross.

Aidan no tenía modo de saber si Fiona se refería a la casa o a él mismo. La joven tuvo el impulso de explicarle que su refugio estaba donde estuviera él, pero no lo hizo, sobre todo cuando la casa se llenó de un olor a quemado bastante desagradable.

—Creo que se me ha quemado el estofado...

CAPÍTULO 6

Delante de él, el almirante Robert Smith, se paseaba de un lado al otro de su despacho en un gesto nervioso y poco frecuente. Aidan miraba el vaso de whisky que tenía en la mano sin decidirse a beber, pensaba que era muy temprano para tomar alcohol. Lo que necesitaba realmente era un analgésico para el dolor del hombro.

—No quiero a mis marinos en peleas callejeras.

—Me tropecé con tres ladrones sin importancia —contestó, con calma, aunque sabía que no era eso por lo que estaba allí.

El marino, bebió de su vaso, y finalmente tomó asiento con el ceño fruncido.

—¿Qué piensas de la situación en Europa?

Era una pregunta difícil. Robert Smith era nacionalista y clasista, venía de generaciones de militares de grandes rangos dentro de la marina de Su Majestad. Conservaba los trajes de sus antepasados, con todas las condecoraciones. Aidan los había visto un par de veces en sus vitrinas. Siempre se sentía impresionado, pero al mismo tiempo, asqueado porque al final aquellos trajes hablaban de conceder más importancia al prestigio que a la familia, y de eso, él sabía suficiente, sobre todo por cierta persona que le había impuesto el nombre de diablo.

—Parece que los Balcanes siempre serán el talón de Aquiles de Europa. El tratado de alianza con Rusia puede poner a Inglaterra en una situación muy precaria de cara al futuro. Sobre todo, si el zar decide que le interesa construir sus palacios de verano en los Balcanes.

—Esa es una afirmación atrevida —el bigote del almirante tembló levemente cuando frunció la boca. Él mismo era de opinión parecida, aunque estaba convencido que, si se libraba una tercera guerra balcánica, Inglaterra aplastaría la oposición. Incluso si participaba empujada por su alianza con Rusia—. Rusia es una gran aliada. Si se produjera un nuevo conflicto, sin ninguna duda sería fácil aplastar la rebelión.

Aidan no replicó. No creía que fuera tan fácil enviar a mil hombres a los territorios del este a enfrentarse a terroristas e insurgentes en apoyo a la decisión que tomase Rusia, porque no era una cuestión de poder militar, era más bien la posibilidad de que por apoyar a Rusia, Inglaterra se granjearan enemigos igual de poderosos.

Con la yema de los dedos acarició el cristal pulido del vaso.

Y entonces pensó en Fiona y en cuanto le encantaría conocer la respuesta a todas las preguntas que tenía en la cabeza sobre ella.

—¿Has encontrado a mi ahijado?

El pensamiento de Aidan regresó al presente.

—Su ahijado no se reúne con comunistas —porque no era Raymond quien lo hacía sino Garrett Smith.

Aidan conocía al hijo del almirante Garrett prácticamente desde que entró en la academia militar. Desde el momento en el que se lo llevó aparte para preguntarle sobre el almirante Smith, lo supo. Después no tuvo más que seguirlo un par de ocasiones por las noches para confirmar que todos sus caminos acababan en las inmediaciones de la fábrica de carbón. Garrett no quería seguir los pasos de su padre, es más: los rechazara de la forma más absoluta, y si su forma de combatir valores tradicionalistas era juntarse con socialistas, Aidan no podía ni opinar ni hacer nada al respecto.

La cuestión estaba en si lo descubriría o no. ¿Sufriría las consecuencias de sus averiguaciones?

El almirante suspiró con alivio.

—Esta bien, puedes marcharte.

El capitán le había quitado un peso de encima, y se lo había cargado sobre sí mismo. Cuando salió del despacho advirtió que Garrett estaba en el otro extremo del pasillo. Aparentaba leer un informe, pero su nerviosismo le traicionaba. Cuando levantó la mirada para clavarla en la del capitán, lo supo, ambos sabían las implicaciones de aquella mirada.

Aidan se refugió en su despacho, y le encargó al alférez O'Sullivan que llevara la supervisión de los informes ya respondidos. El alférez lo miró durante largos instantes, el Aidan que tenía delante de sí parecía una persona diferente. Se preguntó qué estaría pasando en su vida que lo llevaba de cabeza.

Aidan también se preguntaba qué demonios le ocurría. De repente, lo único en lo que podía pensar era en volver a Brent Cross, en pasear con Fiona. Dejo caer la cabeza entre las manos y aspiró con fuerza porque sentía que estaba enloqueciendo. Su vida era así: se la debía a su padre, a Robert Smith, y no podía huir de eso. El uniforme lo había escogido para sí mismo, pero fue pagado con un dinero que no le pertenecía. Lo único que de verdad le pertenecía a Aidan era la casa de Brent Cross, la herencia de sus abuelos maternos. Y con Fiona en el interior de la casa, la propiedad tenía un valor añadido, y al que quería regresar cada día.

—Pero ella está en tierra, y yo tendré que embarcar muy pronto.

Se dijo en un susurro. Y las horas del día su sucedieron muy lentamente. Aidan pasó el tiempo enterrado en informes que llevaban años aparcados. Él no era hombre de despacho sino de mar, y estar tanto tiempo alejado de surcar sus aguas, lo estaba llevando al límite.

Cuando recibió el mensaje del doctor Palmer recordándole su promesa, maldijo por lo bajo. Cuando llegó la hora de dejar comandancia, se dijo que daría un paseo hasta el puerto porque necesitaba despejar la cabeza, pero sus pasos lo llevaron en sentido contrario. Estaba tan abstraído en sus propios pensamientos, y en las deudas contraídas, que no se percató de cuando se paró frente al edificio de su niñez. Odiaba esa casa, y todo lo que representaba, y sin embargo, debía su existencia a la figura que más repudiaba: su padre.

—Tengo que hacerlo —se dijo en voz alta para infundirse ánimo.

Aidan no pertenecía a aquel mundo, y a la vez a ningún otro. Y fue eso mismo lo que lo llevó a superar la distancia que lo separaba del portón y llamar. La sirvienta que lo recibió era demasiado joven para reconocerlo, sin embargo, su estatura y complexión, así como su cabello negro, y el verde de sus ojos, lo hacían casi un doble del señor de la casa. Se apartó inmediatamente para dejarlo pasar. Le pidió que aguardase hasta que ella diera aviso de su presencia.

Aidan ya se dirigía hacia la estancia principal sin escuchar.

Los resquicios de luz que iban apagándose incidían sobre una mesa de caoba ricamente ornamentada, sobre ella había plantas de exportación y manteles de puntillas confeccionadas a mano. La chimenea era la joya de la habitación: la repisa había sido cincelada con precisión en el dibujo de un querubín encerrado en una ojiva, con una espada llameante entre las manos y una serpiente enroscándosele en los pies. Era majestuosa, de madera y alabastro. Se acercó para templarse al fuego.

—El señor irá a su despacho en breve, pueden reunirse allí. Ha ordenado que se quede a cenar.

Aidan la ignoró, pasó de largo y subió las escaleras al segundo piso antes de que ella pudiera guiarle. En el despacho se amontonaban los libros. Muchos de ellos los leyó en su adolescencia. Advirtió también un montón de papeles: registros y cuentas de la propiedad y

capital de los Baquer, además de la administración del partido, entre otras cosas, y observó también una pequeña Biblia.

—¿Cuántos años, Aidan? —lo escuchó decir de forma severa. Observó a su padre caminar hasta el otro lado del escritorio frente a él. No era tan alto como Aidan, sin embargo, su porte declaraba claramente su linaje.

—Podría estar muriéndome, ¿sabes? y a ti te importaría un cuerno, ¿me equivoco?

Aidan decidió tomar asiento. El escritorio se erguía entre ambos diferenciando la posición de uno y otro, Aidan había pasado muchas tardes allí, aguantando interminables discursos y horas de estudio.

—¿Está enfermo? —le preguntó en un tono neutro.

—¿Tienes deudas financieras? ¿Te han expulsado del ejército de Su Majestad?

Habían pasado años, pero entre padre e hijo seguía existiendo un antagonismo palpable.

—No me han expulsado del ejército —afirmó sin poder contenerse, aunque se obligó a tomar aire de forma discreta, formulando lo que tenía que decir a continuación—: Estoy aquí porque he de pedirle algo más importante que dinero.

La atención de su padre estaba en él, afilada como la hoja de una espada. Aidan sabía que había ido por su propio pie a las garras del león, y, desde esa perspectiva, le veía todos los dientes.

—No hay nada más importante que el dinero.

Aidan resopló sin querer.

—Accederé, a cambio, a lo que me pida.

El padre ni se lo pensó.

—Está bien —accedió, rápido.

Nada que su hijo pudiera pedirle sería equiparable al sacrificio que le exigiría en pago.

—Quiero su palabra —insistió el hijo.

—Tienes mi palabra —accedió el padre.

Aidan asintió y cruzó las piernas, y distrayéndose un instante en contemplar los libros para ganar tiempo.

—Quiero un puesto de responsabilidad en el Partido Liberal para el doctor André Palmer.

—¿Un puesto de responsabilidad? Eso tiene un coste elevado.

—Tengo una deuda con él, y debo saldarla.

Sabía que era una gran petición. También que no era el primer médico que entraba en política. El doctor Palmer había tenido una educación a la que la mayoría de ciudadanos ingleses no podían aspirar.

En los ojos del padre brilló un destello peligroso.

—Si accedo, a cambio entrarás de nuevo en los círculos sociales que representan nuestros estatus.

—Ya le mostré lo que pienso de esos círculos —protestó el hijo.

El rostro del padre se endureció.

—Ya creo que me lo mostraste permitiendo que el servicio te tuteara —la recordó el padre con mirada acerada.

—Arthur es mi amigo.

—Es el hijo del cochero, diantres, es tu inferior.

—¿Desea hablarme sobre Arthur y su particular forma de hablarme?

El padre parpadeó severo.

—En dos noches vendrás a presentar tus respetos al embajador ruso Ivan Smirnov, mi futuro

socio, y también a su encantadora hija Anastasia, al teatro Lyceum. Asegúrate de vestir para la ocasión, nada del uniforme de la marina.

Aidan estiró las comisuras de la boca y le enseñó una sonrisa hiriente.

—Está bien.

—En marzo y abril vendrás a las reuniones del parlamento conmigo pues deberás ocupar tu escaño de una vez.

—Voy a embarcar pronto en el HMS Constant Warwick —le recordó.

Algo en el brillo en los ojos de su padre, lo puso alerta.

—Me ha llegado información de que el Constant no está todavía listo para partir.

Ahora ya estaba convencido de que su padre estaba tras la reparación larga e inexplicable de su barco.

—La marina de Su Majestad no puede prescindir de mis servicios.

El padre lo ignoró por completo.

—Si para el mes de mayo todavía no has partido, continuarás participando en todos los eventos sociales. No pienso tolerar que continúes rehuendo tus obligaciones como mi heredero.

A Aidan casi le rechinaron los dientes.

—Si ese es el precio...

Benedict Carlton Baquer, sexto conde de Kendall, asintió, y esa fue su forma de despedir a su único hijo y primogénito. Aidan estuvo cerca de hacer sonar el tacón de sus botas por la costumbre, y, conteniéndose en el último momento, salió del despacho. Cuando cruzó por delante del gran salón de reuniones, advirtió que ya sentada allí estaba una mujer de elegante cabello rubio. Ella levantó los ojos, y abrió la boca para llamarle, pero no llegó a hacerlo. Aidan ya cerraba tras de sí la puerta de la calle.

El frío del invierno lo abofeteó. Cerró los ojos para respirar con fuerza. Le dolía la cabeza. Se preguntaba si había ido hasta allí para rebelarse y desatar uno de los nudos que le ceñían la soga al cuello. ¿Qué hora era? Miró la esfera de su reloj de bolsillo, y vio que eran las cinco y media, si corría, tal vez llegase a tiempo a la tienda de la modista más cara pero que hacía los vestidos más espectaculares de todo Londres. Si su padre creía que podría doblegarlo, estaba muy equivocado.

—¿Puedo ayudarle? —preguntó una ayudante.

La tienda no era especialmente grande, pero sí luminosa.

—Busco un vestido azul.

—¿Algún detalle más? ¿Podría indicarme las tallas de la dama en cuestión? Una aproximación.

Aidan se lo planteó unos instantes.

—Tiene una talla pequeña, pero sáqueme todos los vestidos azules que tenga.

La dependienta le trajo un par demasiado recargados, como los que se llevaban el año anterior. La mayoría de ellos estaban tapados hasta el cuello con encajes y puntillas, y se ceñían demasiado a la cintura. Continuaron así durante veinte minutos hasta que por fin la dependienta le puso en las manos el vestido deseado. Era de corte imperio ajustado justo debajo del pecho, un brocado simple de diminutas perlas blancas recogía la seda del vestido a la cintura. Las mangas eran de gasa añil bordada, se sostenían en el borde de los hombros y se unían en el brocado bajo el pecho. Le gustaba eso, especialmente porque podría mirar las clavículas de Fiona. La misma gasa bordada con pequeños detalles plateados caía a ambos lados de la cintura, abriendo el vestido justo en su mitad y añadiéndole un ligero vuelo a la pesada caída de la falda. En su conjunto, Fiona parecería una noche estrellada.

No le hizo falta mirar la etiqueta del vestido para saber que sería excesivamente caro, tendría que pagarlo con el salario de un mes, pero no le importó. Lo pagó religiosamente, y descartó los abalorios y acompañamientos que la dependienta le sugería. Ese mes no podría pagar nada más.

Cuando llegó a Brent Cross, caminó directamente hacia sus estancias privadas al mismo tiempo que se quitaba el uniforme, entonces regresó sobre sus pasos. El agujero del techo había sido reparado por completo, de ahí se explicaba sus apuros monetarios. Su sueldo como oficial le permitía mantener la casa de sus abuelos, y el mínimo servicio. Abrió la habitación de Arthur y la encontró limpia, ventilada. Con la ropa recién lavada y doblada sobre la cama que estaba cubierta con una gruesa y mullida manta de invierno que no recordaba que hubieran estado allí antes. Estaban cosidas a trozos. Averiguó que el resto de las habitaciones tenían una manta similar.

Escuchó pasos y se giró. Fiona llegaba a la casa con la cesta que solía llevar al mercado llena.

—Veo que has estado ocupada...

Su voz la sobresaltó. De todas las cosas que podría esperar Fiona, la más sorprendente fue encontrarse a Aidan con los brazos cruzados y los ojos fríos.

Ninguno de los dos habló. Se miraron el uno al otro por un período de tiempo indefinido, hasta que el oficial fue el primero en romper el silencio:

—¿Qué has estado haciendo, abejita?

El primer impulso de la joven fue mostrarse defensiva ante su tono. Parecía que la acusaba, aunque ignoraba el qué.

—Vengo de recoger la cesta del mercado que dejé fuera.

—Hay nuevas mantas en las camas, abrigo que no ha pagado mi bolsillo.

Ella sonrió desconcertándolo.

—Es un bolsillo bastante pequeño, y esta casa es muy grande.

—¿De dónde has sacado el dinero para comprarlas?

A Fiona no le gustaba su tono. Si había conseguido la gruesa tela para las camas, era gracias a un trabajo extra.

Había conocido a los Alby por pura casualidad. La familia vivía a una milla de distancia de Brent Cross, y había coincidido varias veces en su marcha al mercado con la señora Alby. Juntas habían recorrido el camino de ida y de vuelta, y lo habían hecho más ameno. Una tarde la señora la invitó a un té caliente porque ella la había ayudado a llevar la pesada compra, y había descubierto por casualidad que la niña más pequeña de los Alby tenía un problema que le impedía hablar o comunicarse, además hacía cosas extrañas que la familia no comprendía. Pero con Fiona se mostraba mucho más tranquila, y a ella le encantaba pasar tiempo con la niña después de realizar sus tareas en Brent Cross. Para su sorpresa, la familia Alby quiso pagarle, en un principio se negó, pero insistieron tanto, que terminó aceptando. No era mucho, pero Fiona sabía estirar las libras.

—Con mi esfuerzo —afirmó con rotundidad.

—Estás costeando todo esto a tus expensas, de dónde has sacado el dinero para las mantas.

—Son trozos de tela vieja.

—No me mientas, Fiona Connor.

Fiona levantó la cara un poco más.

—Cuido a la pequeña de los Alby que me pagan unas pocas libras, pero ese dinero lo empleo en comprar telas bonitas con las que bordo pañuelos para las novias y madres de los trabajadores de la fábrica de carbón. Incluso he pensado ofrecérselas a los marineros de

comandancia.

Aidan la miro perplejo. ¿De dónde sacaba el tiempo para cuidar a una niña con lo grande que era Brent Cross? ¿Y cuándo cosía los pañuelos?

Fiona dejó la cesta con la comida en la mesa.

—¿Bordas pañuelos?

—Soy bastante buena con las puntadas.

Se volvió para hacer frente al capitán que estaba muy cerca. Ambos se sostuvieron la mirada.

—Entonces yo también debo pagarte un salario por el trabajo que realizas en Brent Cross.

—Me salvaste la vida.

—Fiona...

Su voz sonó con una advertencia.

—Está bien, arreglaremos eso antes de que embarques de nuevo.

A él le pareció justo, porque después de comprarle el vestido, no podría pagarle un salario.

—Tengo que pedirte una cosa —le dijo mientras trataba de llevarla hacia su alcoba.

—Deja que me descalce antes.

La chimenea estaba encendida, y la casa tenía una tibieza agradable, y él le permitió a Fiona descalzarse. El deslizamiento de las plantas de sus pies sobre la tarima de madera, le resultó un sonido conciliador. El capitán ojeó aquellos pies que siempre estaban limpios, y consideró que, si no había perdido un dedo todavía, ya no lo haría. Le indicó con un gesto el paquete que estaba sobre la cama, y ella se acercó con cautela. Como le disgustó su reticencia, fue él quien sacó el vestido azul y se lo enseñó.

—¡Oh! —exclamó maravillada—, pero no lo entiendo —consiguió susurrar ella, sin atreverse a extender las manos y tocarlo—. No entiendo de dónde sacáis estos vestidos tan preciosos.

—Al menos yo no lo he robado.

Fiona parpadeó incrédula. ¿Quería decir que el que le había regalado el padre de Arthur había sido robado?

—Necesitaré que me acompañes a un evento dentro de dos noches.

—¿Acompañarte? —casi se le estrangula la voz.

—Me acompañarás porque no puedo hacer esto solo, Fiona Connor, no podré hacerlo sin ti. Fiona levantó los ojos, lo miró y entendió.

—Te estoy tan agradecida por todo, que te acompañaría a cualquier parte que necesitaras, incluso al fin del mundo.

Aidan sonrió de oreja a oreja, y todos sus rasgos se transformaron. Ya no era el adusto oficial que parecía llevar sobre sus hombros todo el peso del mundo. En ese momento parecía un muchacho realmente feliz. Ella comenzó a sonreírle también porque se sentía dichosa.

—Vas a acompañarme al teatro Lyceum.

Ahora se le borró la sonrisa.

CAPÍTULO 7

La seda se arremolinó entre sus piernas y emitió un suave siseo. Eso hizo que Aidan levantara la vista, y le clavara una mirada ardiente. Pareció bebérsela entera, pero cuando reparó en su cabello, entrecerró los ojos.

—Parece que llevas un nido de cuervos sobre la cabeza —le dijo poco galante.

—Pesa demasiado —contestó ella en un tono frustrante.

Aidan se encontró poniendo las manos en jarras.

—¿Y por qué diantres lo llevas tan largo?

A Fiona no le gustó su pregunta.

—Porque pagan más...

Esa respuesta le desencajó las ideas.

—¿Pagan más? —su tono ahora era acerado.

—Cuanto más largo es el cabello, más pagan los peluqueros.

—¿Te estás dejando el cabello largo para venderlo? —Aidan lo preguntó con verdadera sorpresa—. Te lo prohíbo terminantemente —le ordenó.

Mientras emitía la orden, Aidan se acercó a ella, y comenzó a quitarle todas y cada una de las horquillas. Su preciosa cabellera cayó libre hasta las corvas femeninas.

—Así es como quiero que lo lleves.

Y Aidan lo quería así porque de esa forma Fiona era el universo, con todas sus pecas como estrellas, el vestido azul como el cielo, y su melena negra como una parte del infinito inexplorable.

—Estás muy atractivo.

Y lo decía en serio porque el traje que llevaba Aidan lo hacía parecer un príncipe. Y se permitió acercarse unos pasos para recolocarle las solapas del traje, y como una necesidad, dejó las manos sobre sus hombros un instante. Era su forma de decirle que fueran a donde fueran, ella sería su calma en la tormenta, y así lo entendió él que deseaba con todas sus fuerzas arrancarle la ropa y enterrarse en su interior cálido y aterciopelado. Aidan se había jurado que no volvería a tomarla de nuevo, aunque se lo suplicase, pero le estaba costando la vida. Si la besaba, se lo escucharía decir, y se moría por hacerlo, pero tenía que portarse como un caballero, aunque su padre le dijera que era el mismo diablo.

—¿Caminaremos hasta el teatro? —le preguntó inocente.

—Iremos en carruaje.

A ella le extrañó porque Arthur estaba en Cornualles visitando a su padre, y se había llevado el carruaje de Aidan. Y como para hacer más misteriosa esa afirmación, en la puerta de Brent Cross se paró un carruaje muy elegante y con escudo. Estaba tirado por cuatro sementales que quitaban la respiración.

—Luego te explico...

El elegante carruaje los llevó a la calle Wellington en la que se alzaba un edificio de corte clásico. Un pórtico se sostenía sobre columnas majestuosas con el nombre del teatro grabado en la cornisa. Había carteles colgados en toda la fachada con pinturas muy expresivas y que anunciaban la obra que el Lyceum exponía. Se sintió conmovida y emocionada por tener el privilegio de poder entrar allí. Ojeó con curiosidad la multitud congregada fuera, y con más motivo cuando a su lado Aidan ralentizó el ritmo.

Terminó por detenerse al inicio de la calle, como si no pudiera avanzar un paso más.

Pasaron así varios minutos sin que Aidan pudiera seguir, y sin que ella tuviera prisa por continuar. Pareció que necesitaba mirarla, coger de nuevo confianza, y ella lo entendió y le sonrió mostrándose valiente vestida de azul, y con la capa militar que Aidan le había prestado. El ruedo ya lo llevaba embarrado, pero no le importaba. Fiona tenía los ojos brillantes.

—Estoy aterrada —le confesó con un hilo de voz.

A él le resultó imposible que fuera cierto, porque la pequeña Fiona que no sabía nada, que no tenía miedo de Londres, que no entendía de diferencia de clases, y, sobre todo, jamás demostraría flaqueza o miedo en presencia de Benedict Carlton Baquer.

—Mentirosa...

Fiona le ofreció una sonrisa deslumbrante, y así, el uno colgado del otro, avanzaron hasta la entrada del teatro. La muchedumbre en principio no les prestó atención, pero pronto las miradas se centraron en ambos. Una de ellas fue acompañada de una figura alta y desgarbada que se acercó a saludarlos.

—Capitán Baquer —el hombre sonrió, un acordeón de arrugas se formó en torno a sus ojos.

Pese a la agresividad de su postura al andar, había algo amable en aquella mirada.

—Wilson, me alegro de verle de nuevo.

—Su padre está dentro, conversando con dos destacados políticos.

La palabra padre desató todas las alarmas dentro de la cabeza de ella, y al entrar en el teatro, Fiona y su capa militar, su larga y abundante melena suelta fueron inmediatamente el centro de atención. Ella se mostró preocupada porque era la primera vez que estaba junto a personas de la alta sociedad. Inmediatamente después de reparar en ella, el centro de atención recayó sobre Aidan que era la viva imagen de su padre.

Aidan se inclinó hacia ella manteniendo el aire solemne.

—El hombre que ves allí tan condecorado es el ya retirado general Charles Warren. ¿Conoces los asesinatos de Thomas Neill Cream? —Fiona le hizo un gesto negativo—. Fue un ángel de la muerte responsable de varios asesinatos, en su mayoría mujeres, a las envenenó con estricnina.

—Eso no me interesaba conocerlo —replicó ella.

—Ese hombre era la mayor autoridad en la policía en ese tiempo. Aquél de allí es Henry James, un escritor muy afamado. No he podido leer ninguna de sus obras, pero el hombre que has conocido antes, Wilson, es un gran admirador —le susurró. Fiona siguió la dirección de su mirada todas las veces, identificando a aquellas personas—. Está hablando con Andrew Bonar Law que forma parte del Partido Liberal junto a mi padre, aunque son de ideas muy diferentes.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿Tu padre? No me dijiste que tenías padre —lo acusó seria.

Aidan terminó soltando una ligera risa.

—Todos tenemos un padre, y el mío es un verdadero tirano.

—¿Tirano? —aventuró a preguntarle de forma tímida.

Era la primera vez que Aidan hablaba de su familia.

—Se casó con mi madre porque su fortuna le permitió conservar sus títulos, después buscó a la gente indicada para invertir capital en la industria de Londres. ¿Ves a ese hombre con la gran barba?

Alguien los interrumpió.

—Imagino que usted es Aidan Baquer Kendall —dijo una voz aflautada.

La mujer era un revuelo de rizos rubios envuelta en un vestido rosa intenso. Durante lo que

pareció un largo minuto, solo se quedó allí contemplándolo. La desconocida la ignoró para incomodidad del capitán, hasta que, intencionadamente, se giró para reparar en ella.

—Disculpe mis modales, soy Anastasia Smirnova, no la había visto nunca.

Aidan se tensó a su lado cuando la mujer le faltó el respeto a Fiona de forma tan descarada. A Fiona no pareció importarle, le apretó un poco el brazo para indicarle que no pasaba nada.

—Es Fiona Connor —la presentó Aidan.

—Qué acento tan extraño, imagino que no es inglés.

—Soy irlandesa —contestó con voz suave.

—¿Irlandesa? —Anastasia levantó las cejas—. Conozco a todas las familias influyentes en Irlanda, y no he escuchado hablar de la hija de nadie con ese apellido. ¡Y qué caballo tan largo y tan rizado! ¿Es natural?

Antes de que Aidan la cortara por su descaro, una tercera voz medió en la conversación, tan fría y autoritaria que Fiona sintió un nudo en el estómago.

—Creí que vendrías solo.

Fue casi como pulsar un botón. El joven se encogió un instante, y luego se tensó en toda su altura conforme levantaba el mentón y sostenía el acero de los ojos de su padre. Fiona volvió a apretarle el brazo, acercándose aún más con decisión.

—Oh, lord Baquer —se quejó dramáticamente Anastasia—. Estaba presentándome a su acompañante.

Benedict Carlton Baquer miró directamente el rostro de Fiona, y ella le sostuvo la mirada con la misma firmeza. Tenía un increíble parecido con Aidan, pero realmente parecía un tirano, como lo había descrito él.

—Mi nombre es Fiona Connor —se presentó ella suave, y con una pequeña inclinación de la cabeza.

Como nunca había interactuado con la alta sociedad, y Aidan tampoco la había instruido lo más mínimo, Fiona se mostró sencilla y natural.

—Es propio en las mujeres de baja clase presentarse a un evento con el cabello suelto.

Aidan despegó los labios para hablar, pero ella, previendo la catástrofe, se adelantó hábilmente.

—Es el cumplido más encantador y original que me han dicho nunca.

Lord Baquer torció la boca y apretó los dientes. Exactamente igual a su hijo en ese instante. Anastasia se había retirado de la pelea para observar con ojos cautos desde la distancia.

—No ha sido un cumplido, damisela.

Fiona no tenía la experiencia necesaria para enfrentarse al padre de Aidan, pero tenía valentía de sobra para intentarlo.

—Me ha llamado pueblerina —comenzó con una sonrisa—, y es como me siento entre figuras tan distinguidas. Nunca hubiera sido tan descarada de considerarme a su mismo nivel, señor Baquer.

—Lord Baquer —la corrigió.

Los ojos de Fiona se abrieron de par en par, e hizo lo único que se le ocurrió para salvar la situación: le hizo una reverencia tan profunda que casi se cae de boca. El resultado fue muy cómico y despertó varias risotadas entre los asistentes.

Los ojos de lord Baquer ardieron con furia creyéndose burlado. Nadie lo ridiculizaba. La espalda de Aidan pareció temblar.

—¡William! —exclamó de pronto Aidan—. Ven, Fiona, voy a presentarte a un buen amigo.

Fiona se vio arrastrada por Aidan que la llevaba casi a horcajadas hacia el final del

vestíbulo. Fiona no podía apartar la mirada de Anastasia que le pareció falsa y atrevida.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó en un susurro cuando hubo distancia entre ellos y el resto de asistentes.

Con su pregunta pretendía incitarlo a reaccionar porque parecía que Aidan se había quedado congelado.

—Su padre es el embajador ruso en Londres, y mi padre desea concretar finanzas con él. Te llevaré a los palcos, y saldré a tomar un poco de aire, lo necesito.

Fiona le aferró la manga porque no quería que se fuera, pero Aidan solo la miró en silencio, y ella le dejó ir. Se quedó de pie observando su macha. ¿Qué le sucedía a Aidan entre toda esa gente? Estaba claro que no era como ellos, pero había nacido entre ellos. Entonces, si su padre era lord, él también lo era, y Fiona lo había tratado como a un igual. Fue pensarlo, y arder por la vergüenza. ¿Por qué motivo la había llevado al teatro? ¿Qué pretendía con ello?

—¿Desea un té frío, o una copa de champán?

La joven se sobresaltó pues no había advertido que en el palco había un sirviente. Le ofreció ambas bebidas, y como a ella no le apetecía té, se decidió por la copa de champán. Cuando bebió el primer trago, no pudo evitar cerrar los ojos. Estaba frío y chispeaba al tragarlo. Se terminó el resto de la copa de un sorbo.

—¿Deseas más?

La voz sonó distinta a la del camarero. Se volvió de nuevo, sobresaltada. Garrett se echó a reír con ganas.

—Ahora tienes la mirada tan brillante como el líquido que te has tomado —le tendió otra copa. Fiona la aceptó confusa. ¿Qué hacía el marinero allí? Y entonces recordó a su padre. El almirante que era una importante figura militar, y además tenía lazos con los Baquer. El chico se sentó a su lado sin esperar invitación por su parte, brindó con ella y ambos bebieron—. No esperaba verte aquí, eres una apuesta muy arriesgada.

Ella no entendía nada de lo que él le decía, así que mantuvo silencio.

Garrett se inclinó, con una sonrisa, le atrapó un rizo y se lo colocó detrás de la oreja.

Fiona se apartó de improviso y el joven marinero quedó desconcertado.

—¡Joder! Lo siento...

Ella bajó los ojos. Fiona no pertenecía a esa clase social, pero sabía que un hombre no podía tocar a una mujer que no fuera de la familia.

—No pasa nada —aceptó ella.

—Deja que te ofrezca otra copa porque todavía me siento culpable de nuestro primer encuentro —Fiona temió mancharse el vestido cuando volvió a beber, porque una gota se le deslizó por la comisura. Los ojos claros de Garrett siguieron su recorrido hasta que ella se la limpió—. Creo que eres una mujer extraordinaria, Fiona Connor.

—No sabes nada de mí —argumentó ella.

El marinero se rio, y Fiona recordó que le gustaba su sonrisa.

—Me encantaría conocer cosas sobre tu vida. ¿Has viajado mucho?

—Solo de Kilkenny a Londres.

—¿Regresarás a tu casa?

—No tengo un lugar al que regresar.

Ella no quería decirle que había vivido toda su vida en un orfanato al que no podía llamar hogar. No pensaba irse de Inglaterra.

—Todos tenemos un lugar de origen —respondió el marino.

Fiona frunció el ceño y se escondió detrás de la copa. Le gustaba Garrett, de verdad, se

sentía cómoda con él porque con él podía averiguar facetas nuevas de Aidan. Sin embargo, nunca le había contado a nadie nada de sí misma salvo al capitán que ya sabía demasiado, pero allí estaba ella revelando una de las cosas más importantes que se guardaba dentro. Se dijo que quizás la culpa la tenía el champán.

—¿Cuánto tiempo llevas en la marina?

—Demasiado —respondió el hombre.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —no esperó una respuesta por su parte—. ¿Estáis juntos el capitán y tú?

Fiona se bebió el último trago. Tenía la mente confusa, y le costaba entender en ese instante qué quería Garrett de ella. Sospechaba que la había seguido al palco, porque dudaba de que la hubiera encontrado ahí por casualidad. Invadía su espacio personal y la incomodaba.

—¿Qué cosas tienes hombres! No estamos juntos —consiguió decir, aunque eso ni la propia Fiona lo sabía.

—Te ha traído con él al teatro.

—Vivo en su casa, y dudo mucho que le apeteciera traer a Arthur a este compromiso.

El marino la observó más detenidamente, y se preguntó qué creía entender Garrett exactamente.

—Es la primera vez que Baquer trae a una mujer a un evento social.

—¿Qué quieres decir?

El otro exhibió una sonrisa deslumbrante.

—Que está dejando sus intenciones claras —brindó con ella—. Por estas convenciones sociales tan aburridas, y por los nuevos amigos.

—Por los nuevos amigos —aceptó y bebió complacida de que alguien la considerara una amiga, porque era la primera vez.

—Van a conquistarte, Fiona Connor, y lamento que no sea yo —le guiñó un ojo.

Aquello la desconcertó. No podían conquistarla, es más, ¿quién querría conquistarla? Y percibió que Garrett estaba demasiado cerca. Podía sentir su aliento dulce en una de sus mejillas. De improviso se incorporó y se mareó. Él trató de ayudarla presto, pero ella se aferró al respaldo de la butaca. Se había quitado los zapatos en cuanto tomó asiento y se levantó el vestido un poco para mirarse los pies, quizás la ausencia de zapatos era la responsable de la pérdida de equilibrio.

—Creo que necesito un poco de aire frío.

Garrett se había incorporado también, y su cuerpo bloqueaba la salida del palco. Fiona lo miró un momento. No sabía dónde estaba Aidan, quería ir a buscarlo. Salir de allí.

—Me importas, Fiona.

¿Le importaba? Continuó mirándolo. Fue su silencio lo que empujó a Garrett a salvar la distancia que los separaba, dejarle las manos en la cintura y descender el rostro para besarle la nariz pecosa, después la boca. Ella se estremeció, y Garrett lo interpretó erróneamente como mueca de placer y no de desagrado, y la estrechó contra sí. Descendió las manos para acariciarle las redondeadas nalgas antes de volver a ascender, para bajar una de las mangas de su vestido.

Fiona volvió a estremecerse y quiso apartarse cuando fue consciente de que la estaba tocando. Apartó el rostro con un jadeo.

—¡No!

Fue todo lo que dijo. No necesitó nada más. El joven le recolocó la manga del vestido, solícito, y se apartó varios pasos.

—Disculpa, había entendido... no volverá a suceder.

Y fue sincero. Ella aceptó la disculpa y decidió que de verdad tenía que salir de allí porque todo le daba vueltas. Cogió sus zapatos sin acertar a ponérselos, y corrió la tupida cortina del palco. Tuvo que pestañear por la iluminación del pasillo y miró en derredor buscando la salida. Del palco contiguo le llegaron unos sonidos que al principio no asoció con nada, y que posteriormente reconoció como el sonido de la voz de Aidan. No estaba solo, Fiona se detuvo. No alcanzaba a escuchar de qué hablaban, pero sabía que la voz de la mujer era la de Anastasia Smirnova. Y decidió sentarse cerca del palco, en parte porque quería estar sola, y en parte porque esperaba que quien saliera del palco no fuera Aidan.

Sí, fue Aidan quien salió airado con el cabello revuelto y la ropa desajustada. Se estaba intentando colocar el pañuelo al cuello, y, el momento en el que puso un pie en el exterior, la vio. Detrás de Aidan emergió una indignada Anastasia Smirnova que llevaba el cabello en el mismo estado que el capitán.

—¿Qué haces aquí sentada?

—¡Aidan! —la llamó la rusa.

Él giró la cabeza.

—Vete —su voz no admitía réplica alguna, y Anastasia se ofendió.

—Me pagarás este desaire —lo amenazó.

Aidan se volvió lo justo para que viera la rabia en su gesto.

—Y lo haré encantado.

Con el orgullo herido, Anastasia levantó la cabeza todo lo que el cuello le permitió, y descendió las escaleras con la magnificencia de una reina. Aidan renunció a arreglarse el atuendo, y, con pasos muy lentos, se acuclilló frente a Fiona que lo miraba muy seria y con los ojos brillantes.

—Tienes cara de haber bebido.

Quizás decía eso porque no era normal encontrarse a una chica tirada en el suelo sin zapatos, con la cara tan roja, y tan triste. Quiso contestar que sí, que había bebido, pero mantuvo silencio. Quería preguntarle por qué estaba solo con Anastasia Smirnova en un palco, porque se había mostrado tan desagraviada, pero siguió en silencio. Tensó la boca, y le tembló un poco el labio al hacerlo.

—Le estaba haciendo compañía —le informó Garrett que salía del palco donde Aidan la había dejado. El capitán pareció sorprendido un instante, luego frunció el ceño con profundidad —. Estaba sola y preocupada.

El marinero le estaba echando en cara que la abandonara en un lugar extraño, y lleno de desconocidos.

—Fiona no es asunto tuyo —respondió mientras la reincorporaba con cuidado. Fiona se acurrucó a su lado, y permitió que la sostuviera. Acababa de darse cuenta que necesitaba su consuelo porque lo sentía su refugio. Quería que estuviera con ella y no con otra—. Regresemos a casa.

Garrett avanzó unos pasos y se interpuso en la salida de nuevo. Se inclinó al mismo tiempo que sostenía su mano y se la besaba.

—Ha sido un verdadero placer conversar contigo, y confío disfrutar de nuevo de tu compañía —le dedicó esa sonrisa deslumbrante.

Aidan se sintió con cierta desventaja, parecía que ambos habían intimado, pero reanudó el paso casi arrastrándola, y no le permitió más que volverse y levantar una mano para despedirse del marinero. Cuando salieron al exterior, el golpe de aire helado llenó los pulmones de Fiona. Se permitió cerrar los ojos cuando él dejó de arrastrarla. Sintió que le quitaba los zapatos de la mano

y clavaba una rodilla en el pavimento embarrado para colocarle los calcetines y las botas. Tenía los pies congelados, aunque no le importaba.

La joven lo contempló desde arriba, con los ojos entrecerrados. Las luces del teatro a su espalda incidían parcialmente en la cara de Aidan, le derritieron los ojos verdes cuando los levantó para mirarla con una disculpa muda. Fiona no estaba segura de querer escuchar una disculpa. No le importaba haberse quedado sola, le importaba que él se hubiera quedado solo. El capitán se incorporó, con lentitud, irguiéndose sobre ella.

—Llévame al Támesis.

—¿Ahora?

—Quiero ir al Támesis, Aidan.

La complació a pesar de lo extraño de su petición, y la llevó a la orilla del Támesis. Había algo allí que la atraía muchísimo: una negrura absoluta que parecía una brecha en la tierra. Los dos contemplaban al mismo punto en un silencio respetuoso, respirando el aire húmedo y frío de la ciudad. Tras unos instantes, el le preguntó en silencio si estaba bien. Y la forma en la que Aidan desvió la vista del río para mirarla le derritió los huesos.

—Cuando embarques, cuando estés lejos, siempre te evocaré de esta forma —le dijo emocionada—. El río, las sombras, el frío y tú...

—Casi parece un poema —respondió él.

«Sería maravilloso que me leyeras aquí un poema todos los días que me quedasen de vida», le dijo con el pensamiento.

—No conozco ninguno...

«Porque no he aprendido a leer ni a escribir», si dijo triste.

Aidan continuó mirándola con la misma intensidad, devorándola.

—Conozco un poema...

*No levantes el velo pintado que los vivos
llaman Vida, aunque formas irreales represente,
imagen engañosa de aquello en que creemos,
con colores dispersos. Detrás acechan Miedo
y Esperanza, Destinos gemelos que entretejen
sus sombras en la sima sombría y encubierta.
A un hombre conocí de corazón sensible
que levantó ese velo buscando algo que amar,
pero no encontró nada, ni tampoco las cosas
que contiene este mundo podían agradarle.
Ignorado vivía; era luz en las sombras,
una mancha brillante en esta escena turbia,
un Alma que luchaba por la verdad y nunca,
como el Predicador, la pudo hallar en nada.*

—Es hermoso —dijo Fiona realmente emocionada.

La voz de Aidan había sonado vibrante, dulce, llena de añoranza, y de dolor.

—Pertenece al poeta Percy Bysshe Shelly.

Fiona se dijo que le encantaría a prender a leer para poder recitar ella también poemas tan hermosos.

—¿Te gustaría leer algunas de sus obras?

Ahora giró el rostro porque no podía decirle que sí sin mentirle. Y el momento mágico quedó roto porque Fiona pensó en la hija del embajador ruso, ella sí sabría leer y escribir, y entonces fue consciente por primera vez en su vida, de lo diferente que era ella al resto de mujeres, sobre todo de la nobleza.

Aidan percibió un escalofrío en ella.

—Regresemos a casa.

CAPÍTULO 8

Su padre lo miraba de forma crítica, y en sus ojos no había el mínimo atisbo de compasión o de cariño. Aidan trató de sostenerle la mirada, pero la forma en la que se curvaba hacia delante, revelaba el peso que cargaba sobre los hombros: los años renegando de su condición y origen, el coste de la independencia que tanto luchaba por mantener. El orgullo, la terquedad y los silencios con los que se escudaba como única defensa frente a su padre.

—No voy a abandonar Brent Cross —afirmó con fuerza.

—No te lo estoy pidiendo —le dijo el con voz fría y aplastante como el granito—. Me hiciste pasar mucha vergüenza.

Esa nunca había sido la intención de Aidan, simplemente quería marcar un límite que su padre nunca respetó.

—Que trajeras al teatro a una muchacha de baja clase, fue para desairarme.

Él se había llevado a Fiona consigo porque la necesitaba.

—Fiona es las estrellas en mi cielo oscuro —reveló de pronto sincero—. Me iluminan para dar pasos siempre con la cabeza alta.

—No me importa que sea tu querida, pero no volverás a traerla a ningún evento social más.

Aidan soltó un suspiro. Tal vez los años que había dedicado a construirse a sí mismo no eran suficientes para evitar que su padre los barrierá de un plumazo.

—Hace tiempo que dejé de seguir sus órdenes —le dijo cauto.

—El HMS Constant Warwick partirá hacia los Balcanes.

Los ojos de Aidan se entrecerraron.

—Comandancia no me ha notificado mi nuevo destino.

—Una vez allí operarás como diplomático de Inglaterra, y estarás al tanto del nuevo auge de las tensiones, y nos informarás. En el momento en el que determinemos que puedes regresar, te pondrás al frente del condado y cumplirás con tus obligaciones como heredero.

—Yo decido sobre mi destino —afirmó Aidan con voz tan airada como seca.

—Anoche cerré el trato como Smirnov, nuestras familias quedarán enlazadas por la unión de nuestros hijos. De lo contrario, Brent Cross arderá una noche, y el gobierno tendrá que enterrar cadáveres en una fosa común.

Aidan palideció por completo.

—Eso sería asesinato —siseó entre dientes.

—¿No lo he dejado claro?

Se encontró apretando los dientes hasta el punto de crujiros.

—Sí —susurró con un hilo de voz.

—Repítelo, Aidan, no he creído oírlo bien.

—¡Sí! —tronó fuera de control.

—Bien. Ya puedes darle a ese médico que tu deuda con él ha sido saldada, pero no vuelvas a desafiarme jamás.

Y como si aquellas palabras no fueran una herida de bala justo en medio de su corazón, su padre desvió la vista, y se ocupó en los papeles que tenía en el escritorio. Aidan no supo cómo sus piernas lo sostuvieron el tiempo suficiente para salir de la casa y poner la suficiente distancia entre él y la casa de sus progenitores.

Así estaban las cosas. Su padre hablaba, y él obedecía. Durante años había huido, pero ahora no podía hacerlo. Quería dejarlo todo y huir.

Cerró los ojos. La amenaza sobre Fiona, Arthur, y Brent Cross era demasiado real, y tenía que protegerlos. Sobre todo a Fiona. Se iba al otro extremo de Europa por ella. Si ella podía vivir, Aidan no volvería. El dolor de su estómago era tan intenso que le nubló la vista unos instantes.

No supo cuanto tiempo estuvo deambulando, pero cuando por fin llegó a la puerta de Brent Cross, lo primero que hizo fue tomar asiento. Se quedó con la espalda totalmente inclinada hacia delante, y los pulgares sobre los párpados intentando borrar la expresión de su padre anunciando su futuro. Si la muerte tenía un rostro, era el de Benedict Carlton Baquer.

Escuchó la llegada de ella. Se despedía de alguien, y creyó que era el marinero Smith. La escuchó entrar con una risa inocente, y maldijo por lo bajo.

—¡Aidan! —exclamó sorprendida—. ¿Te encuentras bien? —fue lo que sonó en el silencio

A Fiona no le importaba quedarse allí de pie el resto de la noche.

—Solo necesitaba pensar.

Caminó unos pasos con una mala opresión en el pecho, y la respiración entrecortada al no entender de dónde venía la tensión que percibía en la espalda del capitán.

Aidan se levantó, y la forma en la que se sostuvo de pie junto a ella resultó muy significativo, también elocuente.

—Necesito respirar...

Lo siguió hacia el exterior, y contempló su derrota en la postura que mantenía. Fiona levantó los brazos y lo rodeó por la cintura al mismo tiempo que se apretaba contra su costado. Pudo sentir el momento exacto en el que el aliento de Aidan se interrumpió, y creyó que era porque lo apretaba demasiado. Aflojó la presión, pero siguió abrazándolo, protegiéndolo. No sabía de qué ni de quién, pero no le importaba, Fiona lo protegería incluso de sí mismo.

Una ráfaga de viento entre los dos portones abiertos revolvió los rizos que habían escapado del recogido de Fiona y los golpeó a ambos. Alzó la mirada, y encontró los ojos de Aidan clavados en ella. Quizás por la luz, o quizás por el momento que compartían, vio que el verde de su iris estaba tan vivo y a al mismo tiempo tan derretido, que Fiona se estremeció. El capitán levantó una mano con lentitud para coger uno de esos rizos que bailaba delante de su cara, y, una vez lo atrapó, lo colocó detrás de su oreja. El roce de las yemas cálidas de sus dedos la llevó a entrecerrar los ojos.

—Suéltate el pelo.

Obedeció, solícita, y el cabello oscuro cayó sobre ella como un manto. Sabía el aspecto que tenía: el de una chiquilla rebelde que acababa de salir de debajo de un arbusto en mitad del bosque. Lo que no sabía es que eso se ganaría que Aidan sonriera, y que un hoyuelo se le marcara en la mejilla.

—¿Tienes buena puntería, Fiona Connor?

No supo por qué lo preguntaba hasta que él se agachó rápidamente y le arrojó un pequeño puñado de nieve. Fiona se apartó automáticamente, y pestañeó con rapidez sin atreverse a protestar el frío, Aidan todavía sonreía, y ella no podía dejar de admirarlo. Había algo forzado en cómo había propiciado la situación pero estaba bien: si era lo que necesitaba, ella podía cumplir. Hizo una pequeña bola de nieve irregular y se la tiró de vuelta, acertándole en un hombro. El siguiente proyectil aterrizó en su pecho, y el tercero, en su vientre. El capitán levantó mucho las cejas porque ella tenía muy buena puntería. Fiona rompió a reír cuando el siguiente proyectil le estampó en el rostro, y tuvo que escupir nieve.

—¿Hoy no duermes en comandancia?

—Sí.

—¿Puedo usar tu cama?

La miró, levemente divertido.

—No.

Fiona asintió. Se esperaba la respuesta.

—Es la que mejor colchón tiene, y me parece un desperdicio que no la usemos cuando estás fuera.

Aidan sabía que ella no hablaba en serio. Mi Arthur ni Fiona osarían utilizar sus aposentos privados. Pero había logrado arrancarle una sonrisa, justo lo que pretendía ella.

—Entonces no iré a dormir a comandancia si peligró la integridad de mi cama.

Ambos emprendieron el regreso al interior. Como Fiona percibió que la tristeza lo invadía de nuevo, continuó.

—Tiene la manta más gruesa, y se pasa menos frío —afirmó rotunda. Fiona lo seguía muy de cerca, y cuando llegaron a su alcoba, se dio cuenta de que su actitud podría interpretarse de muchas formas. Se giró rápido para marcharse.

—Tengo algo para ti...

Se detuvo al escuchar el sonido de algo al ser arrastrado. Aidan le mostró lo que tenía debajo de la cama: un pesado edredón relleno de plumas. Era suave al tacto y olía a limpio. ¿Cuándo lo había traído? Seguramente cuando dejaba la casa para ir al mercado.

—¿Por qué? —murmuró, casi sin voz—. ¿Por qué tantos regalos?

Aidan caminó con el edredón entre los brazos hasta la habitación de ella.

—Te encontré medio muerta de frío. Me gustaría no volver a encontrarte así —extendió la manta y la alzó hasta su barbilla.

—¡Me encanta! —le dijo agradecida.

Fiona ahogó la voz contra el edredón.

—Adoro cuando te muestras tan agradecida...

Los ojos de Fiona se empañaron durante un instante.

—La vida no es justa, Aidan, unos tienen más, otros tienen menos, pero tú has sido muy generoso con por personas que a ti no te han dado nada —el rostro de él se endureció—. No me mires con esa cara. No somos tu responsabilidad.

—Yo os escogí, y debo proveer. Arthur y tú tenéis un lugar donde reposar los huesos, y soy feliz por ello.

—Nos das demasiado y recibes tan poco.

Fiona intuía que Aidan estaba triste. Lo veía en la forma de moverse, de mirarla. Parecía que se despedía de ella. Fiona escondió la cara en el regalo un instante, porque no quería que viera lo preocupada que estaba. Sentía un mal presentimiento.

—¿Qué te sucede?

Aidan casi estuvo a punto de confesarle que se sentía perdido. Que sentía que se ahogaba bajo unas normas tiranas. Había luchado durante muchos años para que su padre entendiera que él elegía por sí mismo, pero que no había servido de nada.

—Estoy un poco preocupado por asuntos del trabajo, nada más.

Esa era una clara mentira, se dijo Fiona, por eso apartó la mirada y enterró el rostro en la tela que sostenía. El silencio entre ambos se prolongó hasta el punto de que Fiona solo escuchaba su propia respiración. Cuando momentos después Aidan le retiró el edredón de la cara para mirarla, descubrió que la piel de Fiona se había puesto pálida.

—No hay motivos para preocuparse.

Nuevamente le mentía.

—Quizás necesito un abrazo.

El tiempo pareció suspendido entre los dos.

—¿Es eso lo que realmente quieres?

—Soy libre para decidir lo que quiero, lo que necesito, y ahora mismo es un abrazo muy fuerte.

Aidan sabía que si la abrazaba, no se conformaría solo con eso. Ante su duda, fue ella la que tomó la iniciativa. Soltó el edredón y lo echó sobre la cama, entonces caminó el paso que la separaba de él y lo abrazó con fuerza. Fue sentirla entre sus brazos, y los músculos de Aidan comenzaron a relajarse muy lentamente. Sintió una paz en su interior, como hacía semanas que no sentía.

Y de repente ella lo soltó y se giró.

—¿Me leerías un poema? —ella sacó un libro de debajo de la almohada y se lo tendió. Aidan se sorprendió—. Estaba en la biblioteca.

Fiona se sentó sobre la cama, y lo invitó a que él hiciera lo mismo. Aidan se quitó las botas, y se aflojó el pañuelo del cuello. En esa postura leerle un poema iba a resultar el trabajo más duro y difícil de su vida.

—Si me tumbo ahí contigo, es posible que no me levante.

Ella esperaba precisamente eso.

—Solo un poema —lo apremió.

Aidan se recostó a su lado, ella apoyó la cabeza sobre su recio pecho mientras él comenzaba a leerle un poema escogido al azar. Fiona podía escuchar cómo se formaba su voz en el interior, el recorrido por su garganta hasta que salía por la boca. El sonido le pareció hipnótico. Lo escuchaba embelesada al mismo tiempo que su mano acariciaba el estómago plano. Cuando la voz se silenció, ella sentía un hambre canina porque la besara, pero no le pidió que lo hiciera, lo hizo ella misma.

El beso inesperado pilló a Aidan por sorpresa, y respondió con un ansia posesiva, buscando y encontrando. La iniciativa de ella sorprendió a ambos. Fiona pegó su cuerpo al de él, para que el beso fuese más íntimo, más profundo.

Y entonces la preocupación se transformó en fuego.

—No podemos, Fiona...

Ella no le permitía pensar porque había comenzado a acariciarlo. Aidan la separó un momento y clavó la mirada verde en la gris de ella.

—Lo deseo...

Un instante, pasó solo un instante antes de que Aidan se decidiera. Con destreza la desnudó, e hizo lo mismo con él, después la tumbó de espaldas, y la besó en los labios dulcemente. Bajó por el costado de su mejilla y el cuello hasta llegar a sus senos: al valle que separaba a ambos globos. Pasó la lengua áspera por las aureolas de sus pezones entre suspiros y gemidos femeninos, y siguió su recorrido hasta el vientre tenso de la joven. Siguió bajando hasta su monte de venus y un poco más hasta que sus labios encontraron el punto de máxima excitación de la mujer. Allí posó sus labios mientras trataba de contener las convulsiones de ella cuando su boca llegó al clítoris. Deslizó la lengua en su vagina y absorbió el cálido y templado fluido que de ella emanaba.

Aidan nunca había probado uno tan dulce, era como miel templada.

La espalda de Fiona se separó del colchón e instintivamente abrió más las piernas cuando sintió que los dedos masculinos se enterraban en ella. Un grito gutural salió de sus labios cuando él siguió atormentando su cuerpo hasta que llegó el estallido de la liberación.

—Libérate, déjate llevar sin miedo, yo estoy aquí a tu lado.

Y lo hizo. El estallido de su clímax fue devastador, y cuando una cálida humedad se derramó en los labios del hombre, la saboreó sin ningún tipo de pudor. Aidan se tendió junto a ella, con el sabor de su almíbar en los labios, y con una erección completa.

Ella se giró hacia él y fijó su vista en esa parte de él que impúdica se erguía sobre el lecho de vello fino y oscuro.

—¿Puedo? —le preguntó con dificultad.

La tensión que sentía en su miembro era más que dolorosa.

—Solo si realmente lo deseas. —contestó con un leve murmullo

—Me gustaría darte tanto placer como tú a mí.

Adam la miró a los ojos y vio que sus palabras no eran fingidas sino auténticos.

—Me muero porque también me beses ahí —con la cabeza le señaló su miembro duro.

Fiona era valiente, decidida, y estaba segura de que podría provocarle el mismo placer que él a ella.

—Carezco de experiencia, pero recuerdo lo que tu lengua me ha provocado, y pienso que la mía sabrá seguir el mismo camino.

Acercó su cuerpo al suyo, y, tímidamente al principio, pero con valentía, acarició el pecho de Aidan y bajó por su cuerpo hasta que sus dedos se cerraron sobre el mástil erguido. Lo asió con delicadeza y lo acarició con vacilación. Lo recorrió lentamente desde su base hasta la punta rosada, le pareció más suave que le resto. Él, gemía bajo sus caricias. Las nalgas se separaban del colchón ante cada leve contacto intentando una liberación. Ella rozó el terso capullo con su pulgar y unas gotas de un blanco inmaculado brotaron de él. Se incorporó y lo lamió. No era un sabor desagradable. Notó la sensación que produjo la caricia de su lengua sobre su miembro, y eso, más que otra cosa, la impulsó a continuar con las caricias de su lengua y de sus manos. Introdujo la punta de aquel pene entre sus labios y lo acarició con los dientes y con la lengua. Lentamente, muy lentamente.

—Es la más dulce agonía que un hombre puede recibir —afirmó él.

Ella sonrió y acogió cuanto pudo de aquel manjar en su boca. Deslizó sus labios sobre él, su lengua, sus dientes, hasta que él ya no pudo soportar más la tortura. Sabía que iba derramarse en su boca si antes no lo evitaba, pero no quería evitarlo. Sin previo aviso, se incorporó un poco, la aferró del pelo y la apartó de su miembro justo a tiempo. El semen que había intentado controlar salió disparado de su cuerpo. Instantes después la arropó entre sus brazos y ella se fundió con él. Tiró del grueso edredón y cubrió los cuerpos temblorosos de ambos mientras la acunaba a ella con un sentimiento puro y sincero.

Pero Aidan no pudo dormir. Quería estar ahí tumbado en la cama con Fiona acurrucada a su lado el resto de sus días. A su lado existía paz.

Dejó reposar la cabeza contra la almohada para poder mirar el techo. No sabía qué iba a pasar cuando se marchara, a quién podría confiarle la protección de ella. Sabía que su padre lo había atado todo muy bien. Su marcha no provocaría oposición de sus superiores, porque, precisamente el almirante Smith era amigo de su padre, y padrino de Aidan. Tenía que marcharse y dejar sola a Fiona. ¿Quién podría protegerla? Quizás el mismo Garrett...

Estaba cansado, no quería irse, y no podía dormir.

El suspiro le vació el pecho y le inclinó la cabeza hacia la derecha, hacia el rostro de Fiona. Aidan, había sido el afortunado de encontrarla, e igual que la había encontrado tenía que dejarla. Podría tratar de huir, pero la amenaza de su padre era muy real. Sabía que no podía esconderse. El poder y la influencia de su padre era inmenso, podría retenerlo lejos el tiempo que considerara suficiente para doblegarlo, y eso podía ser indefinido.

Con ese sentimiento de derrota que le pesaba en el pecho, terminó por aferrarse al costado de Fiona. La miró con intensidad en la penumbra, y cuando tuvo la sensación de que se la había grabado a fuego en el corazón, se dejó vencer por el sueño.

CAPÍTULO 9

La madrugada cubrió de niebla la totalidad de Londres. Era una niebla tan densa y húmeda que le empapó la capa y las botas. Con paso ligero recorrió la calle que lo separaba de comandancia, entró al edificio de ladrillo rojo casi tiritando. Sabía que la mañana se haría eterna, que contaría las horas hasta que tuviera que embarcar en el HMS Constant Warwick y poner rumbo a Francia.

Las órdenes estaban sobre su mesa.

A media mañana un marinero le anunció que el almirante Smith quería verlo en su despacho. Aidan tensó los hombros, y construyó con cautela una fachada de indiferencia. Las intenciones del almirante nunca habían sido malas, aunque tampoco tenían en consideración a nadie más que a sí mismo.

Las dos horas de diálogo que mantuvo con el almirante, se centraron en su posición de privilegio y beneficio, y le dejó muy claro que como capitán de la marina de Su Majestad, tenía que enorgullecerlos a todos. En las palabras el Almirante, Aidan pudo escuchar a su padre.

—Voy como oficial militar de Su Majestad, no como emisario político —respondió al almirante.

—En el reino de Inglaterra, lo uno no se diferencia de lo otro, y allí serás nuestros ojos. La política desea granjearse favores entre grandes políticos de países europeos pues nos conviene a todos, por eso embarcará también en el HMS Constant Warwick, lord Derby Russell —Aidan parpadeó asombrado—. Y lo acompañará el reciente nombrado embajador inglés en Rusia, sir John Aberdeen.

Lord Derby Russell estaba considerado como uno de los mejores secretarios de asuntos exteriores que había tenido el reino de Gran Bretaña. Había manejado de forma admirable las grandes crisis del reino, y había dejado claro su compromiso con el equilibrio de poder

Aidan inspiró hondo. Obvió comentar sobre la idea que tenía su superior acerca de la percepción que tenía el mundo de Inglaterra, y sobre la que Aidan no estaba de acuerdo aunque no lo expresara. Regresó a su propio despacho, y se encontró a un nervioso Garrett por el camino, y decidió poner en su conocimiento, que si todavía estaba en comandancia era gracias a él, y que ahora ya no podría continuar cubriéndole las espaldas. Por mucho que el almirante Smith lo pretendiera, Aidan no podía salvar a nadie del socialismo, ni siquiera a su propio hijo.

El rumor de su marcha se extendió por el cuartel tan rápido como la pólvora encendida, y llegó a los oídos de Arthur que lo esperó cuando Aidan se plantó frente a la puerta de Brent Cross. No hizo falta que tocara la aldaba ni que usara la llave porque Arthur la había abierto con brusquedad, y se quedó de pie mirándolo con cierta ansiedad.

—La noticia de tu marcha corre como la pólvora por todo Londres

Aidan cruzó la puerta y entró en el amplio vestíbulo.

—Que el HMS Constant Warwick zarpe de inmediato, no interesa a nadie salvo a la marina.

—Corre la voz de que ya no regresarás.

Aidan alzó las cejas con sorpresa. No solo corrían los rumores, sino que los manipulaban.

—¿Y desde cuándo crees chismes de taberna?

—¿Es mentira?

Aidan tensó la mandíbula. No tenía que justificarse. No tenía que confesar ante Arthur, o de todo el mundo, que era un títere en las manos de su padre.

—¿Desafías mi palabra?

El hombre reculó en su postura.

—¿Qué pasará con Fiona? —se atrevió a preguntarle.

—Seguirá aquí en Brent Cross, y confío que la cuides como se merece hasta mi regreso.

Aidan iba a tardar mucho en regresar, pero era una cuestión de amor propio no admitir los errores ni las debilidades.

—Regresa pronto —a Aidan le resultó graciosa la orden.

Y pasó de largo sin despedirse, pero así era Arthur, tan visceral como extremo.

El corazón del capitán se anudó tanto que tuvo que hacer un sobreesfuerzo para respirar. Cerró los ojos. Arthur era brutalmente honesto, esa era una de sus mejores cualidades, o de sus peores defectos.

—No lo entiendo.

Abrió los ojos. Fiona estaba justo frente a él, en el centro del vestíbulo, con uno de los vestidos de algodón que él le había regalado, y la capa que le prestó para ir al teatro, y que no le había devuelto.

—¿Te has calado?

Sabía lo que ella quería decirle.

—Vengo del mercado. ¿Te marchas? —le costó oírla bien.

Un segundo después vio las lágrimas que comenzaron a brillarle en los ojos. Aidan estaba tan acostumbrado a ver las cosas derrumbarse, que cuando la boca de Fiona tembló porque intentaba contener un sollozo, no fue capaz de hacer nada.

—Sabías que este momento llegaría.

—¿Tan pronto?

Aidan se dijo que si no fuera por su padre, él habría zarpado mucho tiempo atrás, pero no se lo dijo.

—El HMS Constant Warwick ya está reparado.

La chica se tapó el rostro con las manos tratando de contener los sollozos. Aidan avanzó un paso. Tenía la boca tan tensa y los puños tan crispados, que su cerebro recibía señales de dolor de ambas zonas. Tuvo que pestañear varias veces para aclararse la visión.

—Aunque no lo creas, siento marcharme, pero debo hacerlo porque soy oficial de la marina de Su Majestad.

Al escuchar su paso, ella levantó la mirada, tomó aire y caminó hacia él. Fiona le sostuvo el rostro y le bajó la cabeza para que sus frentes se apoyaran mutuamente. Mantenía los ojos abiertos con determinación,

—Si no regresas —consiguió decir, entre dientes—, si no vuelves, iré a buscarte capitán Bequer.

Había sufrimiento en los bellos ojos. Aidan se apartó para poder mirarla mejor, le apartó un rizo de la cara y se lo colocó detrás de la oreja. No le hizo falta alzarle la barbilla para que ella mantuviera la cara levantada. Así era como quería recordarla el resto de su vida.

—Te creo capaz —aceptó—, pero te quedarás aquí en Brent Cross cuidando de Arthur como él te cuidará a ti.

Lo dijo con suavidad, procurando herirla lo menos posible. No sabía cuándo volvería, ni si volvería.

A ella le tembló el labio, y, tras una pausa infinita, asintió.

Para Aidan fue un momento muy difícil porque no quería despedirse, y tenía que hacerlo. Le costó tres miradas al techo y tres respiraciones hondas, le costó evitarle la mirada mientras reunía

el valor para despedirse. Lo único que hizo finalmente fue apoyarle la boca en la frente tres segundos largos, en una bendición parecida a la que le había otorgado ella. Quiso prometerle que volvería, pero no podía hacerlo.

—Por favor, por favor, vuelve.

Aidan se apartó y la miró una última vez a los ojos. Aferró la mano con la que ella le estaba reteniendo de la chaqueta, y le besó los nudillos. No lo prometió, pero lo intentaría.

Se marchó con la sensación de que se dejaba la vida atrás. Era una emoción de desplazamiento tan fuerte, que lo dejó ausente el resto del día. El almirante Smith, su padrino, se despidió de él estrechándole la mano con fuerza. El alférez O'Sullivan no lo acompañaba en ese viaje, Aidan deseó decirle muchas cosas, pero no dijo ninguna. El alférez tensó la boca y se le movió el bigote, y casi le hizo sonreír un poco, era un gesto muy típico en él. No se dijeron adiós, como el capitán necesitaba.

Sabía que echaría de menos el frío de Londres. Era fácil habituarse al gris plomizo de sus calles. A la belleza discreta de sus parques. Se perdería la primavera, con todas sus flores en Primrose. Se perdería tantas cosas...

Subir la pasarela del barco le costó un verdadero esfuerzo porque no solo dejaba atrás el hogar de sus abuelos, dejaba a Fiona.

Y Dolía

Ya echaba de menos Londres incluso cuando lo veía en la distancia tras la barandilla de estribor de la nave. El resto se sucedió en borrones de vastas extensiones de un mar gris que se unía en una estela plateada en el horizonte. Junto a los acantilados de la costa caía un suave aguacero como una cortina. No era la primera vez en su vida que veía llover sobre el mar, y sin embargo, se quedó con la misma sensación de intranquilidad que todas las anteriores. Estaba ante lo incognoscible. La línea del horizonte se extendía amplia hasta llenarle la vista, en engañosa calma a juzgar por cómo se estrellaban las olas contra la roca. Se le revolvió el estómago de saberse navegando con el mar tan embravecido.

Le salpicó una ola en la cara, y decidió que no le convenía estar fuera contemplando la tierra que dejaba atrás. El HMS Constant Warwick cogía velocidad a medida que se alejaba de la costa. Con paso firme caminó hasta los camarotes de los oficiales. Debía comunicarles las órdenes, y conocer a su nuevo contramaestre.

Por primera vez en su vida, el olor del mar, y su bamboleo constante no le provocaban ese hormigueo de excitación en el estómago. Era la primera vez, que incluso antes de zarpar, ya estaba deseando regresar de nuevo.

CAPÍTULO 10

A finales de marzo, todo se complicó mucho. A Brent Cross no llegaba nada de dinero. Arthur y ella sabían que Aidan había arreglado los asuntos para que les llegara su sueldo de oficial, pero algo debía de haber ocurrido porque dejó de llegarles, y pronto dejaron de tener leña con la que avivar el fuego, y carne magra para alimentarse. Como Aidan no estaba en la casa, Arthur trabajaba a jornada completa en la fábrica de carbón, ella bordaba muchos más pañuelos que ahora vendía también en el mercado. Pero la casa resplandecía incluso más que cuando estaba Aidan en ella.

—No hagas ruido —le dijo a un niño que llevaba pegado a la falda, y entonces estornudó.

Parecía que el invierno no se iba a marchar nunca. Ascendió los peldaños con la mano sujetando la del pequeño, preguntándose si mañana tendría la misma suerte que hoy porque había vendido más pañuelos de los que había creído. Echó la llave a la puerta, y se permitió el lujo de apoyarse contra la madera con extremo cansancio. Cerró los ojos unos instantes, respiró, y compuso su mejor expresión al dirigirse hacia el salón. Si ya era difícil el alimentó para dos, no quería ni pensar lo que significaría alimentar a tres.

Arthur la recibió con un fognazo de esperanza en sus ojos al advertir sus bolsillos abultados.

—¿Es carne lo que traes?

Fiona negó con un gesto ligero

—Un poco de panceta.

A Arthur le zurrieron las tripas, y entonces al hombre le pareció ver el pie de un crío tras la figura de ella.

—Fiona no...

Fiona le mostró una pequeña sonrisa.

—Estaba solo y abandonado, no podía dejarlo fuera con el frío que hace.

Arthur resopló.

—Si alimentas a todos los mendigos de Londres, pronto no tendrás nada que llevarte a la boca.

Y eso lo incluía a él.

—Nos estamos apañando bastante bien —le dijo ella mientras animaba al niño a salir de detrás de su falda—. Vamos George, este ogro no muerde.

Pero el pequeño pensaba de forma distinta. Se abrazó al muslo femenino, y enterró el rostro en el vestido de ella.

—¡Ven aquí, mocoso! —tronó la voz de Arthur, y se ganó la reprobación de Fiona.

—¡No lo asustes!

Arthur entrecerró los ojos.

—Lo alimentaremos y lo calentaremos por esta noche, mañana lo llevaré a Stevenage.

Fiona lo miró con cara de pocos amigos. Stevenage era una casa antigua que formaba parte del conjunto de edificios denominados Los Niños de Nazaret en el sureste de Londres. Era el mayor orfanato de toda Inglaterra.

—No haremos tal cosa —decidió ella.

Los ojos azules de Arthur la siguieron hasta que desapareció con el niño en la cocina, con grandes zancadas se dirigió hacia allí.

Fiona sacó el pan duro negro y lo reblandeció en leche templada, que posteriormente rebozó

en huevo batido, y lo frío en abundante mantequilla. Una vez que estuvo dorado, vertió sobre las rebanadas miel. Colocó el alimento en el centro de la mesa, y animó al niño a comer.

En Brent Cross no se tiraba nada. Con las sobras, Fiona siempre cocinaba algo. Arthur terminó apuntándose porque había demasiado pan frito.

Prepararé huevos con panceta, y de postre podrás tomar lo que quede de pan frito.

—Estoy famélico.

Era cierto. El apetito de Arthur se agudizaba con el frío, el de ella también.

Ya no encendías las chimeneas de las diferentes estancias de la casa, se conformaban con la estufa de leña a la que Arthur le añadía carbón. Trabajar en la fábrica le ofrecía la ventaja de hacerse con restos y llevarlos a la casa. Después, cuando se iban a dormir, Arthur preparaba un par de braseros para la habitación de ella y la propia.

—¿Dónde dormiré el renacuajo?

El niño, que no debía de tener más de tres años, seguía dando buena cuenta del pan frito y el vaso de leche.

—Al abrigo de mi calor —respondió ella.

Arthur gruñó de nuevo.

—Estará infestado de bichos —apuntó mientras Fiona le colocaba un plato con huevos revueltos con grandes trozos de panceta frita.

—Cuando terminemos de cenar, lo bañaré, le cortaré el cabello, y lo despiojaré.

Arthur chasqueó la lengua al mismo tiempo que miraba el pequeño. Podría parecer un querubín si no tuviera el cabello rubio casi blanco lleno de mugre. Cuando el niño lo miró mientras comía, advirtió que tenía unos enormes ojos azules.

—No puedes quedártelo, Fiona.

—No tiene a nadie más.

—No puedes salvar a todos los niños de Inglaterra —insistió el otro.

El rostro de Fiona se entristeció. Era cierto, ella no podría salvarlos a todos.

—No puedo quitarte la razón, pero no te preocupes, Arthur, que no verás disminuida tu ración de alimentos —ahora mascullo por lo bajo, él no se había referido a eso—, pero mientras esté en mi mano salvar a uno solo, no dudes por un momento que lo haré.

Los días se entrelazaban los unos con los otros, y todos parecían iguales, pero los de esa semana fueron peores porque no había podido vender ni uno solo de los pañuelos que bordaba, además, tampoco podía cuidar a la niña de los Alby porque ahora tenía que ocuparse del pequeño George. Después de llegar del mercado, y teniendo que cargar al pequeño en brazos porque no podía dejarlo solo en Brent Cross, simplemente llegó a la casa, le preparó algo de alimento al pequeño, y ella se sentó en el suelo muy cerca de la estufa de leña, se abrazó las rodillas y se quedó así, acurrucada sobre sí misma. Estaba exhausta. Le dolían los huesos. Quería que se acabara el frío de una maldita vez. Y por si los males no fueran suficientes, la fábrica de carbón había despedido a muchos operarios, y entre ellos estaba Arthur que se había quedado sin trabajo.

Fiona no sabía cómo iban a salir adelante.

Hundió la cara un poco más en las rodillas, aunque seguía atenta a los ruidos que hacía el pequeño sentado a la mesa mientras comía. Estaba cansada, quería dormir, y se dijo que no pasaría nada si cerraba los ojos un momento. De repente, la zarandearon con fuerza.

—Arthur, ¿qué haces? —susurró, su voz era una mezcla de derrota y alivio.

El aludido la sostenía con firmeza, hundiéndole los dedos en los brazos. A su lado, el pequeño parecía muy asustado: se había cobijado en su regazo sin que ella lo advirtiera de lo agotada que estaba.

—Has dejado que se apague la estufa. Hace más frío aquí que en el exterior.

—Creo que me he dormido —su voz sonaba pastosa.

Arthur le puso los dedos en el cuello para notar su pulso.

—Vamos, levanta.

El niño seguía acurrucado junto a ella. Fiona no obedeció, se quedó simplemente sostenida por la mano de Arthur.

—¡Que te muevas, joder! —ni ella podía moverse, ni el pequeño tampoco—. Si no llego a venir a tiempo, termináis los dos congelados.

La incorporó de un brusco tirón, y el niño comenzó a llorar. Fiona se tambaleó y dio unos pasos vacilantes. El pequeño cayó de culo.

—No conseguía despertarte —le dijo Arthur mientras preparaba té caliente para que le templara el cuerpo.

Cuando le puso la taza delante, la animó a que se lo tomara, y al primer trago, Fiona lo escupió.

—Esto no es té.

—Lleva ron, pimienta, y una buena dosis de miel, te despertará más rápido que mis gritos.

Arthur sentó al pequeño en la silla, lo arrimó a la mesa, y le puso un tazón de leche humeante delante de los ojos.

—Bebe —le ordenó, aunque menos brusco de lo que era habitual en él.

—No recuerdo haber estado tan cansada en mi vida —admitió mientras se obligaba a beber la poción que le había preparado Arthur, pero estaba malo de narices.

—Alimentas a ese mocoso con lo que deberías comer tú, vas a conseguir quedarte en los huesos, si acaso ya no lo estás.

—Tiene buen apetito porque está creciendo.

Arthur gruñó en respuesta.

—He traído patatas y unas truchas.

—Haré un guiso...

A su izquierda Arthur llenaba una olla con agua, a su derecha el pequeño seguía bebiendo leche.

—Vamos, te ayudaré —se ofreció Arthur consciente de que ella apenas se sostenía en pie.

Fiona era la persona más compasiva del mundo, pero si ellos apenas podían sobrevivir, ¿cómo lo harían con una boca más? Trabajaban en silencio sin estorbarse. El pequeño estaba en medio de los dos, y, aunque no hiciera nada, tenerlo cerca fue lo que le devolvió la fuerza a Fiona, le aceleró el corazón, su cuerpo dejó de estar tan entumecido, y se sentía más despierta.

—¡Mami!

Cuando lo escuchó, Fiona dejó de pelar patatas. El niño le mostraba el tazón vacío. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Y luego se echó a reír sin sonido. Fue un momento de delirio: las lágrimas le corrían por la cara mientras reía.

—Siempre creí que estaría toda mi vida sola —confesó al intercambiar una mirada con Arthur—. Cuando llegué aquí pensé que tendría que lo había perdido todo.

—Pues ahora eres la valiente mamá de ese diabluchito.

—Admite que tú también lo quieres.

Como si el niño entendiera a los adultos, decidió intervenir.

—Papi, más...

Arthur lo miró espantado. El niño le pedía más leche caliente. Era insaciable.

—¡No soy tu padre! —le gritó.

Fiona respondió como una leona defendiendo a su cachorro.

—¡No le hables así!

Arthur la miró muy serio.

—Como vuelve a decirme eso, lo entierro de cabeza en la nieve.

—No lo dice en serio, tesoro —le dijo al niño—, y no sabes la suerte que tienes de que no sea en realidad tu padre, sino un tío gruñón y desabrido.

El niño ya estaba acostumbrado al carácter del hombre, y por eso no se asustó. Le dedicó una sonrisa tierna e infantil a la que creía su madre. Tiempo después, con el estómago lleno, y debajo del pesado edredón de plumas, George dormía de espaldas a ella, Fiona se dedicó a pensar. Y lo hizo en Aidan, en su viaje por el mundo en ese barco al que llamaba hogar. Pensó en la primavera, en lo mucho que necesitaban el verano porque detestaba el frío con todas sus fuerzas. Se quedó dormida pensando en Aidan, y al llegar la mañana se sentía con algo más de fuerza, aunque Fiona no tenía muy claro que las cosas pudieran ir mejor para ellos, pero ahora tenía un motivo para no rendirse, y por eso, después del desayuno, le pidió a Arthur que se quedara con el pequeño mientras ella hacía un recado.

El hombre mostró el horror que sentía al tener que cuidar a esa personita que solo comía y reía. Peor Fiona estaba decidida a intentar cualquier cosa con tal de salir adelante por los tres, por ese motivo se encontraba recorriendo las millas que separaban Brent Cross de comandancia. Al llegar, dio un nombre a un marinero que hacía un descanso fuera, lo sabía porque el hombre se estaba fumando un cigarrillo. Ella volvió a decirle un nombre, y el marinero asintió finalmente. Al cabo de unos minutos, del interior del edificio salió Garrett Smith, y al ver la expresión angustiada de ella, se sorprendió. Fiona no estaba allí para mendigar ni dinero, ni compasión, solo quería saber qué había sucedido con la paga de oficial que Aidan había ordenado que llevaran religiosamente a Brent Cross, y así se lo hizo saber a Garrete.

—Te prometo que lo investigaré—. Fiona se mostró en verdad aliviada.

—Gracias.

—¡Por Dios, Fiona! Eres pies sobre los huesos.

No hacía falta que se lo dijese, porque ella ya lo sabía.

—Arthur ha perdido el trabajo en la fábrica, y mis pañuelos ya no se venden en el mercado. El marinero se quedó mirándola un momento largo.

—¿Me permites que te invite a cenar algún día?

—No puedo pensar solo en mí, por eso, si quieres comprarme lo que sería una cena, acepto encantada.

—Será un placer ayudarte... ayudaros —ella le sonrió—. Pero si no ha llegado la paga de oficial de Aidan, imagino que el padre tendrá que ver con ello. La marina no comete ese tipo de errores.

—Entonces dime dónde vive el padre de Aidan.

Garret supo lo que pretendía hacer ella.

—Esa es, con toda posibilidad, la peor idea.

—Necesito saberlo. Su hijo dejó una orden que ha ignorado, y debe decirme a la cara el motivo.

—No puedes ir allí. A ese hombre es mejor no enfrentarse.

—Si no le tengo miedo al hambre y a la muerte, ¿piensas que se lo tendré a ese hombre? —afirmó muy segura y muy tranquila.

Garrett sondeó su expresión turbulenta, pero viendo su determinación, terminó por ceder y darle una dirección, que era todo lo que ella quería en ese momento.

—Gracias —le dijo al fin.

—No te metas en líos, por favor.

Antes de marcharse, le dedicó una mirada honesta.

—Gracias por ser mi amigo.

Garrett era una buena persona.

—Mañana os llegará el alimento que encargaré esta tarde.

Ella lo miró tan intensamente, que Garret se ruborizó.

—Estoy en deuda con Aidan, y es mi forma de saldarla...

No se dijeron nada más.

Cuando Fiona regresó a Brent Cross, creyó que no había nadie, llegó hasta su habitación, y descubrió a George dormido, pero como si el niño la presintiera, abrió los ojos. Se sentó a su lado y le sonrió dulce. Le acarició el cabello.

—¿Dónde está el tío Arthur? —el niño encogió los hombros.

—¿Eres tú Fiona? —escuchó que la llamaba desde la cocina.

—El tío Arthur te cuidará mientras hago un recado importante.

El niño separó los labios, aunque al principio no emergió ningún sonido.

—¿Sí?

—Sí —respondió ella.

Fiona continuó acariciándole el fino cabello rubio, y sonriéndole mientras comenzaba a cantarle una nana en gaélico. Cuando el niño volvió a dormirse, Fiona se dirigió hacia la cocina.

—No vuelvas a dejar al crío solo —gruñó Arthur—. ¿Dónde coño has estado?

—Intentando averiguar qué ha sucedido con la paga del capitán.

Arthur tardó unos instantes en entender, la miraba como si no quisiera creérselo.

—Los muertos no la necesitan.

¿Qué diablos estaba sugiriendo Arthur!?

—El capitán no se atreverá a morir.

—¿Qué otro motivo puede existir? Esta casa no sobrevivirá sin el dinero del capitán, ni

nosotros tampoco.

Fiona cerró los ojos con fuerza. Lo que había sugerido Arthur era demencial. Aida no podía estar muerto, no podía porque ella se moriría.

—Sobreviviremos con el esfuerzo de nuestras manos, porque fuerte es nuestra voluntad.

Arthur se sentó con brusquedad frente a la mesa.

—No encuentro trabajo, y estoy comenzando a desesperarme.

La estufa emitía un leve chasquido de vez en cuando. Fuera aullaba el viento con furia.

—Saldremos adelante...

Fiona sostuvo su mirada. Los pómulos de Arthur eran más afilados de lo normal, sus ojos estaban más hundidos. Había muchas pequeñas arrugas de expresión en su frente.

—¿Cómo? —preguntó al final, en un murmullo.

—Sin rendirnos.

—Como no sabes leer, no te enteras de lo que dicen los diarios.

Fiona lo miró con atención.

—Había tensiones encontradas en los países del este de Europa. Tensiones que podían granjearle enemigos a Inglaterra, y Aidan está en ese lugar que es un polvorín.

¿Qué significaba que Inglaterra tuviera enemigos?

—No —fue firme y decidid—. Aidan no está muerto, y regresará a Brent Cross.

Fiona intentó retener las lágrimas porque esa sola posibilidad la aterraba. Sobre la mesa había sopa de cebolla y patatas de la noche anterior, se sentó a comérsela con lentitud, sabiendo que a la hora el hambre atacaría de nuevo, pero entonces, sonó la aldaba de la puerta.

—Yo abriré —se ofreció ella, y cuando lo hizo, Garret estaba de pie sosteniendo una caja de madera llena de alimentos.

—Me gustaría poder traerte más, pero es lo que he podido cargar

—Gracias —consiguió decir emocionada

En la había huevos, verduras, pan blanco, leche, mantequilla, y mas cosas que no podía ver. Garret dejó la caja en el vestíbulo.

—No puedo quedarme, pero te traeré más alimentos pronto.

Los ojos de Fiona se llenaron de lágrimas. Garret se metió la mano en el bolsillo de su abrigo militar, y sacó chocolate, se lo tendió.

—Me gustaría que te lo comieras, pero si lo vendes, obtendrás algunas libras para pan.

—¿Cómo podemos agradecértelo?

Garret le sonrió.

—Ya te he mencionado que es mi forma de pagarle a Baquer un favor que me hizo.

—Gracias —le dijo muy sincera.

El marinero se despidió, y ella se quedó mirando durante un tiempo la caja de alimentos sin atreverse a cogerla. Y entonces Arthur asomó por el pasillo del vestíbulo.

—¿Quién era? —preguntó—. Me pareció escuchar la voz del hijo pijo del almirante.

—Sabe que hemos acogido a un niño, y ha traído alimentos para él.

Fiona sabía que Arthur no cuestionaría esa explicación.

—Pues bienvenidos sean.

Sin ceremonia cogió la caja y la llevó a la cocina, Fiona sostenía todavía entre sus manos el preciado tesoro llamado chocolate.

Ella caminó tras él, pero algo la detuvo. Se dirigió entonces hacia su alcoba donde dormía placido el pequeño George. Se acuclilló bajo la cama, y sacó la vieja y estropeada maleta donde guardaba las pocas pertenencias que poseía. La abrió y dejó el chocolate allí. Pensaba venderlo,

pero si Arthur lo encontraba, se lo comería.

Aunque pareciera increíble, Fiona extrañaba su Irlanda natal.

—No regresaré —se dijo melancólica mientras amasaba en la larga mesa de la cocina.

Quería volver a ver sus campos de patatas. Quería recorrer las doce millas que caminaba todos los veranos y respirar el aire húmedo que olía a sal, si se concentraba en sus recuerdos, casi podía escuchar el bramido de las olas al estrellarse contra los acantilados. Añoraba el olor dulce de los ciruelos.

Fiona escuchó la puerta de la calle, seguida de la estruendosa voz de Arthur.

—Fiona, mira esto.

Seguía amasando la harina con fuerza. Sobre las mejillas y el cabello tenía polvo blanco.

—¿Fiona! ¿No me has escuchado?

Fiona abrió los ojos, y vio a Arthur apoyado en el dintel de la puerta de la cocina.

—Ha llegado una carta del capitán.

Se había quedado paralizada, y con las manos llenas de masa.

—¿Carta de Aidan?

Le gustaría cogerla con las manos, pero las tenía manchadas, además, no podría leer su contenido.

—¿Quieres que te la lea?

¿No era esa una pregunta estúpida? Se dijo mientras se lavaba las manos con agua y jabón y se las secaba en el blanco delantal. Vio que Arthur rasgaba el sobre, y sacaba la hoja doblada.

—¿Puedes creerte que estoy nervioso?

Pues a ella no le llegaba la sangre al corazón...

Arthur:

No hay gran ocupación por aquí, solo políticos aburridos y marineros jóvenes que necesitan mucho entrenamiento. La comida es extraña, aunque no desagradable, y el tiempo ni mejor ni peor que en Inglaterra. Confío en que la misiva os llegue. Podéis contestar a la misma dirección del remite. Dadle la correspondencia a Garrett, él, se encargará.

Estoy seguro de que mi padre encontrará formas de haceros la vida imposible. Lo lamento de veras.

A Fiona:

Nada más zarpar, ya deseaba volver a Brent Cross, eso resultó lo más extraño, que no sabía realmente lo que significaba un verdadero hogar. Durante mucho tiempo caminé sin saber hacia dónde iba, ni saber lo que realmente quería, y por eso seguí ciego sufriendo en secreto. Pero una noche descubrí un trozo de cielo cuajado de estrellas, y poco a poco, fui recuperando la visión, y logré entender muchas cosas, y de aquel descubrimiento, vino esta calma, esta quietud, y esta certeza de que quiero contemplar siempre ese pedazo de cielo estrellado. Seguro que puedes entenderme.

Aidan.

Había obligado a Arthur a leerle la carta una y otra vez hasta que se la aprendió de memoria. Había tocado esa palabra que era el nombre de él con las yemas de los dedos hasta correr la tinta, hasta aprender de memoria las letras, hasta dibujárselo ahí, en la muñeca, con la mano inexperta de quien no está acostumbrada a escribir, y pasó el resto del día tocándolo mientras trabajaba, recordándose que se había llevado un trozo con ella y era así, que sobrevivía

al día a día.

CAPÍTULO 11

—No puedo creer que me dejes otra vez solo con este mocoso.

El pequeño miró a Arthur y le sonrió. El hombre era muy arisco con él, pero trabajaba arduamente en el campo para que no le faltara leche que tomar.

—Tío... —el niño alzó las manos para que lo subiera a la mesa. Arthur lo hizo como un autómata.

—Eres la única persona que le gusta a George, ¿verdad, cariño?

Arthur gruñó en respuesta.

El corazón de Fiona se había aligerado con la llegada de la carta de Aidan, pero Garret no había podido arreglar que el salario de oficial del capitán llegara a Brent Cross porque el conde de Kendall había movido los hilos burocráticos, y él nada podía hacer.

Arthur insistió en acompañarla aquella mañana, justo cuando ella insistió en despedirse, pero ella no se lo permitió.

—Es que no comprendo por qué no me permites acompañarte a donde sea que vayas.

El niño de tres años quería beber de la taza de té de Arthur, pero el hombre la alejó con la mano. El crío no podía beber porque contenía ron.

Fiona sabía que a Arthur le dolía el pecho, y se lo frotaba y masajeaba como si tuviera una constante tos seca, de ahí el motivo para beber ron caliente.

—Te preparé una tisana para la tos —le recordó ella.

Arthur optó por levantarse de la mesa con el crío en brazos. Era preferible la cercanía con él, que el pilluelo se bebiera su té.

—Sabe a rayos y truenos.

Fiona lo miró con censura.

—Es una cocción de verbasco, enula y regaliz.

Arthur resopló. Caminaba cerca de ella con George en brazos.

—¿Tardarás mucho?

Fiona no lo sabía. Garret le había contado una tarde en la que Fiona lo invitó a un té y él aceptó, que el padre de Aidan no aceptaba que el hijo tuviera criterio propio. Ni que tomara sus propias decisiones. El conde era consciente de que si le sucedía algo a Aidan, su imperio quedaría sin heredero. Y cuando él muriera, todo por lo que a había luchado, no habría servido de nada. Aidan no era un mal hijo, pero no sería esclavo de las ambiciones de su padre. Para huir del férreo control que ejercía sobre él, aceptó ingresar en la marina de Su Majestad, y surcar las aguas bravas del océano le otorgaba la libertad que tanto ansiaba. Para castigarlo por las largas ausencias de su primogénito, el conde le retiró la renta anual de dos mil libras. Lo dejó en la más absoluta miseria, y entonces Aidan decidió que la marina sería su vida, y que el condado podría irse al cuerno. Aidan no necesitaba el dinero de su padre, ni las tierras ni el título para labrarse un futuro lejos del tirano conde y su nefasta influencia. Fiona ahora comprendía demasiadas cosas.

—Deja que te acompañemos.

—Tengo que ir sola.

—¿Sola? ¿A dónde?

—Necesito que confíes en mí —le dijo muy seria

Fiona se acercó hasta Arthur y le dedicó una pequeña sonrisa que extendió al pequeño George, era dulce, suave. Levantó una mano para acariciarle el rubio cabello.

—No regresaré tarde.

A medio camino se detuvo a recobrar el aliento, y lo hizo en un portal oscuro. No era cobarde, pero necesitaba recuperar el ánimo. en un portal, descansando la frente sobre las rodillas. Se sentía mal consigo misma porque, por mucho que había tratado no hacerlo, se levantaba pensando en él, se acostaba pensando en él, vivía por y para su regreso. Pero tenía que parar. Continuó su camino mucho más decidida.

Y cuando estuvo parada frente a la enorme verja de la propiedad, dudó. Como no estaba cerrada con cadena y candado, la empujó con la mano, y recorrió el camino lleno de abedules. Todo era muy bonito, y elegante: los altos setos, las flores cuidadas.

Cuando llegó a la enorme casa, se quedó boquiabierta. ¡Era un palacio! Y entonces comprendió que, aunque Aidan no se comportaba como un noble, lo era. Que, aunque los trataba a Arthur y a ella como si fueran familiares, no lo eran. Carraspeó decidida, y tocó la aldaba con forma de garra. El mayordomo que la recibió, casi le cierra la puerta en la cara, pero Fiona trabó el pie en el último instante.

—Perdone.

—No damos limosnas.

—No mendigo, busco a lord Baquer.

El hombre la miró de la cabeza a los pies.

—Dudo que el señor tenga que tratar con mendigas o furcias.

Era normal que el sirviente no quisiera permitirle el paso al interior de la vivienda.

—Es urgente.

El mayordomo intentó cerrar la puerta, aplastó el pie de Fiona y ella se encogió de dolor.

—Tengo que hablar con lord Baquer sobre su hijo Aidan.

Pareció que aquello eran palabras mayores, porque el hombre cedió y la dejó pasar. La dejó plantada en el amplio vestíbulo mientras le informaba a su señor de la inesperada visita. Un par de minutos después regresó, y la condujo directamente al despacho.

La mirada helada de lord Baquer le arrancó la piel del cuerpo. Fiona intentó no esconderse en la capa militar que llevaba puesta. Quiso mantenerse erguida y firme, pero le temblaban las rodillas. No lo recordaba así de mayor cuando lo vio en el teatro, pero entonces Fiona se dijo que la culpa por las malas acciones tendría algo que ver. Creía haber estado preparada, pero no lo estaba porque sus ojos eran como dos puñales afilados que la taladraban.

Tan parecidos y tan diferentes.

—¿Qué tiene que decirme de mi hijo?

Ahora venía la parte más difícil.

—Que era su voluntad que su salario fuera destinado a Brent Cross, y la casa necesita mantenimiento.

—¡Fuera!

La echó con cajas destempladas, pero Fiona no había recorrido ese largo camino para irse con las manos vacías.

—He venido por el dinero que Aidan ha destinado a Brent Cross, el hogar de sus abuelos —su voz sonó más fuerte de lo que se sentía.

Y entonces, por la mirada del conde, supo que el hombre detestaba esa casa, y que había movido los hilos, precisamente, para dejarla en la ruina, para que no siguiera siendo el refugio donde su hijo se escondía huyendo de su auténtico hogar.

—Fuera de mi casa.

Ella se posicionó firme.

—No me iré sin el dinero de Brent Cross.

El conde estaba atónito. Esa era la querida de su hijo, la que había llevado al teatro, y la que le había hecho la reverencia más tosca y burda de todas.

—¿Qué te hace suponer, mujerzuela, que puedes convencerme? Porque nada me complacería más que verla arder hasta los cimientos

—Es la casa de Aidan Baquer —respondió con voz firme y sin emitir un solo parpadeo—. Y es su voluntad que Arthur y yo nos ocupemos de mantenerla hasta su regreso.

El hombre no contestó, y Fiona comprendió que el conde no iba a darle una libra de la asignación de Aidan. Sin ella, no podrían mantener la casa porque había que reparar otra parte del techo que la abundante y pesada nieve había estropeado. Además, dos de las alcobas tenían humedades, y la madera del suelo se estaba pudriendo.

—Me importa una mierda la voluntad de mi hijo. Aidan aprenderá obediencia, aunque tenga que ser yo mismo quién reduzca a ruinas esa maldita casa.

La boca de Fiona se abrió por la sorpresa. ¿Qué padre confesaba un sentimiento tan vil sobre un hijo? ¿Acaso no lo amaba? ¡Pues era más tirano todavía de lo que Aidan la había prevenido! Pero Fiona no pensaba marcharse con las manos vacías por la casa, por Aidan, por el pequeño George, por Arthur y por ella misma.

—Aidan volverá, y no le perdonará esto...

El conde seguía mirándola. ¿Era una amenaza? La miró con desprecio, y la despidió. El mayordomo se aseguró de pegarle un empujón en la calle que la hizo caer de costado. Fiona tardó un rato en levantarse, aún cuando la puerta ya estaba cerrada.

Sabía que el hombre cumpliría con su palabra. También sabía que ella volvería, porque necesitaban el dinero casi tanto como el respirar.

Aguardó a la vuelta de la esquina, pero comenzó a llover. Se le caló el abrigo. Tiritaba de la cabeza a los pies, aunque su resolución era inmensa. De madrugada, la soberbia casa estaba en silencio y a oscuras. Caminó a su alrededor unos minutos, avistó la ventana que buscaba, y, con esfuerzo, se encaramó por la fachada. Se quedó inmóvil cuando escuchó el rumor de conversaciones en la lejanía. Afortunadamente, nadie prestó atención a la pequeña Fiona empapada y sin fuerzas, pero con la obligación de continuar adelante.

Había hecho una promesa, y debía cumplirla.

Con dedos helados tanteó el marco de la ventana. No conseguiría hacerla ceder, de forma que colocó el codo en ángulo y le propinó un golpe seco. El cristal ofreció menos resistencia de lo que esperaba, aunque de la inercia atravesó los fragmentos que quedaron intactos, y cayó dentro de la estancia. No tenía tiempo: alguien vendría a ver qué era el alboroto. Tanteó en el escritorio para tocar solo papeles que no le servirían de nada, no sabía leer.

Descubrió que el primer cajón del escritorio tenía la llave echada mientras escuchaba voces que se acercaban. Manoseó con nerviosismo el cajón e intentó arrancarlo. Tenía que intentar abrirlo. Estrelló una figura de bronce contra el cajón una, dos, tres veces. El ruido terminó de alertar a toda la casa. Al otro lado de la puerta, alguien peleó con una llave para abrirla justo cuando el cajón salió despedido hacia atrás y aterrizó en el suelo entre polvo y papeles. Fiona se abalanzó para cogerlos todos cuando la puerta se abrió y el mayordomo irrumpió en la estancia seguido del conde.

—¡Tú! ¡Maldita bastarda! —aulló el criado precipitándose hacia ella.

Logró aferrarla del cabello y tirar de ella hacia atrás. Fiona perdió pie y notó uno de los cristales aún aferrados al marco de la ventana cortarle el abrigo y la piel. Chilló de dolor. Tenía

los dedos anclados al alféizar, no podían atraparla porque la encerrarían en el calabozo.

Se retorció desesperadamente.

El mayordomo era un hombre fuerte, aunque su pesado uniforme de librea limitaba sus movimientos, lord Baquer estaba estupefacto mirando la escena y sin atreverse a moverse. El sirviente le iba a arrancar el cabello de un momento a otro. Fiona cerró la mano en torno a uno de los cristales rotos, giró el brazo y cortó la cara del hombre. La liberó con un bramido, y Fiona cayó al vacío. La altura no era tanta y dio con los huesos en restos de barro y nieve, pero fue suficiente para aturdirlo. Le dolía todo el cuerpo, le pitaba una oreja. Se llevó una mano a la cabeza, y se obligó a levantarse.

Cuando lo hizo, comenzó a correr como nunca en su vida. Iba coja, dolorida y desorientada, pero apretaba con fuerza contra su pecho todos aquellos papeles que no sabía si tenían valor.

Irrumpió en Brent Cross agotada, aterrada, y herida. Afortunadamente, ni Arthur ni el pequeño George estaban cerca ni la habían oído.

En ese momento angustioso, mientras se recuperaba del miedo que había pasado, y de la incertidumbre que sentía, deseaba que Aidan estuviera con ella. Lo quería de vuelta.

Y por sentido inexplicable, supo que llegaría con la primavera.

Se encogió sobre sí misma todavía más todavía, rozando la nariz helada contra sus rodillas, esperando recuperar el valor que creía que le faltaba. Se negó a llorar, por mucho que se doliera las costillas, el alma entera. Se miró la mano que todavía sangraba. Y tenía rasguños en la pierna izquierda.

Tenía que dejar de compadecerse porque su familia la necesitaba.

Con esa idea dándole fuerzas, se limpió la herida con abundante agua y jabón, y después se la envolvió con un trapo limpio. Como George era tan pequeño, y ella sabía que podría sufrir más de un accidente doméstico, había hecho jirones una vieja camisa militar de Aidan, y había preparado vendas con ella.

Tardó un largo rato en tomar real conciencia de sí misma, se preparó un té bien caliente. Se sentó sobre la silla y pegó su pecho a la mesa de la cocina. De vez en cuando miraba los papeles que había robado, había muchos sobres. ¿Tal vez alguno contendría libras? Los abrió con la mano sana con cautela, advirtiendo que la mayoría estaban manchados de sangre. No consiguió dinero de ninguno de los sobres, y sintió el estómago retorcerse porque había esperado que uno de ellos contuviera el salario de Aidan.

No tenía nada, excepto sus propias heridas.

Cuando una lágrima empezó a caerle por la mejilla se la limpió con coraje. Si no podía hacer nada, no podía hacer nada. Todo aquello estaba fuera de su control, por mucho que ella quisiera sobreponerse. Aidan se había marchado, y ella y Arthur habían quedado a cargo de la casa. En ese momento de tristeza, Fiona se preguntó, si Arthur tendría razón cuando hablaba de rebelión y sindicalismo, de cambiar el mundo. ¿Tendría Arthur razón, y había que exigir que las cosas fueran diferentes? Ella no lo sabía, y, aunque era analfabeta, tenía muy claro que siempre habría alguien con poder, y que las clases sociales no se podían unir.

Siempre habría hambre, y en ese momento le rugieron las tripas.

Se incorporó, todavía agotada y dolorida, y se dedicó a preparar la cena. Miró un instante por la ventana, y vio el cielo encapotado como su ánimo. A pesar del dolor de la mano herida, Fiona pudo preparar una cena decente gracias a los alimentos que una vez a la semana les traía el marinero Garret. ¿Sabría el almirante Smith de la caridad de su hijo?

Cuando escuchó el abrupto de Arthur, supo que había visto los papeles ensangrentados. Cuando intentó preguntarle, Fiona no lo miró.

—¿Qué son esos papeles? —ella mantuvo silencio—. ¿Para esto tenías que ir sola?

—Luego te explico, vamos a cenar, ¿y George?

—Como venía dormido, lo he dejado en tu cama.

Arthur se sentó junto a ella, pero no se había llevado el primer bocado a la boca cuando la aldaba de la puerta sonó con estrépito.

Fiona no contestó. Arthur la miró perplejo. Finalmente se levantó para abrir, y ella pudo escuchar voces, aunque no entendía lo que decían. Siguió mirando su plato absorta, como si su mente no estuviera en esa cocina sino en otro lugar muy lejano: su Irlanda natal.

—¿Fiona, es el señor Smith!

El hombre acababa de entrar en la cocina y la miró con el rostro preocupado.
—Fiona, Aidan está en el hospital. Ha sido herido de bala.

CAPTÚLO 12

Catherine Baquer estaba sentada junto a la camilla de su hijo. Mirar al hombre que yacía tan quieto, y cohesionar todas las imágenes que tenía de él en una sola persona cuando no conocía los últimos diez años de su vida, le originó una sensación de angustia en el pecho. Tenía recuerdos vívidos del Aidan de seis años, que había corrido por la calle como el resto de niños de su edad, el de trece, ya demasiado serio, y el de quince, tan alto, y maduro.

Ahora su hijo tenía veinticinco años, y probablemente iba a morir.

Le acarició el cabello corto. Lo llevaba al estilo militar, aunque le había crecido tanto el tiempo que había pasado lejos de Inglaterra que algunos mechones se le iban hacia la frente. Se los echó hacia atrás, intentando despejarle un rostro que yacía plácido. Hacía tan solo seis horas, había estado curvado de dolor tras la tercera intervención. La primera se la habían practicado directamente allí en el HMS Constant Warwick, el barco que él llamaba hogar. Dos marineros habían discutido, se habían golpeado, y uno de ellos empuñaba el arma que disparó. Tratando de parar la pelea entre sus hombres, Aidan se había interpuesto en la trayectoria, y la bala había atravesado el hombro de Aidan, ahí donde se asentaba el cuello. Habían detenido la hemorragia, pero no habían podido sacarla.

La alternativa que ofrecieron fue trasladarlo a Roma en barco, donde sufrió una segunda intervención, y convaleciente y con fiebre, llevarlo de regreso a Inglaterra. Los médicos acababan de reabrirle los puntos, le desinfectaron la herida y sacaron lo que el médico italiano se había dejado dentro: un trozo de su camisa.

—Benedict, quiero afeitar a nuestro hijo.

Benedict estaba de pie junto a la camilla, había pasado las seis horas en la misma postura, sin moverse, sin emoción alguna. Se giró hacia la enfermera que se mantenía a la entrada de la habitación.

—Ya ha oído.

—Sí, señor.

—Mi niño pequeño... —Catherine sostuvo la mano de Aidan, acariciándole los nudillos.

El alboroto que se escuchó en la entrada, la hizo girar la cabeza hacia el foco del estruendo, y se preguntó si acaso a la enfermera se le habría caído la bandeja de curas, entonces escuchó las airadas voces de dos médicos, unos segundos después una figura pequeña se materializó frente a ella. Catherine no sabía quién era aquella chica ni qué hacía ahí, tampoco de qué conocía a su hijo, pero fue incapaz de impedir su acercamiento. Con una delicadeza infinita, acomodó las palmas de las manos en torno a la mandíbula de Aidan, procurando extender todos sus dedos a toda la piel que pudiera abarcar. Le sostuvo el rostro durante eternos segundos.

Entonces Benedict actuó. La sujetó del brazo, tiró de ella hacia afuera, y la abofeteó.

Fiona cayó al suelo. No pareció consciente de ninguno de los dos golpes, porque se volvió a levantar y puso de nuevo las manos en el rostro de Aidan, esas manos tan pequeñas y tan finas que parecían encajar tan bien con el mentón de él.

Era una ladrona.

—¡Sacadla de aquí y encerradla!

Su rugido resonó como un estallido en el silencio de la habitación. El médico en la puerta pareció reaccionar, y aferró a la muchacha del hombro. Ella se lo quitó de encima revolviéndose desesperada por devolver las manos a aquel rostro como si esa fuera la única cura válida: como si fuera la clave de todo. Cuando el médico trató de apartarla una segunda vez con mucha más

dureza, ella lo arañó y le empujó

Benedict aprovechó para abofetearla una segunda vez, empleando toda su fuerza

—¡Voy a matarte, puta!

La chica cayó de nuevo al suelo y gateó debajo de la camilla zafándose de él, e irguiéndose al lado de Catherine. La mujer estaba pasmada y solo podía mirarla. La miró debatirse a pesar del esfuerzo conjunto de dos hombres mucho más voluminosos que ella por sacarla de allí. Debía estar en los huesos, y sin embargo luchaba como una fiera con los ojos fijos en el rostro de Aidan.

Catherine reaccionó.

—¡Basta! Mi hijo está convaleciente.

El movimiento se interrumpió. El doctor dejó de tirar de la joven, que por fin pudo apoyar la mano que no tenía vendada en la cara de Aidan, Catherine entendió. Miró a su marido que tenía la cólera marcada a fuego en el rostro. Ella no se había enfrentado nunca a su marido, pero esa muchacha lo había hecho.

—Todos fuera de aquí.

Catherine miró a Benedict, y Benedict la miró a ella, primero con desconcierto, un segundo después con inmensa ira. Estaba siendo humillado por una pordiosera salvaje y por su propia esposa.

—Vete —le dijo con voz fría.

Su mirada prometía castigo, y, el desaire de su mentón les anunció que ojalá se murieran todos. Catherine estaba muy decidida a que allí no se muriera nadie, mucho menos su hijo. Observó su espalda mientras salía de la habitación, quedó solo uno de los médicos que lo habían.

—No es bueno que la mujer continúe aquí —advirtió—. Quién sabe la de piojos y chinches que puede llevar.

Podría ser cierto porque la muchacha se veía muy humilde.

—Tráigame a alguien de mi personal —el médico no obedeció. Catherine le clavó una mirada reprobatoria—. Mi hijo se viene conmigo.

Ella ya no iba a dejar a Aidan solo, sobre todo porque estaba segura de que su marido podría volver con aviesas intenciones.

—Soy pobre, pero no tengo piojos, ni estoy sucia —la escuchó decir con voz temblorosa—. Y no pienso moverme de aquí. ¡Nadie me moverá de aquí!

Después de observarla durante un momento largo, Catherine comprendió que la muchacha estaba allí para morir con Aidan, si su hijo moría esa noche. Estaba allí para seguirlo a donde fuera. Su corazón se ensanchó de sufrimiento y dicha al mismo porcentaje. Y decidió no preguntar, hizo un leve gesto con la cabeza, y salió en silencio, dándoles unos minutos sin su presencia, aprovecharía para enviar un mensaje a comandancia. El almirante Smith, su tío, tenía mucho que contarle, y le pediría un guardia para que vigilara a la chica: le aterraba las represalias que pudiera tomar Benedict. Confiaba en Robert Smith lo suficiente como para creer que enviaría a su propio hijo, pero no fue Garrett quién acudió, sino un soldado grande de espeso bigote y pronunciado ceño que se colocó al otro lado de la cortina y se quedó inmóvil, los ojos fijos en la entrada. Le propició la suficiente sensación de seguridad como para que Catherine soltara el aire que retenía y se deshiciera en la silla junto a la camilla, apartada y a la vez presente.

No fue hasta que pasaron diez horas y ocho visitas del doctor, que Catherine se atrevió a preguntar:

—¿Lo amas?

Por qué esas manos que le sostenían el rostro, por qué ese empeño en mirarlo, solo hablaba de amor.

—Con toda mi alma —respondió la muchacha.

Catherine la entendió. Y se preguntó si su hijo sentiría lo mismo por ella. Aidan siempre se había sentido inclinado por la justicia. Cuando era un niño, trataba a los hijos del servicio como si fueran sus propios hermanos. Así que era muy probable que sintiera algo por esa chica zarrapastrosa.

—Mi Aidan no se merece un padre como el que tiene.

¿Había dicho mi Aidan? Catherine la miró sorprendida.

—¿Habéis intimado? —cuando el rostro de ella ardió como un pira, supo que sí sin necesidad de que le respondiera.

—Aidan no se parece en nada a ese monstruo que tiene por padre.

Catherine se miró la punta de los zapatos y llenó el silencio con su aterciopelada voz:

—Cuando conocí a Benedict, era un hombre muy distinto. Incluso podría haber dicho que era alegre. Después de nuestro matrimonio, y semana a semana, se fue consumiendo en ese despacho. Dejó de interesarle su hogar, los amigos, su propia esposa. Todo se redujo a la ambición de poder. Siempre a querer algo más porque lo que tenía no era suficiente. Y después vino Aidan y pensé... no lo sé. Tal vez fui una ingenua. Aidan nos distanció incluso más. Y a pesar de ello y por fortuna, mi hijo no es como su padre.

Quería explicarle a aquella desconocida algo importante: quería decirle que sentía haber fracasado como madre al no poder a su propio hijo una familia, ni un hogar, y viendo cómo el resentimiento entre los dos hombres de su vida, crecía hasta romper lo que quedaba de la unidad entre ambos, y quería decirle, sobre todo, que agradecía que al otro lado de todas las cosas estuviera ella: dispuesta a todo en este mundo por su hijo.

—Mi hijo no es como su padre —repitió, para hacerlo más real, más tangible—. Aidan es... tan dependiente como yo. Posiblemente esa sea su cruz. Desde niño se metía en problemas por otros. Una vez asumió las culpas de un desvergonzado del personal que rompió mis porcelanas más preciadas. Tenía siete años —hizo una pausa, tomó aire—. Benedict lo castiga por ello. Una y otra vez, una y otra vez, una y otra vez. ¿Qué podía hacer yo? ¿Llevármelo? ¿Esconderlo? Pero es bien cierto que Benedict nunca entenderá que su propia sangre no es del color rojo que él quiere que sea. Aidan carece de ambición por el poder. No quiere dinero, ni prestigio. Solo quiere...

—Una familia —completó la desconocida por ella.

Su pecho apenas se movía. Sus ojos eran muy, muy negros.

Catherine no tenía ninguna duda de que eso era lo que la chiquilla simbolizaba para Aidan. Un punto de equilibrio. Una razón de existencia, de lucha. Una esperanza: si ella existía, su padre no lo tenía todo. La mujer se reclinó en la silla y cerró los ojos. Ese era un buen orden en las cosas: ella ya no podía proteger a Aidan, no podía hacer nada por él. Tenía su propia batalla intentando sobrevivir a Benedict, y a la idea de un matrimonio que no había funcionado porque todo lo que ella representaba no era suficiente para su marido. Y estaba bien, ya lo sabía. Las necesidades de Benedict no definían el valor de la vida de Catherine. Le había llevado más de una década entenderlo, igual le faltaba otra década más para asumirlo. Ambos, tanto ella como Aidan, tenían derecho a una existencia al margen de Benedict.

Solo que su marido no lo entendía. Y no todas las formas de rebelarse eran adecuadas. Catherine se sentía cansada.

En algún punto de la noche escuchó movimiento y se despertó creyendo que Aidan sufría. No: ella se había levantado de la cama y se estaba calzando.

—¿Te vas? —se sorprendió a sí misma preguntando.

—Volveré en unas horas. Tengo que hacer la comida. Tengo que decirles que sigue vivo.

No preguntó a quienes. La observó mirar a Aidan, toda ella dolor en un cuerpo. La vio acariciarle el pelo, prometiendo que en nada estaría allí de nuevo.

CAPÍTULO 13

Arthur casi se abalanzó sobre ella en cuanto regresó. Fiona le hizo un gesto, pidiéndole un momento. El hombre llegó a extender una mano para sostenerle el codo, y eso fue todo lo que necesitó para derrumbarse.

—Está vivo. Está bien. El doctor dice que si sigue así en las próximas veinticuatro horas saldrá de riesgo, y le bajarán la dosis de morfina para que despierte.

Arthur tardó aún un rato más en asimilar sus palabras.

—El pequeño George se ha mostrado muy inquieto.

—¿Dónde está?

—Duerme...

Fiona terminó por mostrar una sonrisa. ¿Qué habilidad oculta poseía Arthur que lograba dejar dormido al niño siempre que ella se marchaba?

Fiona caminó hacia la cocina con pasos lentos y pesados, luchando contra sí misma para no dejarse vencer por el agotamiento, y para no salir corriendo de vuelta al hospital. La separaban muchas millas de distancia, pero quería estar allí con él todo el tiempo del mundo.

—¿Cómo lo haces? —le preguntó finalmente a Arthur—. ¿Cómo logras que se duerma tan rápido?

—Yo no lo mimo tanto...

Fue verlo allí, de pie en la cocina, apoyado más en una pierna que en la otra, demacrado, y preocupado lo que la hizo entender la verdadera magnitud de los sentimientos de Arthur por Aidan.

—Estoy aterrada, aún tiemblo.

Sabía que el agotamiento era el escudo de su cuerpo frente al miedo: miedo de que Aidan se fuera de verdad, para siempre, y la dejase allí sola.

A pesar de lo que sentía, Fiona preparó la cena para ellos, y para el pequeño George, también la comida del día siguiente, aunque no consiguió comer nada porque un nudo le cerraba la garganta.

—¿Vas a regresar esta noche con él?

Fiona hizo un gesto afirmativo.

—He venido solo para prepararos la cena y para pedirte que cuides del pequeño.

Caminó de madrugada todas las millas de vuelta al hospital escondida en esa capa que ya era parte de sí misma. No obtuvo impedimentos por parte del personal sanitario para entrar a las dependencias privadas. Catherine seguía estando allí.

—Debe alimentarse, yo lo cuidaré mientras tanto —le ofreció.

—Tú, ¿has podido comer algo?

—No me pasa la comida garganta abajo —le confesó.

—Quizás un té nos vendría bien a las dos —dijo la madre.

Fiona le sonrió.

—Iré a pedir que nos traigan un té para ambas.

La mujer se fue, y Fiona se dedicó a observar de forma minuciosa, la figura quieta de Aidan. Mientras le acariciaba el cabello pensó en llevárselo del hospital, podría tenerlo solo para ella, pero un segundo después pensó en Arthur, en el pequeño George, a ellos nunca podría dejarlos. No podría marcharse, sin embargo, la nueva paz que sentía en aquella habitación del hospital, hablaba de algo tan fuerte como frágil: esperanza.

Fiona miraba el pecho de su capitán hincharse y deshincharse con la entrada de oxígeno, y se dijo que tendría que decirle muchas cosas cuando despertara. De pronto, el almirante Robert Smith irrumpió en la habitación para visitar a su ahijado. Había una expresión contrita en su rostro que Fiona no le había visto nunca. Cuando la vio, una pequeña luz de reconocimiento asomó a sus ojos.

—Tú eres la moza con la que se entretiene mi hijo —Fiona no sabía si había ido para visitar a Aidan o para lanzar acusaciones, pero se encogió un poco. No le gustaba su autoridad, ni su porte. No le gustaba su tono de voz—. ¿Cuándo lo viste por última vez?

—¿A Garret? —pregunto.

Podría decirle que lo había visto el pasado miércoles cuando le llevó la caja de comida, pero Fiona no era estúpida. Por la alarma en el semblante del almirante, supo que había algo que no encajaba, algo que terminaría irremediablemente implicando a Aidan. Sus brazos se ciñeron a él un poco más protectores.

—¿Por qué? ¿Ha sucedido algo?

Si le había pasado algo a Garrett seguramente tendría que ver con que se viera con marxistas y anarquistas a las afueras de la Fulham. La ausencia de respuesta masculina, así como el brillo peligroso que asomó a sus ojos, le confirmó lo que sospechaba: tenía conocimiento de lo que hacía su hijo clandestinamente.

Robert Smith era igual que lord Baquer: su sentido de la moralidad respondía solo a sus propios intereses. Quería que aquel hombre se fuera, y no volviera nunca. Que no tuviera nada que ver con Aidan. Así que en cuanto vio que volvía a abrir la boca, se adelantó:

—Necesita descansar —claramente Fiona se refería al herido.

Se le saltó el corazón en el pecho con fuerza ante la expresión del hombre, pero no se retractó, ni se movió.

—Cómo te atreves.

Era muy sencillo: el mundo se quedaba al otro lado de aquella cortina. Aidan ya había hecho bastante encubriendo a Garrett, no se merecía continuar cargando con responsabilidades que no eran suyas.

Robert Smith avanzó un paso. Se sentía tan agraviado que la ira de su mirada rivalizaba con la de ella.

—¿Qué sucede aquí?

La voz no era la de Fiona, y el pecho le dio una sacudida con tanta fuerza, que creyó marearse en el instante en el que rompió el contacto visual para girar la cabeza y mirarlo. ¡Aidan estaba despierto! A pesar de parecer pálido y cansado, el verde de sus ojos estaba muy vivo.

—Quería saber cómo se encontraba mi ahijado.

—Gracias, padrino.

Aidan hizo amago de incorporarse en la cama y su expresión se contorsionó en dolor. Se quedó inmóvil, llevándose una mano cerca de la herida. Fiona casi no podía respirar.

—Habla mañana, no te preocupes —aceptó al oficial.

—Lo estaré esperando.

Aidan se recostó de nuevo y cerró los ojos.

El oficial tensó la mandíbula y se marchó con la espalda muy recta, y dando un portazo al salir.

Fiona lo miraba fijamente sin decir nada.

Había soñado con eso. Lo había pensado cada minuto: qué diría al despertarse, si podría seguir tocándolo. Había soñado con decirle que pensaba todos los días en él, que la casa estaba vacía, que no tenían sentido las calles, y, sin embargo, las palabras huían de su boca, le dolía el pecho, le temblaba el cuerpo, se ahogaba.

Entonces, Aidan dijo:

—¿Sabes, pequeña? Te leí un poema cada día.

Y Fiona rompió a llorar.

CAPÍTULO 14

Benedict Carlton Baquer no estaba sentado detrás de su escritorio. A pesar de mantener la expresión cuidadosamente guardada, había un cansancio en sus ojos fríos que lo delataba. Aidan fingió que no le costaba esfuerzo estar de allí pie allí recién salido del hospital. Ni siquiera había podido ir a Brent Cross, su padre no lo había permitido.

Su madre se había marchado al norte de Inglaterra con su hermana. No le hacía falta preguntar para saber que era la forma que tenía su padre de castigarla. Lo había hecho en el pasado otras veces. Tensó la boca un poco, se disculpó en silencio por no poder ayudarla, y pensó que tal vez así era mejor. Así, solo él cargaba con el demonio.

Finalmente su padre lo miró, y se sostuvieron la mirada. Eran casi de la misma altura.

—El marinero que te disparó ha sido destituido y está en la cárcel. Conseguiré que lo extraditen a Inglaterra.

La protesta murió en su garganta. No serviría de nada: la ira de los ojos de Benedict era una promesa. Pareció que la aceptación de Aidan templó su ánimo y dejó de recorrer la estancia a zancadas. Permaneció junto a la mesa, pero a una distancia que podría tomarse como autoritaria.

—Vengo a reclamar la totalidad de mi salario, ese del que te has apropiado sin mi permiso —se atrevió a decir en esa pausa. Su padre enarcó las cejas con sarcasmo. Aidan apretó los dientes. Odiaba aquello. Odiaba a Benedict con todas sus fuerzas—. No lo repetiré.

—Ya he firmado en tu nombre el acuerdo nupcial. El desenlace tendrá lugar la primera semana de mayo.

Aidan estalló en carcajadas.

—Ya no soy un niño pequeño al que ordenar y amedrentar.

Su padre levantó una mano para callarlo, y con un brillo peligroso en su mirada.

—Tengo controlada y vigilada a esa puta que escondes en Brent Cross. Desobedéceme, y la arrastrarán por las calles atada a un caballo como castigo ejemplar.

Aidan palideció. Miró la pistola de su padre que estaba sobre la mesa del escritorio.

—Te mataría si lo hicieras —sentenció.

Si tocaba a Fiona, lo mataría.

—Pero ella ya estaría muerta, ¿no es cierto?

Eso fue lo último que Benedict tenía que decir. Se sentó detrás de su escritorio, abrió uno de sus cuadernos de cuentas, y lo ignoró. Aidan vio cómo se lo arrebatava todo por segunda vez: su independencia, su control, su futuro. Fiona... pero no lo permitiría.

—Tóquele un solo cabello de la cabeza, y Abbey Kendall arderá hasta los cimientos.

El padre miró al hijo con una sorpresa que trató de ocultar. Era la primera vez que lo amenazaba, y por el brillo de sus ojos supo que hablaba en serio.

—¿Quemarías esta casa y todo lo que te pertenece? Porque está destinado a ser tuyo algún día.

Aidan sintió ganas de escupir.

—¡Suyo, no quiero nada! —gritó sosteniéndole la mirada al mismo diablo.

—Me obsederás —afirmó el padre.

—Ya no soy un niño pequeño —comenzó a decir Aidan con voz que parecía de ultratumba—. He regresado de entre los muertos, y nada ni nadie de esta vida ni de la otra, lograrán que yo obedezca una sola orden suya.

Los ojos de Benedict lanzaban llamaradas de ira.

—Te casarás con la mujer que he elegido para ti.

Aidan no podía dejar de mirar a ese hombre extraño que se hacía llamar su padre.

—Fiona Connor es la mujer de mi vida, será la madre de mis hijos, y el ángel que me mantendrá apartado del mismo diablo, usted.

Lord Bequer se levantó de la silla de forma tan brusca que terminó volcándola.

—¿Esa es tu última palabra?

Aidan hizo algo impensable, rompió a reír, y una vez que empezó, ya no pudo parar. Casi se doblaba en dos debido a la risa.

—Juro que mataré a esa puta y reduciré Brent Cross a cenizas.

El rostro de Aidan se puso serio de inmediato. Camino dos pasos, se paró frente al escritorio de su padre y lo golpeó con los puños apretados.

—Inténtelo, y desatará al diablo que llevo dentro. El que sueña con arrancarle las entrañas, que vive y respira por y para la venganza, el sediento de sangre y justicia... ese que usted educó y crío, padre.

Benedicto no dijo nada más, y esas palabras fueron las últimas que le escuchó a su hijo. Aidan salió de esa casa sin mirara atrás. Caminó despacio porque se cansaba. Llegó a Brent Cross cabizbajo y silencioso. Le pesaban los huesos, y cuando entró la casa, se encontró con la desolación: el olor a humedad le llenó los pulmones. Otra parte del techo se había desplomado por el peso de la nieve. Ese invierno en Inglaterra había sido el más duro que recordaba. Sus pies continuaron hacia la habitación del final del pasillo.

En su interior, Fiona remendaba una camisa de niño pequeño que tenía un desgarrón a la altura del hombro izquierdo. Se sentó junto a ella. No sabía qué decir. Querría haberle dicho que era extraordinaria. Que estaba allí, viva, y que había conseguido que él viviera también. La había añorado tanto.

Terminó por soltar un suspiro largo al mismo tiempo que hundía los hombros.

—¿Ahora remiendas para otras familias? —dijo lo primero que pensó.

Fiona lo había preparado todo con cuidado porque no le había hablado del pequeño George.

—Este remiendo no lo cobraré —respondió con una sonrisa.

—¡Lo lamento tanto Fiona!

Ella pausó las puntadas y lo miró.

—¿Qué lamentas?

—La casa está echa un desastre.

—La casa sobrevivirá.

—¿Y nosotros? ¿Sobreviviremos?

Lo miró furiosa arrojando la camisa lejos de sí.

—No te atrevas a venir aquí después de días sin aparecer, después de prohibirme estar en el hospital, y ahora te compadeces, te conformas. No te atrevas, Aidan Baquer —Fiona temblaba—. No te atrevas a aparecer aquí y decirme que te rindes.

—No voy a rendirme.

—Pues no te atrevas a venir aquí y no abrazarme.

Aidan inhaló de golpe. En la mirada de Fiona ya no había ira, solo tristeza. Se acercó, se sentó a su lado en el lecho, y le abrazó con fuerza pero con cuidado porque estaba todavía convaleciente.

—No te merezco...

Estaba claro que ella no pensaba igual.

—Yo te convenceré de lo contrario.

Fiona le acarició el pómulo, el mentón, el labio inferior, las comisuras de la boca. Parecía que quería deshacerle todos los nudos que mostraban su rostro herido.

—No puedes volver a marcharte —susurró sosteniéndole la mirada.—. Quédate aquí todas las noches de todos mis días —él, le puso un dedo entre los dientes.

—Soy un diablo, terminaría corrompiéndote.

Fiona entendió en esas palabras, toda una vida de desdichas.

—El diablo es tu padre, y tú no eres como él.

—¿Cómo sabes que no lo soy?

Ella se tomó un tiempo en responder.

—Porque un ángel jamás se enamoraría del demonio...

El corazón de Aidan corría como nunca en su vida.

—Mi padre no me dejará en paz —era una confesión doliente y sincera—. Hará lo imposible por separarnos.

Fiona lo miró atenta.

—¿Y qué importa lo que él quiera? Eligió su destino como tú has elegido el tuyo.

—¿Y qué has elegido tú, Fiona?

Esa pregunta tenía una fácil respuesta, y se la ofreció.

—Eres la promesa que calma mis temores. La mañana de verano que espero en enero. Eres toda mi esperanza, y, lo más importante de todo, Aidan, eres el fuego encendido de mi hogar en el invierno.

—¡Dios bendito, Fiona!

Las palabras de ella le habían calado muy hondo, y comenzaban a echar raíces en su sangre, en su alma.

—Te amo, Fiona Connor, y lamento no habértelo dicho antes de irme.

Las manos de ella acariciaban su rostro.

—Siempre lo he sabido, Aidan Baquer.

Aidan se encontró sonriendo, y se relajó a su lado por primera vez en mucho tiempo. Y entonces ella, comenzó su ataque.

Las manos femeninas volaron sobre su cuerpo tironeándole de la camisa, y arrancando a su paso los botones que la cerraban mientras él no dejaba de abrazarla mientras la recostaba de espaldas.

—No te haré daño —le dijo ella con los labios entreabiertos.

Aidan la miró atónito.

—Yo soy el hombre —le recordó—, porque parece que lo has olvidado.

—¿Aidan...?

No era el momento de las preguntas ni el momento de responderlas. Era el momento de saciar el deseo contenido. De calmar la pasión por tanto tiempo reprimida. Era el momento de llevar su lujuria hasta la última de sus consecuencias. Cayeron sobre el colchón en una maraña de miembros mientras se besaban salvajemente. Ambos buscando en el otro lo que sabían con certeza que les ofrecía: pasión de locura sin límites. Las ropas volaron por la habitación. Un sonido de ropas rasgadas seguía al siguiente mientras los cuerpos rodaban sobre el amplio colchón de plumas.

Fiona temía hacerle daño, pero Aidan llevaba especial cuidado para que no lo hiciera.

El miembro de Aidan estaba duro como una roca, tanto, que dolía. El sexo de la joven estaba húmedo por su necesidad. Los pechos eran duras cimas cuando el hombre los tomó en su

boca. Ambos giraron abrazados hasta quedar de costados. La joven subió una de sus esbeltas piernas hasta la cintura de él con la rodilla flexionada, y el pie se instaló en la base de la espalda de él. Emma tanteó entre sus cuerpos hasta aferrar con su mano el grueso, pesado y rígido miembro. Separó las piernas, y lo ayudó a encontrar el pasaje hacia el interior de su cuerpo. Aidan se movió levemente cuando encontró la húmeda cueva, y, cuando estaba justo en la entrada, con un rápido y brusco movimiento, se enterró en ella hasta la base. Aidan pensó que para él era como desvirgarla de nuevo. El cuerpo de ella protestó ante la ansiada invasión. Habían sido muchas semanas y meses de espera. Y, allí, entre sábanas de algodón basto, los dos encontraron el éxtasis tanto tiempo negado. Mirándose a los ojos el uno al otro. Con las manos aferradas al cuerpo de su amante, para que las embestidas rápidas y profundas de él la hicieran de nuevo alcanzar el cielo. Cuando él se corrió dentro de ella invadiéndola con su cálido y ansiado semen, sus estremecimientos se unieron con los de él. Jamás olvidarían lo que significaban el uno para el otro. Sus cuerpos no lo harían, sus almas tampoco. Ni él ni ella amarían así a nadie más. Era algo que ellos habían aprendido desde la primera vez que estuvieron abrazados. Un grito femenino inundó el frío día. Un jadeo de satisfacción masculina le acompañó. Y los dos cuerpos aferrados el uno al otro sobre la blanca cama cayeron en un saciado sopor. Ni él tuvo deseos de salir de aquella cálida gruta, ni ella le hubiese dejado escapar. Con el miembro de él aún enterrado en su cuerpo, Fiona cayó en los apacibles brazos de Morfeo, y con el calor de Aidan arrullándola en una acogedora cuna.

Él la siguió segundos después.

Se amaron de nuevo cuando despertaron minutos después. Era como si no pudieran saciar el hambre que los corroía desde hacía años. Eran dos hambrientos que por fin estaban dándose el ansiado festín. Pero la tormenta siempre acaba y la paz también llega. Y cuando ésta llegó, también lo hicieron las palabras. Las preguntas obtuvieron respuestas y la alegría del encuentro dio paso a la pena el tiempo desperdiciados en silencios. La joven se levantó de la cama. Apenas si podía andar. No se había sentido así desde la primera vez que la hizo suya. Y se sentía plena, saciada, agotada. Humedeció un paño en el agua de la jarra de tocador que había en la habitación, y se limpió los muslos. La frescura del paño alivió su sexo pero no calmó el ardor que aún palpitaba en él. Desde la cama, Aidan la observaba sin perderse detalle.

—Fiona, tenemos que casarnos... —no se lo pidió, se lo ordenó, pero a ella le dio igual porque solo quería pasar el resto de sus días junto a él.

—Tengo que hablarte de alguien.

El tono de ella desató las alarmas dentro de la cabeza de él.

—¿Sobre quién tienes que hablarme? —le preguntó con mirada inquisidora.

Ella se veía visiblemente nerviosa cuando regresó a la cama junto a él.

—Tengo que hablarte de George.

Aidan parpadeó levemente.

—¿Quién es George, y que poder tiene sobre ti?

Ella se mordió ligeramente el labio inferior.

—George es mi hijo...

Arthur regresaba de una reunión del sindicato. Le sorprendía que Fiona no quisiera saber nada sobre el tema. Ya habían hablado de aquello otras veces, de cómo Inglaterra pertenecía a la clase obrera. Fiona no entendía mucho de clases, pero sí de arar la tierra, y la tierra era de quienes la trabajaban. Había preguntado si quitarles el poder a los ricos les haría libres, y Arthur le había contestado que sí.

Por eso había estado allí escuchando al bolchevique hablar sobre la muerte de la aristocracia en la nueva era. Sabía que Inglaterra tenía que cambiar, que ellos podían cambiarla. Entendía que alguien tendría que escucharles en algún momento, sobre todo si hacían suficiente ruido.

El pequeño George estaba dormido sobre su hombro. Tiempo atrás, Arthur había entendido que paseando al pequeño, jamás despertaba sospechas. Por ese motivo mentía a Fiona para que le permitiera salir a pasear con él. Ningún policía preguntaba a un padre que paseaba a su pequeño.

Cuando regresó a Brent Cross, se sorprendió de ver al capitán sentado junto a la mesa de la cocina. Fiona le había preparado un té. Quiso el destino o la suerte, que el pequeño se despertara en ese preciso momento.

—¿Mami? —la llamó restregándose los ojos.

Ella lo cogió en brazos con una sonrisa enorme en el rostro.

—¿Quieres un poco de leche tibia? —le preguntó.

—¿Con galletas? —quiso saber el niño.

Hacia muy poco que las había probado, y de repente, su atención se centro en el extraño que estaba sentado a la mesa. De forma instintiva se abrazó más fuerte al cuello de Fiona.

—Si no te asustas del tío Arthur, ¿vas a asustarte del capitán?

—¿Apitán? —preguntó.

Todavía no hablaba de forma correcta, sobre todo porque había sido un niño de la calle que solo recibía golpes y maltrato. Tenía sólo tres años, y había sufrido lo indecible.

—El mocoso siempre tiene un hambre canina.

Apuntó Arthur al mismo tiempo que se echaba té en una taza.

—No soy *ocoso*... —protestó el niño muy serio.

Aidan estaba callado porque no podía decir nada sin que le temblara la voz. Fiona le había contado cómo encontró al niño tirado, sucio, y lleno de chinches en una callejuela del mercado. Seguramente sería el hijo de alguna prostituta borracha que se había desentendido de él. Era la forma más fácil para ellas. Dejar a sus vástagos en medio del gentío. Pero el diablillo había tenido mucha suerte al tropezarse con Fiona. El ángel que irradiaba luz en medio de la oscuridad.

—Bebe despacio —le dijo al niño en un tono autoritario—. O te atragantarás.

El pequeño hizo un mohín con la boca al creerse reprendido. Fiona lo apuró a que se terminase la leche, y lo cogió en volandas.

—Le daré un baño, lo acostaré y regresaré cuando se duerma.

Los dos hombres se quedaron sentados en la cocina, y mirando el hueco vacío que había dejado Fiona tras llevarse al niño.

—Le dije que no debía quedara con él —le reveló Arthur.

Aidan apretó los labios.

—Si no fuera por Fiona, ese niño estaría muerto en la calle.

Arthur entendió la crítica en sus palabras.

—Fiona no puede salvar a todos los niños de Inglaterra —protestó el otro con semblante

serio.

Aidan tomó un sorbo de su taza de té.

—No, no puede, pero si cada uno hacemos nuestro trabajo, todo puede funcionar.

Arthur vio la oportunidad perfecta de hablarle sobre las reuniones a las que asistía. Y lo hizo con entusiasmo.

—El comunismo defiende una igualdad sin clases, sin propiedades privadas.

Aidan tenía el ceño fruncido.

—Los ideales esclavizan a los hombres —contestó el capitán—. No se puede establecer un símbolo si no se cree en él.

—Pues es por creer que se ha cambiado el mundo antes.

—Sí, muy bien. ¿Qué crees que vas a conseguir yendo a esos mítines y llevándote al niño contigo? Que te echen, y que os detengan. Te he explicado cientos de veces por qué un sistema comunista no funcionaría en Inglaterra, y aún así eliges creerte los cuentos de un ignorante subido a varios palés en la fábrica en lugar de escuchar a alguien que, al contrario que tus amigos revolucionarios, ha tenido la oportunidad de leer las teorías marxistas. ¿No te esclaviza esa fe ciega con la que defiendes tus ideas? ¿Te has olvidado que para conquistar el poder quieren instaurar una dictadura, y que eso es la absoluta represión de las libertades?

Arthur tenía los puños crispados y la boca torcida en una mueca. No era la primera vez que discutían, tampoco la primera en la que el capitán cuestionaba sus posiciones.

—No mereces a Fiona.

—Créeme, lo sé.

CAPÍTULO 15

A finales de abril las tensiones políticas en Europa eran el único tema de conversación. Había rumores de que podrían acabar en guerra.

Arthur, George y ella iban camino de Primrose. La nieve se había retirado semanas atrás, y ya aparecían los atisbos de una primavera tardía. retiró hacia semanas, para descubrir el inicio de una primavera tardía. Todo estaba salpicado de pequeñas flores blancas y amarillas. El verde de la naturaleza podía respirarse.

Fiona tuvo que correr para poder mantener el paso de Arthur, y lo reprobó. El pequeño pesaba mucho, y se había cansado de caminar.

—No puedo seguirte el ritmo —Arthur paró sus grandes zancadas.

Se giró hacia ella, y bajó los ojos.

—Me marchó de Brent Cross.

Fiona no conseguía entender por qué la había estado evitando, pero si era espacio lo que necesitaba lo aceptaba.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido? ¿Habéis discutido Aidan y tú?

—Nao —hizo una pausa—, pero necesito que me prometas que no tratarás de convencerme de lo contrario.

No conseguía entenderlo.

—No pienso hacer algo así.

Fiona seguía con los ojos al pequeño George que corría tras una mariposa.

—Prométemelo, Fiona.

No supo qué la hirió más: si que se lo pidiera, o que no pudiera prometérselo.

—No.

—Me marchó a la misma hacienda que mi padre. Me han ofrecido un puesto de trabajo allí.

Arthur avanzó un paso. Fiona intentó no llorar.

—Eres de la familia —fue una súplica—. Eres el hermano que nunca tuve.

Había sufrido mucho con él. Con la ausencia de Aidan, y en lo más crudo del invierno, se habían sostenido el uno al otro.

—Entonces, ven conmigo, Fiona —le soltó en un susurro quedo.

—Aidan no te merece, y su padre jamás os permitirá que estéis juntos.

Fiona se descompuso. Fue incapaz de decir nada, tiempo que aprovechó para sorber e intentar recomponerse.

—Solo hay que comprar los billetes de tren. Nos iremos de Brent Cross. Por favor, ven conmigo. Deseo salvarte —ella le colocó ambas manos en el pecho.

—Jamás abandonaré a Aidan.

—Él tiene que abandonarte.

Su angustia era tan grande que creyó que vomitaría el alma.

—Tiene un acuerdo nupcial con una tal Anastasia. Las amonestaciones ya han sido publicadas. Además, tiene responsabilidades políticas como futuro conde de Kendall. Su vida es la marina, y su padre no le dará opción a nada que tenga que ver contigo. ¿Quién eres tú Fiona Connor para inmiscuirte en esa vida tan minuciosamente planificada?

La revelación la aplastó. Retrocedió como si hubiera sido abofeteada. Esa vez ni siquiera pudo llorar, tenía los ojos secos, heridos de muerte, esperando que Arthur le dijera que era una broma.

—Aidan me quiere.

Susurró como si al decirlo lo ratificara.

—Por favor, Fiona —la voz de Arthur insistió—. Te digo la verdad.

—No —negó casi con un grito.

Incapaz de quedarse más tiempo, Arthur dio unos pasos cortos y después pasó de largo junto a ella. La dejó sola allí, a los pies de la colina de flores.

El viento le agitó el cabello, y entonces se escuchó un disparo.

Su madre Catherine había llegado del norte para estar con él. Scotland Yard investigaba el origen del disparo que había impactado de lleno en Fiona que en ese momento se debatía entre la vida y la muerte. Y se sorprendió de veras cuando vio a su hijo sentado con un niño pequeño en los brazos, se había dormido.

—Aidan —lo llamó la madre al mismo tiempo que tomaba asiento a su lado.

Cuando el hijo la miró, tenía los ojos anegados en lágrimas.

—Si muere, juro que lo mataré.

Catherine había tenido mucho tiempo para pensar, y llegó a la conclusión de que estaba cansada de callar y de esconderse.

—¿Quién es ese pequeño? —en el rostro maduro había una sonrisa tierna.

—Nuestro hijo —reveló con los dientes apretados.

La mujer se llevó la mano al pecho.

—¡Aidan! ¿Cómo no me lo has dicho?

El hijo giró el rostro y la miró, y en su mirada reveló años de sufrimientos por culpa de su silencio y aceptación. Su madre había permitido que su padre lo hiciera un completo desgraciado. Un momento después bajó la mirada, y pensó en Fiona, en esa extraordinaria muchacha llena de luz que había acogido bajo su seno a un completo desconocido. Había cuidado al pequeño George como si fuera realmente suyo, y la amó todavía más. Fiona era con respecto a su madre la luz.

—Me siento culpable —admitió la mujer que no podía apartar la mirada del bello rostro infantil.

El corazón se le derretía de dicha. ¡Su pequeño era padre!

—Motivos tienes para sentirte así —le reprochó.

Quizás fue el tono de su voz o su postura tensa, pero el niño abrió los ojos.

—¿Papi? —preguntó mirando a la desconocida.

—Hola, precioso, soy tu abuela.

Aidan no sentía ningún remordimiento por mentirle a su madre sobre el niño, porque había decidido quedarse con el pequeño. Iba a ser su padre en todos los sentidos. Cuando iba a responder, el doctor hizo su entrada en la sala.

—Dámelo, yo lo cuidaré mientras hablas con él.

Como el niño no parecía afectado, Aidan aceptó. Y George pasó de los brazos de un hombre a los de una mujer sin apenas inmutarse. Que esa señora tan distinguida lo colmara de atenciones, debió gustarle mucho porque sonrió natural en su presencia.

El doctor expuso a Aidan la gravedad de Fiona, pero había salido de peligro. Se recuperaría, aunque le iba a quedar una fea cicatriz en la frente. Si el tirador hubiese apuntado unos milímetros más hacia la izquierda, le habría dado en la sien, y habría muerto en el acto. El doctor le anunció que Fiona estaba encinta, y que se recuperaría.

Aidan sintió que las piernas dejarían de sostenerlo, y tuvo que apoyarse en el brazo del doctor.

—¿Se encuentra bien?

—¿Puedo pasar a verla?

El doctor hizo un gesto con la cabeza.

—La mantendremos sedada hasta que le baje la inflamación. No podrá recibir visitas.

Aidan regresó al lado de su madre y tomó asiento junto a ella. El pequeño George examinaba con atención el collar de perlas de ella.

—¿Cómo está? —le preguntó la madre, y en su voz había sinceridad.

—Ha salido del peligro.

—¡Pequeño, tu madre está bien! —exclamó Catherine con júbilo.

—Vamos a tener un hijo... —se le notaba la emoción en la voz. A la madre se le llenaron los ojos de lágrimas—. No voy a permitir que mi padre vuelva a poner en peligro a mi familia.

Catherine lo entendía muy bien. Ella había vivido durante años como una muerta en vida, y su hijo todavía más. Ahora, sosteniendo a ese pequeño entre sus brazos, sintió que no podía quedarse quieta.

—Madre, tengo informes en mi poder que implican a padre en asuntos turbios. Y cuando supe lo del disparo a Fiona, fui a Abbey Kendall hecho una furia, y lo golpee, y no puedo arrepentirme porque si Fiona hubiese muerto, yo lo habría matado.

Fiona le había dado semanas atrás los papeles que robó en Abbey Kendall. Ella no podía ni imaginarse lo importantes que eran.

—¿Qué piensas hacer con ellos?

El hijo la miró atento, y descubrió en los ojos de su madre, que estaba al tanto de todo.

—Entregárselos a la corona —afirmó rotundo—. No descansaré hasta verlo pudrirse en la cárcel. Esas fueron las últimas palabras que le dije al conde de Kendall, y no pararé hasta lograrlo.

Ella se esperaba algo así.

—Nunca pensé que Benedict atentaría contra Fiona —confesó la mujer.

Aidan crujió los dientes.

—Me negué a secundar sus planes, y lo amenacé.

Catherine soltó un suspiro largo.

—Él, amenazó a tu familia, y por eso lo desprecio todavía más.

Aidan miró a su madre sorprendido.

—¿Sus palabras quieren decir que me apoyará en esto?

Catherine bajó los ojos.

—No solo te apoyaré, sino que lo ratificaré todo ante la corona si es necesario.

Aidan sintió un gran alivio que se sumó a la dicha que sentía de conocer que sería padre. En solo unos meses había pasado de ser un oficial de la marina de Su Majestad, a ser un futuro esposo y padre abnegado.

—Tendrás que dejar la marina para ocuparte de tus hijos.

Aidan ya había pensado en eso. Sin su salario de oficial, no podría reparar los desperfectos de Brent Cross. Su madre le leyó el pensamiento.

—Venid conmigo al norte, allí podréis vivir sin pasar necesidades.

—¿Y qué sucederá con Brent Cross?

Aidan sentía que no podía dejar perder la vivienda de sus abuelos. Catherine supo lo que su hijo pensaba.

—El hogar, Aidan, es donde están tus hijos, tu esposa, no unos muros viejos —lo escuchó suspirar—. La casa de campo de mi hermana es demasiado grande para dos mujeres solas, y seguro que tus hijos disfrutan de vivir en el campo alejados de los humos de Londres.

Catherine lo veía dudar, pero antes de que Aidan pudiera ofrecerle una respuesta a su madre, el almirante Smith entró con paso rápido en la sala del hospital. Su rostro se veía demudado.

—¡Aidan, Catherine!

El pequeño se sobresaltó al escuchar la voz grave.

—¿Qué sucede, Robert?

—Es Benedict, lo han encontrado muerto en su despacho de Abbey Kendall.

El corazón de Aidan se trabó en una pausa larga.

—¿Qué dices? —preguntó la esposa.

—¿Qué ha sucedido? —quiso saber Aidan.

—La policía apunta a que se suicidó, pero tienen que investigar los sucesos.

Aidan no sentía nada al saber que su padre estaba muerto, quizás un poco de compasión porque su ambición lo había llevado a la tumba.

—La policía está esperando fuera —les informó el almirante.

Cuando la mujer hizo amago de levantarse, Aidan se lo impidió.

—Iré yo primero, cuide al pequeño George mientras tanto.

La madre lo miró agradecida.

Los informes de la policía concluyeron que el conde de Kendall se había suicidado. De pie, sosteniendo el pequeño George, Aidan escuchó el sermón del cura en el cementerio de Highgate. Aidan recordó que en ese lugar había visto a Fiona por primera vez.

En el cementerio no había mucha gente porque su padre no era un hombre muy querido. Estaba él, su madre, el almirante, su hijo, y algunos conocidos.

La viuda llevaba el rostro cubierto por un tupido velo, pero él sabía que no lloraba. Benedict Carlton Baquer no se había hecho querer por su familia, ni se había hecho respetar por sus conocidos. Cuando el sacerdote terminó el responso, todos se marcharon excepto él. Le había dejado a su madre el encargo de que cuidara al pequeño, pero que lo hiciera en Brent Cross y no en Abbey Kendall.

Era un lugar al que no pensaba volver jamás.

Tiempo después, y plantado frente a la tumba de su padre, sintió paz. Lo que sabía sobre él por los informes que había robado Fiona, no se sabrían nunca, y Aidan estaba decidido a vender la propiedad y restaurar el hogar de sus abuelos.

—¡Lord Bequer! Mi mas sentido pésame.

De todas las personas, fue Arthur quien irrumpió su quietud. Se miraron el uno al otro con la tensión de un huracán.

—Gracias —respondió tras unos segundos.

—Fiona ya está de regreso, y yo me marchó esta tarde a Cornualles.

Aidan seguía pensando.

—Ella querría que te quedarás.

Arthur ni se lo había planteado. Ahora Aidan era el nuevo conde de Kendall, y él no quería servirle.

—Yo querría que ella te dejara a ti —Arthur levantó un dedo con el que lo acusó.

El hombre que una vez había conocido, no era el que tenía delante. Comprendió, entonces, que hacía mucho que habían dejado de tener algo en común.

—¿Sabes qué es lo que más me enferma de ti? Que casi la matas. Fue tu padre el ejecutor, pero tú casi la matas.

Aquellas palabras le cruzaron la cara como una bofetada. Quiso gritarle que no tenía razón, que era un desgraciado.

—¡Nunca la has protegido! Y ahora estás rindiéndole pleitesía al hombre que casi la mata. Eres un hijo de puta. No te la mereces.

—¡Basta! —le ordenó.

Afortunadamente estaban los dos solos en el cementerio.

—Las personas que tienen control sobre nosotros, es porque se lo permitimos. Estás ahí tan acobardado como siempre.

Aidan quería pegarle un puñetazo, y entonces comprendió que toda esa rabia que destilaba Arthur era por Fiona, porque lo había escogido a él. Arthur estaba enamorado de ella, y la revelación la sintió como una patada en el estómago.

—Voy a hacerla muy feliz —le dijo sereno.

Era cierto, por Fiona habría ido hasta el mismo infierno.

Se miraron, de nuevo, y entonces Aidan hizo lo impensable: salvó la distancia entre los dos y abrazó a Arthur. Lo hizo con fuerza, arriesgándose a un puñetazo, pero sin querer dejarle ir.

Lo sentía de verdad. Sentía los años de dolor que habían compartido. Sentía que se hubiera

enamorado de ella.

—Apártate —gruñó Arthur pegándole un empujón.

Aidan lo aceptó, apartándose varios pasos.

—Cuida de ti —le dijo sincero.

—Como la hagas sufrir, juro que te mato, y ahora, lárgate ya.

Y Aidan, por primera vez, le hizo caso.

CAPÍTULO 16

—Buenos días, capitán —era el mismo saludo del mismo hombre cada mañana—. Hace un bonito día.

Y era cierto, el norte de Inglaterra era muy hermoso.

—¿Ha cazado mucho para su esposa? —la verdad era que no. Había cazado prácticamente nada—. Ahora ya no baja tanto al pueblo.

—Pronto nacerá nuestro hijo.

El hombre lo miró de arriba abajo.

—Tienen un primogénito muy hermoso, ¿no, capitán? Ahora tendrían que tener la niña.

Estaba demasiado nervioso como para sonreír. Le aterraba la perspectiva de ser padre, aunque el pequeño George le había permitido practicar un poco. Con un saludo de la mano, se despidió del hombre que siempre paseaba solo.

La verja de madera del pequeño jardín delantero, crujió cuando la abrió. Trató de ser cuidadoso cuando entró en la casa, pero antes de alzar la vista, Aidan sabía que ella venía a su encuentro porque escuchó el susurro de sus pies descalzos en la entrada. Fiona, con los ojos plateados y la barriga abultada, dio un paso, y se quedó mirándolo. Y él la miró a ella. Pasaron así un minuto, dos, tres. Ninguno de los dos se atrevió a romper el silencio. Finalmente lo hizo ella.

—¿Solamente has cazado eso?

Aidan sostenía en la mano un conejo, en el hombro, el arma de caza.

—Estoy perdiendo facultades, igual tengo que volver a ingresar en la marina.

—Es demasiado tarde para que regreses, porque estoy apunto de dar a luz a nuestro hijo.

—Ya me gustaría una niña —dijo en voz bajita, como una súplica. Ella sacudió al cabeza.

—George necesita un hermano varón...

Avanzó hasta que Fiona tuvo que echar la cabeza para atrás para poder mirarlo. La joven levantó las manos, y sujetó el rostro firme con ellas.

Acto seguido rompió a llorar.

—Fiona —le dijo con voz frustrada—. No sé si seré capaz de soportar otro embarazo.

—Soy yo la que lloro.

Sostuvo con firmeza sus manos.

—Fiona, para, no hay motivos para el llanto.

—Es por culpa del embarazo, y porque soy muy feliz.

Tardó tanto tiempo en dejar de llorar, que a Aidan se le habían quedado los dedos rígidos, ahí donde los tenía entrelazados con ella.

—Juro que iré a por mi madre, a por George, incluso soy capaz de ir hasta Cornualles y traer a Arthur si consigo que dejes de llorar.

—Me siento una mala madre —hipó a punto de llorar de nuevo.

El pequeño estaba a apenas tres yardas de distancia disfrutando de la atención diaria de dos mujeres que estaban locas por él. La hermana de su madre había enviudado años atrás, y no había podido tener hijos. Elizabeth le había preguntado a Aidan si le permitiría dejarle su herencia a George y no a él que era su sobrino. Cuando se lo contó a Fiona, aplaudió entusiasmada. El hijo que ella alumbraría en breve, sería el próximo conde de Kendall a la muerte de Aidan, pero George tendría también su propia herencia. Como estaban tan agradecidos, habían permitido que el pequeño pasara un tiempo con las dos mujeres mientras ellos se dedicaban a construirse como familia. A conocerse por completo.

—George se lo está pasando fenomenal siendo mimado por su abuela Catherine, y por su tía abuela Elizabeth.

—Madrina —le recordó Fiona—. La tía Elizabeth es su madrina.

Aidan tuvo mucha ayuda de su padrino, el almirante Smith, para registrar legalmente a George como su hijo. Aidan y Fiona se habían casado en una discreta ceremonia en la iglesia más pequeña de Londres, y allí lo habían bautizado. George Aidan Baquer era de ellos dos, y siempre lo sería. Los hijos que tuvieran después, crecerían y serían tratados como iguales, así lo habían decidido.

—Deseo que tu madre sea la madrina del que esperamos.

Aidan se emocionó al escucharla.

Fiona sorbió por la nariz, Aidan pudo dejar el conejo sobre una mesa, y el arma recostada sobre una silla. Había aprovechado el paseo de caza para bajar hasta el pueblo y contratar un par de criados para la casa, pero no se lo diría porque ello desataría una nueva discusión entre ambos. Fiona quería hacerlo todo por ella misma. Como estaban restaurando Brent Cross, habían aceptado pasar un tiempo en el norte, en una pequeña casita en la linde de un bosque, y muy cerca de la propiedad de la hermana de su madre. Fiona ya no estaba tan ágil, ni podía hacer todos los trabajos. Le costaba aceptar su nueva situación como condesa de Kendall, pero él la iba convenciendo poco a poco.

Fiona levantó la cabeza, y se masajeó los riñones. Había cogido peso, y estaba muy saludable, aunque pesada.

—Voy a preparar lo que has cazado —anunció caminado hacia la mesa donde estaba el conejo—. Esta vez puedes echar tú los ingredientes en el orden que quieras—. Le dijo al marido.

Aidan la ayudó a preparar la cena. Y Fiona maldijo varias veces cuando tropezó con su enorme barriga en las esquinas de la mesa. Casi no podía acercarse, ni mirar lo que ponía en la cazuela, menos mal que estaba Aidan para ayudarla.

—Necesitas ayuda —le dijo el marido—. Más de la que puedo ofrecerte yo.

—Necesitamos ayuda —repitió porque ella se hacía la sorda.

Fiona apretó los labios en una mueca.

—Yo puedo encargarme de mi hogar.

A él le gustó eso. Era maravilloso sentirse parte de algo.

—Pronto vas a estar muy atareada cuidando de nuestros dos hijos.

Fueron esas palabras lo que la llevó a acercarse a él, y colocarse frente a sus ojos. Aidan escuchó su propia respiración mientras Fiona liberaba las manos para acariciarle el rostro. Aidan sintió sus dedos revolotear por su camisa. Notó un tembloroso y tibio beso en el cuello, y pensó que iba a perder la cabeza. Comenzó a desabrocharle un botón, luego otro...

—Fiona.

Los estrechos dedos de ella ya estaban en su espalda.

—Quiero tocarte.

—No quiero hacerte el amor en la cocina.

Fiona lo obligó a mirarla.

—Entonces llévame a las estrellas.

Aidan le besó la cicatriz que tenía en la frente por culpa de la bala, de la misma forma que ella le tocó la áspera rugosidad de la suya en el hombro. Entonces él la cogió en volandas y la llevó hacia la alcoba, la depositó de forma suave en el lecho. Tardaron un suspiro en desnudarse mutuamente.

Fiona le delineó los hombros, los brazos, cada músculo, cada punta de hueso, cada mancha,

cada vena, todos los surcos de sus manos. Le besó la cicatriz que tenía en la espalda.

Le costaba respirar.

—Fiona —repitió, sin aliento.

No pudo decir más, y, sin embargo, ella entendió.

—Te quiero —repitió como tantas otras veces.

Aidan se tapó la cara con una mano y se echó a reír sin voz.

—Eres extraordinaria.

Fiona asintió, como dándole la razón. Aidan la besó hasta dejarla sin aire, hasta que ambos acabaron tumbados piel contra piel. Era preciosa. La amaba tanto.

Le dejó un reguero de besos desde la barbilla hasta el pronunciado ombligo, sin olvidarse de recorrer y memorizar cada pulgada de piel, hasta que la escuchó jadear y reírse, hasta que se envolvieron el uno en el otro y se fundieron.

—Aidan...

—Hummm...

—He roto aguas...

EPÍLOGO

Había salido de la cama. El amanecer hacía rato que se filtraba por la ventana, e iluminaba el torso lleno de pecas de Fiona. Se había quedado dormida apenas cubierta con la colcha. Estaba deliciosa, tentadora, no podía apartar los ojos de ella.

Aidan había tomado muchas malas decisiones en su vida, también habían sido esas malas decisiones las que le habían traído hasta allí, e igual podía perdonárselas a sí mismo. Había intentado no desear a Fiona. No enamorarse de ella, y, sin embargo, allí estaba la única razón que quería para su existencia.

Así había empezado la historia entre ambos, y así quería que continuase. Las cosas estaban bien en tanto que él podía velar el sueño de ella, no quería pedir nada más. El resto de cosas que Fiona le ofreciera, eran un regalo.

Caminó hasta la alcoba de sus hijos. George dormía junto a Charles, los dos eran hijos muy amados, y él los iba a proteger de todo hasta con su propia vida. Tapó al pequeño que era un torbellino de cabellos negros y ojos verdes. George era para su hermano pequeño el punto de equilibrio que necesitaba. Aidan miró en derredor suyo, y se sintió el hombre más feliz del mundo.

Se dirigió descalzo hacia la cocina pues le apetecía un poco de leche templada con miel. Gracias a sus hijos, en Brent Cross no se bebía nada más.

Cuando pasó por el salón, Aidan detuvo sus pasos. La restauración de la casa había costado una pequeña fortuna, pero no le importó gastársela. En un principio no había querido el dinero de su padre, pero su madre lo convenció cuando le confesó que en realidad era suyo, que Benedict se había casado con ella porque estaba arruinado. Aidan tampoco quería el título, y también lo convenció por sus hijos, y porque con su escaño en el parlamento podía cambiar muchas leyes, o inducir a otros para que las cambiaran. Aidan lo meditó durante semanas, compartió sus dudas con Fiona, y ella se mostró tan desinteresada y práctica como siempre. Afirmó que a él nunca lo cambiaría un título, y la amó todavía más.

Sintió los ojos de Fiona sobre su espalda. Había cubierto su desnudez con una bata de seda azul. En ninguna de las estancias de Brent Cross hacía frío porque se mantenían las chimeneas encendidas.

—Estás aquí.

El capitán le ofreció una sonrisa.

—En mi hogar.

La mirada que le dedicó Fiona transmitía tanta ternura y amor, que Aidan no pudo evitar inclinarse para besarla.

—También es mi hogar porque escogí el suelo de madera...

—Que sería de Brent Cross sin este suelo que escogiste —bromeó él.

—Te has ido de la cama —le reprochó.

Aidan la miró ardiente.

—Era eso, o hacerte el amor de nuevo.

Le haría el amor todos los días, a todas horas, no se saciaba de ella.

—Regresa conmigo —lo invitó.

Aidan emitió un sonido de afirmación mientras se ocupaba en recolocarle la bata, ahí donde se había abierto por culpa de sus besos.

—De los dos, tú eres el diablo porque siempre me tientas.

Ella soltó una carcajada.

—Ven a la cama de una vez, ángel mío.
Él, la complació solícito.

Título original: ANGEL Y DIABLO.

© 2020 Kate L. Morgan.

© Fotografía de cubierta pexels-hamid-tajik

Derechos exclusivos de ediciones en español para todo el mundo.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio ya sea electrónico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita del editor.